Elena Piedra

UNA NOTA DE FUEGO Y NADA MÁS

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

ELENA PIEDRA

UNA NOTA DE FUEGO Y NADA MÁS

TUSQUETS
EDITORES

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

A las mujeres que conformaron —como a mí—
a las protagonistas de esta historia.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no diferenciarme más de mis congéneres que por causas concretas.

Autorretrato, Rosario Castellanos

I

Tal vez fue porque últimamente a todo el mundo le había dado por escribir sobre incendios. Tal vez fue por la huella que la violencia del final de la mansión de Barracas, en la novela de Ernesto Sabato, había dejado en su pensamiento desde la universidad. Quizá no fue más que el asombro antiguo que cualquier persona siente por el fuego. O el resultado de las cavilaciones de un año que empezaba tan gris como el anterior, nublado del hastío prolongado por la ceniza, el polvo y la contaminación de su propia actitud hacia los días.

No podría saberse con exactitud cuál fue la primera palabra, el primer sentido, la imagen detrás de esa idea arrebatada que, de pronto, disipaba la nube densa y abría un camino. Las citaría a todas, cerraría las puertas con llave y le prendería fuego a la casa desde adentro.

Lo decidió esa mañana.

Llevaba días sin hablar con su madre y meses sin saber de las demás. Como casi cada noche, había tenido una pesadilla que interpretaba como la consecuencia de un conflicto interno originado por la falta de la ternura y del cobijo más fundamentales.

Lo entendía, lo había pensado incontables veces. Madre, abuela, tías y primas, cada una atada a la otra con un lazo espinoso que brindaba la seguridad de ser. Hería, sangraba, desesperaba, imponía un acercamiento desconfiado al mundo. Defensivo, sí; pero certero. Al menos al interior del grupo.

Hubiera bastado no salir de él, pero ella había desafiado el vínculo. A los veinticinco años comenzó a ver y a cuestionar, desde unos ojos apenas abiertos, la realidad en la que había crecido. Poco después, la separación definitiva entre su padre y su madre le había roto el corazón y la soledad en que se había hundido, lejos de reafirmar los principios maternos, abrió lugar

a otras verdades. Verdades que construían mundos en los que no todo aquel que se acercara buscaba hacerle daño; en las que la tristeza era una elección y no un legado; en las que intentar valía la pena y fallar no significaba un fracaso definitivo. Aunque siempre acabara cayendo de nuevo en que sí que lo era.

A partir de los veinte había iniciado un proceso de desapego profundamente doloroso. No habría manera de elegir un día o un momento preciso. Le llegó el tiempo de proclamarse adulta y, aún cumpliendo la expectativa del grupo, tendría que comenzar a vérselas por sí misma. Sin pedir ayuda y sin recibirla; entró a trabajar a una oficina de comunicación donde le pagaban por desempeñar revisiones de textos que generalmente terminaban corregidos al gusto de los clientes. Ahorrando lo suficiente, dejó la casa de su madre para mudarse a un departamento que le pareció tan tenebroso que, llorando, la primera noche se preguntó si algún día sería capaz de alcanzar algo mejor.

Mientras que la distancia física y el compromiso laboral al que obligaba el pago de la renta la fueron alejando poco a poco de las comidas y reuniones familiares en casa de su abuela, con su madre el rompimiento fue más abrupto.

—Nos vemos pronto —le dijo ella con un nudo en la garganta antes de salir por última vez de la que había sido su casa toda la vida.

—Adiós —le contestó su madre con la amargura que solo le había escuchado en las palabras de reclamo hacia su padre.

De ahí vinieron las invitaciones declinadas, los silencios incómodos, los brazos cruzados ante las propuestas de nuevas dinámicas y la indiferencia cruel a los esporádicos acercamientos en busca de consuelo.

Su abuela y sus tías fueron solo un día al departamento. Tras despedirlas, vino otro episodio de llanto. Sus miradas volvieron el lugar aún más feo; las dudas sobre sí misma, aún más grandes. En la oscuridad del sentimiento de miseria y soledad, el espacio se fue llenando con diálogos internos que cuestionaban todo, pero resolvían poco. El espinoso lazo materno dejó de cumplir su cometido y las heridas comenzaron a perder sentido.

Durante los años siguientes la distancia se fue haciendo más grande. De sus tías varias veces oyó las mismas frases en tono de reproche:

—Has cambiado mucho.

—No te reconozco.

—Ya no te caemos bien, ¿verdad?

—¿Por qué ya no vienes como antes? —le insistía especialmente su abuela.

Con su madre el vínculo se mantuvo un tiempo a través del padre. Fue él quien se esforzó por hacer a una parte de la vida de la otra. Acostumbrado ya a lidiar con la personalidad conflictiva de ambas, la nueva situación le facilitó las cosas en tanto puso en pausa su condición de intruso, traidor, enemigo a combatir.

Sin embargo, los esfuerzos paternos poco pudieron hacer contra las desavenencias de las dos mujeres. Primero, porque la necedad y el orgullo les sostenían el cuerpo; luego, porque no pasó mucho tiempo antes de que el matrimonio terminara de reventar.

—Tú y yo nunca vamos a volver a estar bien. —Contuvo ella el grito hacia quien estaba a punto de convertirse, finalmente, en su exesposo, con los ojos brillándole en cólera—. ¿Cuándo lo vas a entender? —preguntó mordiendo la desesperación de la frase.

La respuesta de él, que no quería morir solo y llevaba casi diez años intentando regresar a la que un día había sido su familia, fue conseguir una novia veinte años más joven y, paulatinamente, alejarse.

Con la idea de pareja arruinada e inmersa en una rutina monótona y estricta, esa mañana, sin ninguna sorpresa, despertó sola en su departamento.

Aún acostada, tomó su celular y escribió en el buscador: «Cómo incendiar una casa». Sin detenerse, se notó extrañada por la soltura con que se acercaba a la idea de cometer un crimen, pero inmediatamente se abstrajo en el tipo de preguntas a las que se ofrecía respuesta: «Cómo incendiar un auto / el colegio / un local / una casa. Cómo incendiar una casa rápido / sin dejar huellas». En su exploración por las páginas, encontró que, entre las causas más comunes de accidentes en el hogar, están enchufar juntos varios aparatos eléctricos, dejar la estufa encendida sin supervisión, hacer uso de cables viejos u olvidar velas prendidas al salir, y que, en 2015, un adolescente resentido había escrito cinco terribles «formas de quemar la casa de sus padres». La más simple: hacer una montaña de ropa sucia sobre la estufa; la

más compleja: colisionar el auto hacia el interior de la casa y, dentro, prender fuego al tanque de gasolina.

Todo le pareció absurdo, pero tan absurdo como le hubiera parecido alguna vez imaginarse pensando en asesinar a alguien. Sumergida en ello, salió de la cama y comenzó el día.

II

En el trabajo el incendio siguió rondándole la cabeza. Con el poco interés que le generaban sus labores era fácil distraerse y, con las microhumillaciones que vivía en manos de clientes irrespetuosos y jefes lamebotas, más fácil avivar aquel nuevo ímpetu homicida.

Tomó una libreta de pasta color beige y buscó la siguiente hoja en blanco. Con lápiz escribió en uno de los primeros renglones: «Gas, gasolina, petróleo, alcohol». Ni el alcohol ni el petróleo eran opción. Si eligiera el primero necesitaría litros y litros de algún licor azucarado y, si eligiera el segundo, descifrar la manera de transportarlo sin llamar la atención.

Soltó el lápiz y tecleó en el buscador de la computadora: «¿El gas se incendia?». El último resultado era del blog de una gasera española y explicaba que «el gas es un combustible con un gran poder calorífico»; que «su gran peligrosidad radica en su capacidad para provocar explosiones, incendios e intoxicaciones» y que hay un Límite Superior y un Límite Inferior de Inflamabilidad de los cuales depende la propensión a inflamarse y causar una explosión. Tomó el lápiz nuevamente y, debajo de la palabra «Gas», escribió «Intoxicación».

A primera vista el gas podría parecer la mejor alternativa. Todas adentro, las puertas cerradas, las hornillas de la estufa y del horno abiertas, pero sin encender. Sentadas en la sala, les explicaría el porqué y, luego, su objetivo. Antes de que cualquiera de ellas pudiera acabar de creerlo, tomaría un cerillo y paf. Una explosión y todo en llamas.

Pero no, no era tan sencillo. Subrayó la palabra «Intoxicación» y tachó «Gas». Antes de que en la casa se concentrara la cantidad suficiente, alguna de ellas percibiría ese olor preventivo del mercaptano y se daría cuenta de la fuga. Además, de evitar que hicieran algo al respecto, igual no cumpliría su cometido, pues, antes de poder encender cualquier chispa, ella y todas las

demás caerían en un sueño letal y morirían, así, sin fuego de por medio.

Esa casa tenía que arder.

Como si de una epidemia se tratara, el fuego se le aparecía como la única forma de acabar con el veneno de su propia estirpe, con el sufrimiento. Años atrás, esa familia le había significado el mundo entero. Ahora, estar pensando el modo más efectivo para acabar con ellas no le provocaba ningún cargo de conciencia.

Su jefa se acercó al escritorio con un par de carpetas en la mano y las colocó sobre el cuaderno.

—Necesito que revises las pautas de la campaña de paquetería.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez. Ésta no olvides incorporar los cambios que te envió el cliente.

—Acentuar «solo» es innecesario y conjugar «haber» según el objeto directo, incorrecto. Ya se lo expliqué. ¿Lo autorizas tú?

—¿Yo? Para eso estás tú.

—Precisamente. Pero el cliente y tú me están diciendo lo que tengo que hacer.

—Deja de hacerlo tan complicado. No son más que un par de frases. La gente ni siquiera lee. Nadie se dará cuenta. —La jefa le dio un par de palmadas burlonas en el hombro y se alejó rumbo al comedor.

En su oficina, como en todas las oficinas, la hora de comer era sagrada. Daba la una y media y explotaba ese bullicio alegre de quienes se disponen a parar un rato, masticando chismes y pláticas sin sentido frente a sus platos. Ella no compartía ese ritual. Al menos no de la misma forma.

Media hora después que todos, cuando estuvo completamente sola, sacó de su bolso un *tupper* de ensalada y un vaso con el licuado de frutas que había preparado desde la mañana. Comió lenta y concienzudamente dejándose llevar por la sensación de bienestar que cada bocado le generaba al cuerpo. Su celular irrumpió la calma vibrando sobre el escritorio. Sin atenderlo terminó con la ensalada y se tomó el tiempo de beber el licuado entero. Frente a los recipientes vacíos sintió hambre y culpa.

Molesta, revolvió el bolso en busca de un caramelo de mantequilla que siempre tenía ahí por si llegaba a necesitarlo. Se lo metió a la boca como

quien le da una croqueta a un perro que no conoce. No fue suficiente para calmar sus ansias de seguir comiendo, pero al menos le entretuvo la lengua mientras lograba concentrarse en otra cosa.

«Gasolina». Según lo que explicaba una página del gobierno, la gasolina es «un combustible inflamable y tóxico cuyos vapores se acumulan a ras de suelo y pueden explotar ante cualquier chispa o flama provocada por cigarros encendidos, colillas mal apagadas, bengalas o encendedores».

Se volvió ella misma el vapor tóxico e inflamable, se imaginó flotando sobre el terrazo de casa de su abuela, trepando por las cortinas, deslizándose escaleras arriba, recorriendo el lugar despiadadamente en busca de la chispa que terminaría con todo.

Más adelante leyó que «la ropa, calzado y trapos contaminados con gasolina que son almacenados en espacios cerrados pueden incendiarse espontáneamente». «Incendio espontáneo», escribió a un costado de la hoja de la libreta que había resurgido entre las carpetas. El riesgo al incendio espontáneo de la ira de su madre o de alguna de sus tías la había hecho una persona arisca, con poca facilidad para relacionarse y mucha para enfurecerse.

Sus enojos, a diferencia de los de las demás, solían pasar en silencio. Más ahora que se había alejado de todas y que había encontrado, en la monotonía de su vida independiente, la manera de mantenerse a salvo de las bengalas, cigarros o colillas mal apagadas de las que estaba llena la convivencia cotidiana. De cualquier modo, las fantasías en que discutía con su madre no cesaban. Sabía argumentos completos de memoria. Los repetía una y otra vez y si llegaba a cambiarlos era solo porque había encontrado una palabra más precisa, más dura, una forma más cruel.

—Siento compasión / tristeza / lástima por la niña que fui.

—Malvivo la vida buscando un abrazo / tu abrazo. / Una madre que me cobije.

—Te extraño. / Te necesito. / Ojalá pudiera dejar de lamentar tu ausencia.

Había intentado soltar de muchas maneras. Terapias, ejercicio, distancia, cartas, alcohol… El resultado siempre era el mismo; siempre acababa por volver a ser la persona desconfiada y conflictiva que no lograba estar en paz con los demás ni con ella misma. Todo el mundo la irritaba.

«Gasolina», dibujó un círculo alrededor de la palabra y, justo debajo, escribió una pregunta: «¿Cómo?».

Cerró la computadora y, mordiendo la punta del lápiz, se recostó sobre el respaldo de la silla.

19 de julio de 2015

Mamá:

De nuevo dije algo que te molestó y simplemente dejaste de contestarme. De eso ya van tres o cuatro días. No sé si de pronto aparecerás para preguntarme cualquier cosa y, sin más, actuaremos como si nada hubiera pasado. O si antes encontraré un pretexto, un motivo o una culpa lo suficientemente fuerte para insistirte y lograr que vuelvas a hablarme.

Mientras algo de eso sucede, te escribo una carta. Me dirijo a ti con letras mudas y me pregunto sobre tu insoportable hábito de guardar silencio. Esa costumbre hiriente con la que controlas a los otros y que es, sin duda, en ti, una enfermedad terrible.

Cuando era niña me contaste que, viviendo en la misma casa, mi abuelo y tú pasaron casi tres años sin hablarse. En ese momento poco entendía yo de los conflictos que hubo entre ustedes, pero quedé completamente perturbada frente a la idea de no hablar contigo o con mi papá más allá de la hora de dormir.

Ahora sé que, como niña, como adolescente y como adulta, tu boca cerrada y tus silencios han tenido un poder cruel sobre mis sentimientos. Con tu silencio has expresado críticas, desaprobación y desprecio; me has hecho sentir tu indiferencia, tu frialdad y desinterés. Con él me has gritado rabia e indignación. Desde muy chica aprendí que tus labios rígidos bastaban para arruinar el día y que, una vez cerrados, pasarían varios días sin volver a dibujar una sonrisa.

Aunque casi todas las veces tu silencio se ejerce como violencia y dominio sobre mi papá o sobre mí, también he notado que esa costumbre te hace daño, te vuelve incapaz de desahogar y soltar las cosas. Con el tiempo he logrado entender que gran parte del peso que cargas, y que te hace reventar contra los demás, es eso que te duele y que no dices. Tus heridas y tus miedos más profundos.

Pienso en una vez que estábamos en la iglesia. En esa época en que nos dio por ir a misa en domingo. Quizá fue la única tarde que llegamos temprano. Estábamos sentados los tres en la banca y el sacerdote se acercó de tu lado. Preguntó si querrías llevar el cirio de la puerta al altar y respondiste que sí. Luego, preguntó si te habías confesado esa semana y respondiste que no. Preguntó cuándo había sido la última vez y respondiste que en años no lo habías hecho. Cuando preguntó por qué, comenzaste a llorar desconsoladamente. Yo ya no era una niña y ese día volví a sentir el desconcierto de no entender cómo podías pasar por tanto sin hablarlo.

Cómo insistirte más que fueras a una terapia. Me cansé de hacerlo. Estoy cansada de

pelear contigo, de rogarte que hables con alguien. Con un médico, con una amiga, aunque sea con un sacerdote. ¿Cómo podrías estar mejor si no dices lo que sientes?, ¿cómo puedes aferrarte a cargar tanto?

Cuando me enfermé de no comer, hablar fue el camino más importante para recuperarme. Tú lo viviste. En ese tiempo en que los días se me hacían larguísimos, en que estaba llena de ira y vivía con el estómago vacío, la terapia se volvió la constante que necesitaba para soltar la seguridad que había encontrado en la voracidad del hambre. Hablar me dolía hasta los huesos. Salía de las sesiones con los ojos hinchados y el cuerpo exhausto. Sentada en un sillón, con el pecho prensado entre el respaldo y el mundo, pasé muchos minutos en silencio muriendo por lograr gritar el nudo de ideas que me sofocaban. No es fácil. La cabeza me reventaba al intentar decidir con qué palabra empezaría. Mentalmente, contaba hasta tres y luego vomitaba todo lo que traía dentro. No es fácil, pero funciona.

Hay que tener valor para decir las cosas, pero también hay que tener la voluntad de estar mejor. Y comprometerse.

No sé qué puede ser todo eso que no quieres decir. No sé si sea algo distinto a lo que para todos a tu alrededor es evidente. Sospecho que aquello que te parece impronunciable dejaría de serlo al decirlo, pero sospecho también que perder tu arma, tu dominio y tu poder, incluso si eso te hiciera vivir más ligera, es un riesgo que no estás dispuesta a correr.

María Ignacia

Sobre una mesa larga de cubierta de vidrio y brillante estructura de cedro; debajo de una colección mínima de platitos de porcelana con paisajes idílicos, como de cuento, un marco de plástico imitación madera resguarda una fotografía en blanco y negro. La fotografía —que inmediatamente evoca una tonada de su época, del romanticismo casto y meloso que se pretendía, algo así como «Chacha linda» de los Hermanos Martínez Gil— muestra a una joven de dieciocho años, pelo corto y rizado, con la raya de lado y la cabeza, igualmente, un poco inclinada hacia la derecha. Su semblante se nota ilusionado y encaja bien con la composición completa.

De pie, al frente de una reja antigua, María Ignacia posa sonriente para su padre, con una mano ocupada en detener el manubrio de una bicicleta y la otra coqueteando sobre la cintura. Provocador para sus tiempos, lleva la camisa clara desabotonada hasta el escote, una falda de flores plisada y unos zapatos bajos perfectos para pedalear tanto como den el cuerpo o las ganas.

María Ignacia amaba andar en bici tanto como odiaba su nombre. Nancy o Mari —nunca Nacha y menos Nachita— fue una niña feliz que creció en un Coyoacán rural, lleno de caras conocidas, pastizales inmensos y perfumes de coloridas flores. En su infancia, esas tierras aún eran la continuidad de los humedales de Xochimilco. A los seis años Nancy ya corría libre entre los pedregales y nadaba, cada que lo quería, en los manantiales que refrescaban por todas partes. No tuvo hermanos ni hermanas; fue la única hija de Pedro Solís, hombre robusto de tez llamativamente clara y calvicie temprana que se despertaba de madrugada para poner el café y salir a tiempo a revisar la siembra de sus tierras, que comerciaba sus cosechas con los pueblos aledaños y era reconocido por su buen vestir y su altura descollante. De él y de Magdalena Reyes, quien iba siempre de trenzas, falda y rebozo, y cuyos ojos severos cruzaron la vista de Pedro un día que, sin decir que sí y sin negarse, subió al caballo y se sujetó fuerte camino a la vida que le había tocado.

A caballo llegaba Nancy a la escuela. La llevaba todos los días su padre. Iba a la Academia Moderna, donde le enseñaron a coser, tejer y caminar

correctamente; a leer, escribir, sumar y restar con buena caligrafía; y a dejar, sin excepción, la décima parte de lo que le sirvieran en cualquier plato.

En el camión que pasaba frente a la Candelaria y seguía todo Calzada de Tlalpan, Pedro la acompañó las primeras veces al centro de la ciudad. La había inscrito a la Escuela de Comercio Sebastián Lerdo de Tejada, donde aprendió, además de mecanografía y taquigrafía, historia, español y contabilidad. Su cumpleaños coincidió con la impecable conclusión de los tres años de clases. El día de la entrega de diplomas, Nancy le confesó a su padre que soñaba con enseñar civismo en alguna primaria; él, orgulloso, quiso premiarla llevándola a los portales del centro para que eligiera un regalo. Compraron un relojito de oro, una presea discreta y delicada que la joven atesoró con tanto amor que no se atrevió a usarla más que un par de navidades y el día que se casó.

Se enamoró de Humberto Mier. Un muchacho de pelo negro azabache, flaco y elegante, con una sonrisa encantadora, blanca, como el nombre de la mujer a la que tomó por esposa, luego de que Nancy, rigurosamente, cumpliera las lecciones de la Academia Moderna, desairando una y otra vez todos sus cortejos.

Unos meses después, sin que acabara de sanar su corazón roto, en su camino se cruzó un hombre trece o catorce años mayor —nadie lo dijo nunca con exactitud—, de melena rubia, ojos azules y cuerpo fuerte y cuadrado. Ramón, o el Güero, como lo llamaban los vecinos de la calle de Higuera, había nacido en Pachuca y, huérfano de madre y padre, migró a los once años, con sus cinco hermanos menores, a la Ciudad de México. A los rumbos de Coyoacán llegó pasados sus treinta años, luego de haber trabajado como transportista de frutas, contratista de obra y empacador de carnes. Su empleo de repartidor de refrescos Míster Q no hizo feliz a Pedro ni a Magdalena, pero el suegro supo respetar a la pareja y accedió a una boda en San Diego Churubusco, que la suegra, por su lado, tomó como grito de una guerra que se extendería más allá de su muerte.

A Nancy, de diecinueve años, el enamoramiento le duró poco. Ramón y ella comenzaron su matrimonio viviendo donde sus padres; en un terreno amplísimo —Pacífico esquina con Candelaria—, todos metidos en una casa a la que se fueron agregando cuartos según se necesitaran. Muy pronto la

estructura familiar en la que ella era hija; Magdalena, madre, y Pedro, padre, hizo de Ramón el intruso incómodo. Pero él, que había crecido solo y aguerrido en contra de las circunstancias, prefirió permanecer, día tras día, atacando de vuelta, en una casa donde no era bienvenido, antes que emprender —con Nancy o aun sin ella— la sabia retirada.

Tuvieron cuatro hijas. Cada parto sucedió del mismo modo: el dolor mínimo que anunciara el momento, llegar al Sanatorio del Perpetuo Socorro, respirar el gas somnífero de la mascarilla que un par de monjas le ofrecían, perder la conciencia y despertar horas después, un poco adolorida, con una bebé en brazos y, quién sabe cómo, sin cicatriz alguna. Todas mujeres, todas bautizadas con inicial I —las primeras dos por coincidencia, las segundas, por cumplir la norma que había dictado la casualidad—. Nancy con ninguna se sintió muy maternal y si fueron más de dos, fue porque Ramón se empeñó en buscar el varón.

La tirria entre él y su suegra creció y la continuaron a través de las niñas. Pedro se hizo viejo y prefirió quedarse al margen. Nancy se escondió en sus padres, en un egoísmo infantil que no logró madurar y en el descubrimiento del conflicto como una manera de marcar distancia y mantener lejos, primero, a su marido y, luego, a sus hijas también.

Del diploma de Comercio y del sueño de dar clases de civismo nunca volvió a decirse nada. Ella misma acabó por olvidarlo. Murió su padre, legándole la más profunda sensación de orfandad.

Magdalena y Ramón prolongaron su guerra peleando la lealtad de las hijas, el control de la comida, los tiempos, las decisiones, la posesión del dinero y de los espacios. Nancy, que siguió siendo más de su madre —que de ella misma y, menos aún, de sus hijas—, fue la heredera única de Pedro y, sin quererlo, acabó convirtiéndose en la proveedora de toda la familia.

Su esposo, que al poco tiempo de casarse había dejado su empleo para abrir un restaurante en un pedazo del terreno de su suegro, un día se cansó de vigilar meseros y correr grupos de adolescentes que iban a emborracharse o a propasarse con sus novias. Cerró La Linterna y se quedó con un puño de ganancias que se le escurrieron como agua y una deuda familiar que su esposa le recordó hasta que dejaron de hablarse.

Con su madre enferma, Nancy decidió vender el terreno, la casa y todo lo

que su padre había construido alrededor. Llamada por la pretensión y la publicidad televisada de nuevas colonias residenciales, se mudaron a Villa Coapa.

Magdalena, Ramón, ella y su hija más chica se mudaron a la casa nueva, escogida por la elegancia de sus ventanales, la pompa de la chimenea, la conveniencia del cuarto de servicio y las tres recámaras perfectamente terminadas.

A la nueva casa llegaron también las viejas costumbres y, una vez muerta Magdalena, fue Nancy quien tomó el papel de enemiga acérrima de su marido. Peleaban por todo, día y noche, por las cuentas, por la salsa, por la limpieza y por las plantas. La hija, que trabajaba viajando varios días a la semana, fue quien asumió el rol de niña mimada.

Coyoacán, los manantiales y las flores que llenaban los campos se le quedaron a Nancy guardados en nostálgicos recuerdos. Sin su padre, para llevarla o acompañarla, y sin haber aprendido nunca a manejar, pocas fueron las veces que volvió a su pueblo.

Ya viejo, Ramón se cansó de luchar por el lugar que nunca le concederían. La fuerza y la violencia que pudo ejercer sobre las otras, por muchos años, se le fueron agotando; las ganas y la alegría con las que se empeñó en hacer la vida, también.

Una de las últimas peleas sucedió alrededor de aquella fotografía. Ramón sabía que Nancy había amado a otro hombre, que el camino de la bicicleta, aquel día, la había llevado a encontrarse con Humberto Mier.

—Tú no eras virgen cuando nos casamos —le reclamó, acusándola con todo el coraje que había acumulado con los años—. Tú no eras virgen y esa deshonra ya no tengo por qué seguir ocultándola —la amenazó con sus viejos ojos azules.

Lo dijo, pero las hijas no lo creyeron o simplemente no les importó.

Ramón quedó como un demente senil y Nancy, que sabía que entre más grande el conflicto, más grande la distancia, caminó al mercado más cercano, compró el marco y colocó la foto allí, en uno de los pasos principales de la casa, para recordarse —y para que él no olvidara nunca— por qué no volverían a dormir juntos.

III

El celular comenzó a vibrar insistentemente. Cuando era su padre quien llamaba el movimiento del aparato se notaba más necio. Se tardaba mucho en darse por vencido. Una, dos, tres llamadas seguidas. Así era siempre, ella decidía no contestar y él decidía que lo intentaría sin cesar. La mayoría de las veces no había una razón. Simplemente determinaba que lo llamaría de vuelta más tarde y continuaba con lo que fuera que estuviera haciendo, dejando el teléfono sonar tanto como la voluntad de su padre resistiera.

Esa noche ella se encontraba en medio de su ritual nocturno. El día había sido largo. El trabajo, tergiversado por la prepotencia e ignorancia de sus jefes, doblemente pesado. El camino a casa, a vuelta de rueda. Y la distancia con su madre, que se mantenía como un zumbido discreto que le iba taladrando las sienes, abriendo túneles a argumentaciones mudas y gastadas, extenuante. Eran más de las nueve de la noche y lo único que quería era tirarse a mirar las noticias mientras masticaba la manzana con yogur que, religiosamente, cenaba todos los días. Nunca ponía demasiada atención a lo que se decía, pero le gustaba la manera en que el conductor alargaba las vocales de ciertas palabras logrando un efecto rítmico que la hipnotizaba y la abstraía brevemente de sus enojos.

El celular volvió a vibrar. Lo tomó y, al corroborar en la pantalla que se trataba de su padre, lo puso sobre la mesita lateral. No respondería, sabía que no se trataba de nada urgente y la irritaba esa extraña necesidad que él tenía de empeñarse. De pronto, las palabras del conductor llamaron su atención.

«Siete, siete incendios intencionales, en menos de una hora, en Ciudad Juárez, Chihuahua. Una tienda de conveniencia, cuatro camiones de pasajeros, un coche y una caseta de policía. ¿De quién es la responsabilidad? Presuntamente del crimen organizado», anunció con voz gangosa.

En la televisión aparecieron imágenes de los camiones, la tienda y la caseta en llamas. No había heridos ni detenidos, solo nubes negras, policías enmascarados y bomberos en diferentes puntos de la ciudad.

Se sintió atormentada por la impunidad con que podía ejercerse la fuerza, por todas las formas de normalización de la violencia. Volvió a caer en la idea que, desde hacía días, no dejaba de cruzarle la cabeza. Pensó en los tratos de su propia familia; en ella y las demás intimidándose, amenazándose, apuñalándose continuamente. Era así, siempre en disputa. Las victorias de una no podían sino significar derrotas para las otras. Las alianzas se daban solo en contra de alguna. Los periodos de paz no duraban. Del daño colateral habían sido víctimas todas.

Incendiar la casa de su abuela con toda la familia dentro no sería más que traer al plano de la realidad la metáfora que venían construyendo desde generaciones atrás. Un infierno. Su abuela, su madre y sus tías, sus primas y ella, todas por fin podrían arder libremente. Detrás, no quedarían más que nubes negras.

Su idea, que en los últimos días había sido una especie de incentivo, caía bien en un país como el suyo. Un país donde el crimen se había vuelto la opción de vida redituable, donde la organización delictiva funcionaba mejor que la oficial, donde la impunidad era el horizonte único frente a las injusticias. No era raro que hubiera llegado a ella. En México, entonces, acabar con la vida de ocho personas conflictivas y rencorosas, por causas personales y sin fines de lucro, no podía entenderse sino como un acto de buena voluntad.

El conductor del noticiero repasaba ahora el conteo de periodistas asesinados en el país. Como ya era costumbre, la Comisión Nacional de Derechos Humanos exigía al gobierno tomar cartas en el asunto y el presidente, en nombre de dicho gobierno, respondía lamentando los hechos, prometiendo justicia expedita y pidiendo a los adversarios que no usaran las tragedias para dañar su imagen.

La política había sido otro de los ámbitos de confrontación entre ella y las demás. Desconcertada por el delirio de alcurnia que su madre y sus tías comenzaron a manifestar ante la llegada de un presidente que se hacía llamar «del pueblo», ella intentó hacerles ver que la palabra «pueblo» las

incluía, por mucho, más que «élites» y que, en cualquier caso, de las medidas propuestas por aquel «populista» les tocarían más beneficios que expropiaciones. En álgidas discusiones, a veces bien intencionadas, a veces sarcásticas, siempre hirientes, se fueron abriendo brechas en las que ella quedaba del lado de la fanática de izquierda intelectualoide y ellas, de la ignorante aspiración clasemediera.

El teléfono volvió a vibrar. Cuando en la televisión la rítmica pronunciación empezaba a narrar el hallazgo del cuerpo de una niña que había desaparecido semanas antes, ella, huyendo de lo horroroso de la noticia, tomó la llamada.

—Bueno.

—Hola, hija, ¿cómo estás? Te he estado marcando.

—Sí, pa. Estaba ocupada.

—¿Y no podías contestarme y decirme eso?

—No. Y lo que sí te he dicho es que cuando no te contesto es porque no puedo. No tiene caso que me llames siete veces seguidas.

—Okey.

—Sí.

—Y ¿cómo estás?

—Bien. Cansada. Fue un día muy largo. Ya estoy por irme a dormir. ¿Tú?

—También. Acabo de comer, bueno, cenar. No había comido y ahorita llegué a la casa a prepararme unas quesadillas.

—¿Cómo puedes pasar todo el día sin comer? Tienes sesenta años, papá. Ya deberías hacerte cargo de ti mismo —levantó la voz desesperada.

—Sí me hago cargo de mí mismo, pero estuve fuera todo el día.

—Si te enfermas, la única que va a responder por ti soy yo, es muy egoísta de tu parte no cuidarte.

—No me voy a enfermar. ¿Por qué me voy a enfermar? Y tú no tienes que responder por nada.

—¿Ah, no? ¿Y quién lo va a hacer entonces?, ¿tu novia? —Hubo un momento de silencio que ella no supo si significaba que le daba la razón o solo la estaba ignorando.

—No me voy a enfermar. Ya cené. ¿Tú ya comiste algo?

—Sí, ya. Yo sí como a mis horas.

—¿Cuándo nos vemos?, ¿qué vas a hacer mañana?

—No sé. Tengo mucho trabajo, pero, si puedo, te aviso.

—Okey. Tú me dices.

—Sí, pa. Ya me voy a dormir.

—Bueno, hija, descansa. Te quiero.

—Yo a ti, pa. Mucho.

La última frase la dijo con una voz quebrada. Le sucedía todas las veces. Sin poder cambiarla, se daba cuenta de que su actitud era cruel y completamente injustificada.

No lograba romper con esa inercia, con esa dinámica de enojo que no le pertenecía y que, sin embargo, repetía cada día, en cada encuentro o llamada. Sintió vergüenza y coraje. Mientras su madre desaparecía por largos periodos, su padre se mantenía cerca, insistiendo, solo para saber cómo estaba; pero para ella todo era molestia y siempre encontraba la forma de hacerlo sentir que la fastidiaba.

«La revista *Forbes* publicó la lista de los *influencers* que más dinero ganaron durante dos mil veinte». Se distrajo con la presentación del *ranking*. Era indignante; jóvenes de menos de veinte años con ingresos superiores a los diez millones de dólares solo por bailar frente a sus celulares; ochenta millones de seguidores de ídolos sin sentido. Rápidamente la indignación se volcó contra el noticiero, que podía pasar, en menos de un minuto, del horror del asesinato de una niña a la ofensiva banalidad de los *influencers*.

Apagó la televisión y llevó el plato vacío a la cocina. Mientras lo lavaba, sintió unas ganas locas de terminar con todo. El agua que corría entre sus manos, lejos de apagar el fuego, comenzó a tornarse espesa, con un olor dulce, a benceno. No podía pasar más tiempo. A su cabeza volvió la imagen de lo escrito en la libreta; la palabra «Gasolina» y, debajo, la pregunta «¿Cómo?».

26 de agosto de 2015

Mamá:

Desde hace unos años comencé a verme reflejada en las actitudes de mi abuela. Me es fácil entender sus torpezas, sus miedos, ese trato rudo que hace que todos la vean como grosera. Creo que su forma de ser viene de una inseguridad existencial que encuentro en mí, pero también en ti.

Odias que te lo diga, pero así es. Así somos.

Desde que entendí que comparto con ella ese sentimiento, supe cuál es el origen de mis miedos cotidianos, de mis incapacidades, de los defectos que tanto me detienen. ¿Por qué discuto antes de hablar?, ¿por qué hago menos lo que me sale bien?, ¿por qué temo tanto el abandono?

No puedo saber qué fue lo que sucedió en su vida; el suceso exacto que la lastimó haciéndola la persona que es. Pero sé que comparto su fractura, que, así como ella, desde que eras niña labró tu entendimiento del mundo, tú lo hiciste conmigo, y así se ha mantenido esa herida, prolongada en nuestra capacidad de dar vida y criar.

Siento el miedo escrito por todo el cuerpo. De ahí mis pasos enojados, mi pesimismo necio y el gesto preocupado en mi mirada.

Mi abuela, tú y yo, la misma sombra encorvada.

Ahora mismo me viene a la mente la primera vez que, luego de una pelea a gritos, dejaste a mi papá en su recámara y entraste silenciosamente a dormir en mi cama o aquella noche en que fingí estar dormida mientras te escuché llamarlo y decirle que era un hijo de puta. Tú estabas trabajando, él había quedado de recogerme en casa de mis abuelos y, por alguna razón, no había llegado. Pienso en las muchas veces que noté la molestia con que reaccionabas cuando se te acercaba; ese disgusto que ahora noto en mí, no solo hacia el cariño de él, sino hacia el de mis propias parejas. Pienso en lo difícil que te es entablar amistades, relaciones laborales; tus sospechas automáticas sobre los actos de cualquier persona.

Me imagino entonces tu infancia. Las discusiones en casa, los chantajes y reproches. Las cuatro hijas envueltas en las peleas de adultos negligentes.

A través de lo poco que me has contado, he entendido que fueron el rechazo injusto, la frialdad, la inmadurez y el cariño rencoroso los que te hicieron crecer en un mundo cruel y peligroso. Puedo entender, también, tu forma de vivir, la razón de tu recelo, de tu gusto por el conflicto y de esa torcida idea del amor. Entiendo eso y también el efecto que ha tenido en mí.

Pero no estoy culpándote de nada. Si hubiera una forma de cambiar todo esto, no sería quejándome de ti. Lo que busco es explicarnos, explicarte, explicarme; decirte que sé lo difícil que es vivir en esta paranoia, en un mundo en el que todo siempre nos parece mal.

Sé lo cansada que se vuelve la inseguridad. Tanta ira. Lo terrible de ver cumplida esa traición que tanto buscaste. Encontrar el desperfecto en cualquier lugar, siempre la falta.

Mi abuela es tu sombra, tú eres la mía, y yo… yo no quiero continuar con esto.

IV

En la novela de Sabato, Alejandra mata a su padre de cuatro balazos antes de echar gasolina y prender fuego a su recámara, en lo más alto de una arruinada mansión en Buenos Aires.

Ella no le dispararía a nadie. No sería capaz de hacerlo. Mirar a los ojos a su abuela; ajustar la pistola en su mano derecha; levantarla centímetro a centímetro y apuntar de lleno hacia el pecho donde nunca se sintió sinceramente bienvenida. No. Tampoco podría plantarse frente a la tía que, después de años de ser divertida e independiente, se había vuelto una anciana precoz, achacosa y despiadada, o seguir con el cañón los pasos de la que, enclaustrada por causar culpas, lamentaba su soledad; ni detonar el arma contra la que tenía todo lo que las otras hubieran querido y, sin embargo, vivía aturdida por el efecto de los antidepresivos. No. No podría disparar a su madre ni a sus primas tampoco.

Pero el fuego haría lo suyo. Dispersándose por la casa, acabaría con todo lo que encontrara en su camino: cortinas, alfombras, puertas, esquinas, fotos, recuerdos, rencores, culpas, arrepentimientos y tormentos. No más silencios. No más distancias. No más intentos fallidos. Todo reducido a cenizas en una oxidación violenta del material combustible al contacto con el aire.

Todo, incluida la vida de ella misma, quien estaba hastiada de nadar a contracorriente de su propia sangre.

Si en algún momento pensó que alejarse de ellas la liberaría de lo que aborrecía de su manera de entender y acercarse al mundo, ya tenía bien probado que no sería así. No. Mientras las personas de su edad saltaban de un trabajo a otro, llenando sus vidas de gente nueva y sus currículos de conocimientos frescos, ella llevaba años en el mismo escritorio paralizada por el miedo a ser rechazada de algún lugar mejor.

Varias veces cerró la puerta a personas que le gustaban, por negarse a compartir su espacio y su tiempo con las formas de alguien más. El solo hecho de imaginarse obligada a conversar durante la cena o a ceder el control de la televisión por la noche, podía atormentarla el día entero. No. En la soledad encontraba la intimidad y la libertad para ser tan rígida como necesitaba.

La relación con sus padres, enclavada en las fallas del pasado, era la prueba más clara de que nada podía hacer para mitigar sus impulsos. Impulsos que, en ella, empujaban siempre en dirección contraria. Ni aliento ni estímulo. Ése era otro de los rasgos de la familia materna. Frente a cualquier posibilidad, la reacción inmediata era crear un muro categórico, un altísimo «no» autoimpuesto e incuestionable que lo mismo formaba esquinas con los de antes, que abría paso a los siguientes «nos». Y así su vida, como su pensamiento, se volvió un laberinto solitario trazado en negativas encrucijadas.

Unas semanas atrás, una amiga la llamó para invitarla a la fiesta de fin de año de su trabajo. Llevaban mucho tiempo sin verse y, además, quería presentarle a un hombre. Era simpático, atractivo y, lo mejor, era editor literario.

—Se entenderán de un modo u otro —le dijo la amiga por teléfono.

Al instante los enormes muros de concreto comenzaron a levantarse. «No» tenía nada que mostrarle a un editor.

—No sé… ¿en dónde es? —«No» se consideraba llamativa ni lo que pudiera decirse agradable.

—Está muy lejos, ¿a qué hora sería? —«No» había escrito nada que valiera la pena.

—Me gustaría que llegáramos juntas, pero tengo que terminar de revisar varias campañas. —«No» sería capaz de abrirse con nadie.

—Igual sabes que no me gusta desvelarme, el domingo voy a correr. —«No» tenía lo necesario para osar presentarse como escritora.

—No. Yo también tengo ganas de verte, pero se complica mucho esta vez, mejor luego hacemos algo tú y yo. —«No» estaba dispuesta a cambiar sus espacios ni sus rutinas.

Colgó y respiró con un alivio que la entristecía y le llenaba la boca de

sabor a soledad y cobardía.

En la historia de sus mujeres estaba escrito el conflicto y la insatisfacción. No podía acallar la tinta insoportable que le corría por las venas.

Vivir en ese laberinto se había vuelto agotador.

V

Era domingo. Había vuelto de correr por la ciudad y acababa de bañarse.

Paso tras paso, sorteando autos irrespetuosos y un cansancio físico que la ponía de mal humor, durante diez kilómetros a velocidad media había pensado en su plan. De camino, cruzó por varias gasolinerías. Contó una, dos y, en la tercera, se detuvo. Se acercó a un dependiente que repasaba un bonche de billetes con los brazos estirados.

—Buen día —dijo sin pensarlo demasiado—. Me quedé sin gasolina. ¿Cuántos litros puede venderme?

—No, pues necesita traer tambos de plástico grueso, si no, no puedo venderle nada —le respondió mirando suspicazmente su facha deportiva.

—¿Cómo que plástico grueso?

—No sirven las botellas de agua ni de refresco, tampoco los galones de jarciería.

—¿Un garrafón?

—Uy, no, ésos ya nos los prohibieron, que porque alguien se puede envenenar —respondió levantando los hombros.

—Entonces ¿qué tipo de plástico?

—Del grueso. De los de… —Alzó los ojos con impaciencia—. Mire, hay unos bidones de cuatro o diez litros que venden en las ferreterías. Aquí a tres calles encuentra una.

—Ya. Y, de diez en diez, ¿puede venderme, no sé, treinta litros?

—Para arrancar un carro que se le quedó, cuatro litros son suficientes, señorita.

—Sí, pero me gusta ir a la segura. Soy muy nerviosa, ¿podría venderme los treinta?

—No. Lo máximo que podemos vender por cliente son veinte litros —le dijo el dependiente sin tener muy claro si estaban hablando de lo mismo.

De vuelta en su casa, pensó que, sabiendo qué cantidad de combustible podría conseguir, lo siguiente era definir cuáles serían los focos.

Después de vestirse se dirigió al viejo librero que hacía de biombo entre la puerta y la sala. En el piso, frente a éste, había dejado su bolsa. Del interior sacó la libreta beige con las preguntas del incendio. Al levantarse, su mirada se detuvo en un atado de cartas que había abandonado entre un par de libros varios meses atrás. Quiso comenzar a recriminarse que siguiera ahí, pero inmediatamente, intentando hacer como que no lo había visto, clavó los ojos en la libreta y se alejó buscando entre sus hojas, justo como lo hacía con el celular cuando evitaba saludar a algún conocido con el que se cruzaba en la calle.

Nunca había sido buena dibujando, pero necesitaba definir la ruta del fuego y se sentía verdaderamente comprometida con el plan, así que, haciendo su mejor esfuerzo, tomó un lápiz y trazó los espacios, según lo que recordaba de casa de su abuela.

Sobre la hoja surgieron cientos de imágenes y sensaciones de tiempos distintos.

Desde la calle, una reja de garigoles naranja se levanta y dibuja sombras en el suelo alrededor de las dos de la tarde. En la cerradura de la puerta, el hilito que, obra del carácter ingenioso del abuelo, abre la puerta peatonal a cualquiera que sepa de dónde jalar. Cruzando la reja, el patio queda dividido por una línea de setos y un delicioso huele de noche que fulgura en perfume apenas oscurece. Del lado derecho, un cuadro perfecto de mosaicos color terracota, destinado a un auto que —toda la familia está de acuerdo— debe permanecer afuera, frente a la banqueta de la casa, para evitar que algún abusivo gane el lugar que por derecho les corresponde. Del lado izquierdo, pegada al muro, aquella banca de hierro del mismo naranja que el de la reja, enmarcada por una enredadera espinosa con manzanitas pastosas que, según la abuela, no deben comerse pues guardan veneno. Frente a la banca, tres enormes placas de cemento martelinado escalan hacia una puerta principal que quedó clausurada por la comodidad de entrar siempre por la de la cocina o, más bien, por la idea, muy arraigada, de que ninguna ocasión es suficientemente importante para usarla. La puerta principal es grande, de madera maciza, con una cerradura discreta que sobresale apenas de la

elegancia anticuada de la caoba.

Al otro lado del patio, un murillo blanco interrumpe la vista desde el garaje y crea un espacio intermedio de azotehuela que se volvería, a punta de cotidianidad, el paso fijo hacia la casa. El paso fijo hacia una puerta angosta, de aluminio, que se calienta todos los días bajo el rayo de sol y da entrada directo a la cocina.

Una, siempre cerrada; la otra, siempre abierta. En ambas puertas —marcó con un asterisco su representación gráfica— la llave permanece por dentro, fija en la cerradura.

Pasó a la siguiente hoja. Planta baja. En la cocina, por la mañana, se escucha el trazo rítmico de un cuchillo bien afilado que pica fruta y la empuja suave hacia pequeños platos hondos que aguardan sobre una barra metálica que acompaña, debajo, todo lo largo de la ventana. En la mesa del desayunador, un par de vasos de jugo, con pulpa de naranja flotando en la superficie, dan color a los tonos pálidos del espacio. La mesa, gris, sostiene años de manos monótonas untando mantequilla y miel sobre pan tostado; años de agua caliente que se sirve en dos tazas cuyo vapor se mezcla con lo cítrico del jugo y se esparce alrededor. El leve tintineo de una cuchara, de pronto, corta la acidez tibia y la torna cremosa, revolviendo una espiral de leche, azúcar y Nescafé. Hay cuatro sillas alrededor de la mesa y dos más pegadas a la pared. De hierro, las seis rechinan su peso contra el terrazo del suelo cada vez que alguien va a sentarse, pero, en la mañana de un día cualquiera, solo dos padecen la rutina y la distancia fría de una pareja de viejos que apenas se dirige la palabra.

Como con la puerta de entrada, hay pocas ocasiones que se consideren dignas del comedor. Siempre listo, siempre vacío, con ocho asientos de respaldo alto y estilizado. La mesa permanece protegida por un forro plastificado y adornado con un largo mantel de encaje y una fuente de frutas tan falsas como la limpieza de un espacio que pasa semanas, quizá meses, sin utilizarse. De las cuatro paredes que lo conforman, una coincide con la cocina, otra es ocupada por un bodegón de marco grueso y ornamentado y un largo trinchador, donde por algún tiempo el abuelo escondió dulces que regalaba a sus nietas. Frente a ésta, compartiendo con la pared de la sala, queda una vitrina empotrada que ostenta una cristalería tan elegante como

meramente ornamental; a su derecha, un ventanal corrido que trasluce la vista de una jardinera de rosas, hortensias y una enorme monstera que sembró un día la bisabuela.

Detrás de la pared de la vitrina y un escalón abajo del resto de la casa, una sala vieja —no antigua, como su estilo Luis XV, sino pasada, como el olor marchito que despide—, un macetón con una aralia oscura y un trío de jarrones turcos, regalo de la tía que alguna vez viajó por el mundo y que de niña le presentó el miedo que puede sentirse frente a lo desconocido. La alfombra es áspera; la mesa de centro, ovalada, está ocupada por un ramo de flores artificiales, un par de marcos y tres señoritas Lladró en posiciones diversas. Sobre el sillón más largo, un cuadro con una vista de Venecia en verano y en una de las esquinas del ventanal, que continúa desde el comedor, se acumula la ilusión ceniza de una chimenea inútil, apagada por la desidia de encenderla.

—No sirve.

—Está mal hecha.

—El tiro no funciona —se dijo unas cuantas veces y nunca nadie volvió a tratar el tema.

En verde pistache, el baño de visitas se ventila a través de una serie vertical de tablillas de vidrio esmerilado. Entre sus adornos cuentan la fotografía en bastidor de un bosque altísimo y silencioso en el que siempre temió perderse, una planta apagada en el rincón y, sobre el lavabo, el espejo en el que no alcanzó a mirarse hasta pasados los doce años. La mezcla del olor jabonoso y la luz turbia no hubieran podido trazarse en el papel, pero su recuerdo la llevó de vuelta a las tardes de adolescencia en que se encerraba allí, quién sabe por cuánto tiempo, a reflejarse, reconocerse y, casi siempre, criticarse.

En ángulo recto con el baño, sobre un mismo pasillo, marcó la puerta de la covacha que oculta la polvosa escalera de servicio.

Borró la última línea y volvió a trazarla unos milímetros más abajo. Una escalera de servicio, de madera, en forma de caracol, que solo utilizaron sus primas y ella cuando jugaban a esconderse, pues en esa casa un día se fue la última sirvienta y nunca más hubo dinero para remplazarla.

Del mismo modo que afuera tres placas de cemento hacen enormes

escalones, por dentro el terrazo replica los escalones en sentido contrario. Uno, dos, tres y, a un costado del vestíbulo, una salita colorida, con muebles de ratán, revistas viejas y un pothos que cuelga combinando con el esmeralda de los cojines.

Como si repasara una lista de acciones desagradables trazó una progresión de líneas suaves desde la esquina inferior derecha de la hoja. La escalera principal, en ascenso frente a la puerta grande, sube recto, bordeada por un barandal de madera clara, paralelo al ventanal de doble altura que permanece atenuado por dos largos tramos de cortinas de gasa amarillenta. De niña, imaginaba que cada escalón era una celda y, detrás de los postes del barandal, le gustaba pasar penitencias autoimpuestas contando los cerradísimos nudos de la alfombra que los cubría.

Siempre se había considerado culpable. Primero, del esfuerzo que su vida le significaba a sus padres; luego, de los pensamientos en los que dichos esfuerzos comenzaron a parecerle poca cosa; de adolescente, de las mentiras que decía para salirse con la suya y, ya acercándose a la adultez, de las verdades que descubrió y que tuvo que aprender a callar para no romper con la inercia de la familia.

Pasó a la hoja siguiente y escribió en el primer renglón «Planta alta».

Hacia el lado izquierdo de las escaleras, al final de un pequeño pasillo, se esconde un cuarto de costura con la base de una máquina de pedal —sin máquina—, un clóset de blancos en el que se almacenan cosas sin ningún fin y dos piedras de alumbre que la abuela olvidó en el marco de la ventana luego de comprobar su ineficacia para atraer amor, dinero y buena fortuna.

Calca del piso inferior, en ángulo recto, la puerta del cuarto de costura coincide con la de la escalera de caracol que, escalones arriba, sigue siendo ociosa.

Sobre el croquis, sin duda desproporcionado, encuadró la estancia de la planta alta marcando una churrigueresca mesa con cubierta de piedra, las dos sillas que le hacen juego y el librero angosto donde decenas de títulos vieron sus páginas emplastarse en volumen de ornamento, pues nadie en esa casa tuvo realmente el hábito de la lectura y cualquiera que intentara tomarlos era reprimido al instante en nombre del orden.

Dos recámaras, unidas por un baño color azul, se ubican al fondo de la

estancia, en espejo, por arriba del espacio de la sala y el comedor. Una, la de la bisabuela, que, aunque murió antes de que ella pudiera recordarla, quedó como un fantasma vivo en las sombras y aromas de los muebles, pero, sobre todo, en un retrato de buró, donde se le captó rígida, anciana y cubierta por un velo de encaje negro que contrastaba con lo lacio de sus canas y enfatizaba lo lúgubre de su mirada. Al otro lado del baño, en la siguiente habitación, un tocador de vidrio y un taburete capitonado en terciopelo rosa hacen juego con la mecedora, la cajonera y la cama individual de la tía que vivió en esa casa por años. La tía que se fue luego de una violenta pelea con la abuela, sin llevarse muebles, discos ni fotos, dejando todo como si hubiera sabido que algún día, después de perder su vuelo, habría de volver.

De nuevo al inicio de la escalera, opuesta al pasillo de la izquierda, la puerta de la recámara de los abuelos. Dibujando la superficie suavemente con el costado de la punta del lápiz, la recordó oscura y calurosa bajo el pequeño tragaluz de acrílico que, desde la azotea, se mantiene cubierto con un plástico negro para bloquear lo que alguno de los dos entendía como demasiado sol. Colgada sobre la cabecera de la cama matrimonial, la imagen de una virgen con corona de estrellas y mirada piadosa se duplica, más piadosa aún, en el espejo del tocador. Frente a éste, de piel negra a tono con la madera de sus cajones, una banca larga sobre la que nunca vio a su abuela maquillarse o desmaquillarse, pero que fungió, para ella y sus primas, como la camilla de auscultación cada que lograban hurtar el baumanómetro o el estetoscopio guardados en el buró.

Con la mano tensa marcó un cuadro frente al rectángulo que delineaba el área del clóset. Allí recordaba la silla en la que vio languidecer los últimos años de su abuelo. Desde el día en que su abuela decidió mudarse a la otra recámara y aparecieron los amargos ratos de silencio, esa silla se convirtió en el agujero en el que su abuelo fue dejando de tararear canciones de El Fonógrafo, en el que fue perdiendo interés por los programas y las noticias de un mundo que se le volvió irrelevante. Esa silla cobijó siestas profundas y solitarias cada día más largas; siestas de las que despertaba con los ojos deslucidos, como si al interior del sueño un mar infinito fuera lavándole el color y la fuerza de vida.

Repasando el cuadro más de lo necesario, revivió esa última vez en que lo

vio, tendido en la cama, bajo la ternura inútil de la Virgen, con los ojos grises y la boca resoplando como queriendo pedir, sin poder hacerlo, que alguien le ayudara a morir con dignidad.

Su abuelo se había ido envuelto en silencio y soledad.

Un dolor intenso le trepaba del estómago a la garganta, pero antes de soltarlo y reventar en lágrimas, cerró el cuaderno y caminó rumbo a la cocina para prepararse algo de desayunar.

20 de julio de 2016

Mamá:

No sé qué sentido tiene escribirte estas cartas si estoy segura de que no me atreveré a entregarlas.

Ésta es siempre mi historia contigo. Un montón de cosas que se me acumulan, muchas palabras y sentimientos que cargo. Todo lo que quisiera decirte, pero tú nunca te enteras de nada.

Repaso las cartas anteriores y veo que ninguna está firmada. Es curioso. Creo que decidí no hacerlo porque, en el fondo, sé que para ti no soy nadie.

Tu silencio me hace sentir inexistente.

Hoy decido otra cosa.

Ya no voy a dirigirme a ti.

Sin destinatario ni remitente, esto ya no será una carta.

Dejaré que mis palabras fluyan, aun sin ningún destino.

Así, vagas, revueltas y sin mucho sentido, serán mi mejor reflejo:

No madre, no hija.

Una nota que acabará en el fuego y nada más.

20 de julio de 2016

Últimamente soy yo quien sufre las mentiras y la falta de carácter de mi papá.

Por primera vez, ahora que ya no estás tú de por medio, puedo decir que he comprobado lo que decías acerca de su forma de ser.

Esa cobarde tendencia a conciliarlo todo, el papel de hijo que él asume frente a cualquier persona, la dependencia a la familia, su buscar siempre el camino más fácil y esa maldita necesidad de estar acompañado. A través de ti aprendí a quejarme de todo lo que lo hace ser quien es y, durante años, sentí un enojo que luego descubrí que no era mío.

Como a ti, sus hábitos cotidianos me enfurecían. Dentro de la casa, su sola presencia era un fastidio. Desde el olor a huevo revuelto que pedía todos los domingos en la mañana hasta el golpeteo de la cuchara, duro y duro contra la taza, cuando endulzaba el café. Si los tres veíamos una película, tú y yo no perdíamos ninguna oportunidad de comentar lo ridículo de sus reacciones a la trama, y lo mismo viendo futbol, cuando se movía como si fuera él quien tuviera el balón. Todavía puedo escucharte regañarlo burlonamente por usar los zapatos chicos; puedo recordarnos a ti y a mí imitando su manera de caminar como de puntillas.

Aprendí a odiar todo eso que tú odiabas, incluso los gestos con que me demuestra su cariño. Desde antes de ser consciente de lo que sucedía entre ustedes, hice mío tu coraje, seguí tus formas y esa especie de desprecio hacia mi padre.

Tú y yo. Tú y yo contra él. ¡Qué infierno debe haber vivido todos esos años! Pero él, culpable y conciliador, recibió pacientemente tus maltratos y los míos.

Tres infidelidades o más. ¡Qué infierno debes haber vivido todos esos años! Hoy me pregunto por qué decidiste aguantarlo. ¿Por qué se aferraron a seguir juntos?, ¿por qué perdieron tanto tiempo?, ¿para qué?

Hoy sospecho que, en lo que te tocaba, también eras culpable y también buscabas su perdón.

Aprendí a sentir y a pensar a través de ti. Aprendí a mirar a mi papá con tus ojos. De esa manera la historia era simple. Él nos había traicionado y había que castigarlo. Y así lo hice, lo castigué menospreciando todo lo que hacía, criticándolo, corrigiéndolo. Tenía que demostrarle que yo estaba de tu lado.

Ahora me doy cuenta de que crecí con un esposo infiel y no con un padre. A los dieciocho años le pedí que se fuera de la casa. Se fue.

Pasaron algunos años y yo también me fui. Fue entonces, con cierta distancia, que

comencé a mirar las cosas diferentes. La historia ya no me pareció tan simple.

De pronto me volví capaz de verlo a él, a mi padre, y no a tu esposo. Fue liberador reconocer sus costumbres y su forma de ser.

Los zapatos chicos y su manera de caminar aún me parecieron infantiles. La cuchara contra la taza, insoportable. El huevo de desayuno se volvió delicioso y la emoción frente a la televisión, tierna y envidiable.

He logrado desaprender algunas cosas. Solté corajes que no eran míos y, tanto como pude, me acerqué a su cariño de otro modo. Me he esforzado por colocarme en mi lugar de hija y darle a él su valor de padre. Traté de construir una relación nueva, una al margen de lo que fueron tú y él. Lejos de sus decisiones.

Pero sí. Tenías razón en muchas cosas. Al final sí he venido a encontrarme con tu viejo conocido. Un hombre que miente, un hombre que se esconde, un hombre que simula para evitar el conflicto y que está dispuesto a perderlo todo con tal de no sentirse solo.

Ha sido muy duro.

Más porque ese hombre sigue buscándote y se aferra a encontrarte en mí. Una y otra vez, como poniéndome trampas, acaba haciéndonos caer en los roles de ustedes: él, víctima de sus faltas; yo, víctima de mi furia. Es casi una coreografía. Yo hablo y él asiente; él promete y, muy pronto, engaña.

Inés

Entre los alhajeros y las figurillas que adornan el tocador de la recámara principal, detrás de un par de fotografías recientes de las nietas y un tazoncito de cristal ocupado por el azaroso encuentro de un rosario de madera, monedas, pasadores y un arete sin par, hay un retrato pequeño. Dentro de su marco oval y metálico, impecablemente centrado, se ve el gesto serio, en blanco y negro, de Inés. El cabello lo lleva relamido en una cola tan apretada que las cejas se notan estiradas y los ojos —enormes, profundos y notablemente maquillados— tensos.

Tan grande como los ojos, la boca que, en una mueca casi molesta, es lo único lineal en la imagen.

Esta fotografía es una de las tres que le entregaron en el estudio, hace cuarenta años, cuando estaba tramitando su título de licenciada en Psicología.

Inés fue la primera hija. Al ser primogénita mujer y no varón, Ramón tuvo que conformarse malcumpliendo la tradición en femenino. Ramona Inés, la bautizaron. El nombre y la novedad podrían haber estrechado la relación entre el padre y su hija, pero la atención, el cuidado y los mimos que Magdalena brindó a la recién nacida lo alejó desde los primeros días.

Nancy —aún joven, aún hija— vivió con alivio la intromisión de Magdalena, dejando en sus manos las labores maternas, tanto las prácticas y operativas como las más intuitivamente afectivas. A través de la bebé, Magdalena tomó control de su hija y, por un tiempo, de gran parte de la casa. Ramón, que se sintió desplazado, no pudo sino ensañarse con su esposa e, irracional, como actuaba cuando estaba enojado, con su hija también. El enojo del padre duró solo unos meses más, cuando un segundo embarazo se hizo evidente y la esperanza de tener un niño volvió a iluminarse.

Antes del primer cumpleaños de Inés, nació Isabel y, aunque la ilusión quedó defraudada, esta vez Ramón se aseguró de hacerse de la niña antes de que lo hiciera su suegra.

Inés creció en brazos de Magdalena y, aunque con su abuela tuvo

canciones de cuna, historias del pueblo y baños de sol en el jardín mientras ella colgaba las sábanas a secar, desde muy chica se le instaló una sombra de aflicción en lo más transparente de la mirada. Infeliz infancia. Con trenzas largas y vestidos hasta las rodillas, de niña su semblante proyectaba una imagen discordante. Infancia infeliz.

Tres años después de ella, nació Irene —cachetona, silenciosa e igualmente tímida—. Con ella, la abuela conformó un triángulo de protección y cariño que se hacía fuerte hacia adentro, en contra de todos los demás.

La timidez de la más grande de las hijas exasperaba a su padre. Esa exasperación fomentó en la niña un miedo extraño y complejo que no pudo manejar. Miedo que se transformaba en angustias, insomnios, dolores de panza y fantasías terribles, según el momento del día. Diez golpes al plato con la cuchara antes de comenzar a comer la sopa; tres padrenuestros y tres ángeles de la guarda, intercalados, para poder dormir; para evitar la muerte de un ser querido, regresar las veces que fuera necesario hasta quedar absolutamente segura de haber pisado todas las rayas de la banqueta.

Le gustaba cocinar, pero casi nunca se sintió con la confianza de tomar el espacio y menos aún de pedir a sus padres los ingredientes que enlistaban las recetas de los libros de su madre. Además de los juegos con Irene, Inés encontraba paz sentada en la cama de su abuela, mirando en el reflejo de un dorado espejo antiguo cómo aquélla iba trenzándole el cabello amorosa y tranquilamente.

Cursó la primaria y la secundaria sorprendiendo por sus buenas calificaciones. Los maestros, que habían identificado las crisis que le desataban, entre otras cosas, las puertas cerradas, después de hablar con Nancy en dos o tres ocasiones, asumieron que no podrían hacer nada al respecto además de mantenerlas abiertas. En la preparatoria, Inés se volvió muy cercana a la maestra Lucía. Ésta se tomó el tiempo de preguntar sobre sus miedos, preocupaciones y malestares físicos y, al acercarse, sembró en ella el interés por la psicología.

A punto de terminar la prepa, la joven anunció que quería entrar a la universidad. Su madre no pudo evitar una sonrisa incrédula; Ramón un bufido de agobio.

—Espero que no estés buscando andar de argüendera con todos esos

hippies o, peor aún, que quieras irte de loca con algún dizque estudiante —dijo con una mano acariciándose el bigote y con la otra, el borde del cinturón.

Esa noche, mientras le trenzaba el cabello con sus manos suaves, Magdalena la convenció de inscribirse a la carrera.

Nuevamente desplazado, el padre se ensañó y arremetió contra todo lo que pudo. Pasó casi cuatro años sin hablar con su hija. Luego de negarse a asistir al examen profesional, sintió que su orgullo estaba sanado y, poco a poco, volvió a dirigirse a ella. Justo a tiempo para recibir en casa a Rodolfo, el hombre corpulento e impetuoso que con urgencia llegaba a presentarse para pedir en matrimonio a Inés.

Se casaron.

Las tres hermanas fueron damas de honor, pero solo Irene supo —al menos antes de que fuera obvia— la razón de la premura.

La bebé heredó los ojos enormes de su madre, los labios carnosos de su padre y, a causa de la inconveniencia, la sombra de aflicción en lo más transparente de la mirada.

Rodolfo, Inés y Laura llegaron a vivir a un departamento en la colonia Country Club. Él, graduado en Ingeniería Civil, trabajaba el día entero sembrando las semillas de un exitoso negocio en la gestión de contratos para puentes y carreteras. Ella, que había tenido una carrera brillante y una tesis destacada, fue olvidándolo todo, incluido el vínculo con su abuela y su gusto por la cocina.

Todas las mañanas, después de despedir a su esposo, pasaba un rato examinando en el espejo de su recámara qué tanto más se parecía a su madre. Día a día, fue atestiguando su transformación en aquella mujer indiferente y apática que aborrecía a su esposo tanto como temía siquiera imaginar la posibilidad de tomar un camino distinto. Sin quererlo, se volvió una terrible ama de casa. Plantas artificiales, zapatos bajos, sopas de sobre, loncheras con leches azucaradas y Gansitos, tardes de televisión y una relación tosca y distante con su hija.

Rodolfo no tardó en cansarse de los ataques de ansiedad y periodos de insomnio de su esposa. Sin preguntar, buscó un médico que pudiera ayudarlos y encontró, para ella, la paz de los antidepresivos. Para él, primero

los viernes después del trabajo, luego los jueves a la hora de comer y, así, un martes, dejando de preocuparse por el horario, apareció el alcohol.

Infeliz infancia. Laura creció con el cabello atado y relamido, dando golpes a sus platos, pisando rayas en las banquetas y rezando en contra de los arranques histéricos de su madre y las euforias amorosas que, en su padre, siempre pronosticaban una tormenta etílica de reclamos, gritos y disculpas.

Con el pretexto de las tareas de casa, Inés se alejó no solo de Irene y de su familia, sino también de ella misma.

La mueca lineal que el fotógrafo universitario le había indicado un día se volvió su gesto cotidiano. Sobre su tocador, alhajeros, figurillas y un pastillero en el que guardaba los microgramos de abnegación necesaria para enfrentar esa vida que la enclaustraba como el marco oval y metálico en el que había quedado encerrada, en blanco y negro, esa oportunidad.

VI

Recogió a su abuela en la esquina de su casa. Aunque le parecía poco considerado hacerla caminar al coche, prefería eso a acercarse a la reja y comprobar que, como siempre desde que su tía regresó a vivir allí, había excremento de perro frente a la puerta.

—¿Cómo estás, abuela? —le preguntó ayudándola a ponerse el cinturón de seguridad.

—Bien, mamita. A ti ¿cómo te ha ido? —Y antes de que pudiera contestarle, escupió la siguiente frase—. Dice tu tía que por qué ya nunca entras a la casa, que si no quieres saludarla.

—No es que no quiera saludarla, es que no quiero ver que no hace nada por ti, ni por la casa, ni por ella misma.

—Pero dice que estás enojada por mi culpa, que yo te meto ideas. —Y, en efecto, las dos sabían que así era.

—Lo que me enoja es que sea tan abusiva, viviendo en tu casa, incapaz de tener consideraciones contigo. Que no pague renta y no pueda cooperar con la limpieza. No me gusta cómo te trata y no me gusta el cochinero en el que viven. —Un estallido de furia la volvió repentinamente ofensiva.

—Ay, mamita, ¿entonces mi casa es un cochinero?

—Perdón, abuela, no es tu culpa, pero tú ya no estás para limpiar y, luego, con dos perras y mi tía que no mueve un dedo…

Una tarde, cuando ella tenía alrededor de quince años, le pidió a su abuela que le contara sobre su infancia. Como nunca la había visto, su abuela se entusiasmó, hablando de su casa, de las flores que crecían coloridas alrededor de Coyoacán, de los largos paseos que podían hacerse en un pedregal virgen y de la escuela de señoritas a la que su padre, amorosamente, la llevaba todas las mañanas.

Desde esa tarde y ese gesto mínimo de atención, su abuela y ella abrieron

un vínculo que las volvió cómplices, aliadas, una, de algún modo, pasado o futuro de la otra. Desde esa tarde, sentadas en la salita color esmeralda, comenzaron a entenderse a partir del cariño, pero también del encuentro en las mismas manías, los mismos miedos y, dentro de la familia, en adelante, las mismas enemistades.

—Tú sí me quieres. Eres muy linda conmigo —le decía con un tono de autocompasión meloso—. Tú eres la única que piensa en mí —aseguraba con lágrimas en los ojos—. Cuando me muera, a ti te voy a heredar todas mis joyas.

No lo haría. Y a ella no le importaba tanto pues no le interesaban las joyas, ni la casa, ni ningún dinero que pudiera quedar en el banco. Si algo podía ponerle los nervios de punta era, primero, lo terriblemente injusto que sería que alguna de las hijas recibiera cualquier cosa de parte de su madre; luego, la disputa que estallaría el día que la abuela muriera y las cuatro hijas tuvieran que llegar a un acuerdo en la repartición de la herencia y de las culpas. Pensar en ello y en lo poco que podía hacer al respecto le hacía brotar una presión en el pecho que subía directamente hasta las sienes y acababa por convertirse en un ataque frustrado.

A su abuela la llamaba una vez a la semana. Intentaba verla, al menos, dos veces al mes. Pasaba por ella temprano y la llevaba a desayunar al centro de Tlalpan.

—Me encantaba venir con mi papá. Desde Coyoacán hasta acá. No sé si venía a cobrar o a pagar, pero algo hacía en el mercado. De regreso me compraba dulces. Pasábamos con las monjas que vendían unas galletas, unos mazapanes y unos jamoncillos deliciosos —le repetía lo mismo al llegar a los portales, siempre con las mismas palabras, siempre con la misma mezcla de tristeza e ilusión. Quizá estaba perdiendo la memoria, quizá solo estaba volviendo a los tiempos cuando había sido verdaderamente feliz. Fuera lo que fuera, le gustaba ver a su abuela así, ensimismada y sonriente.

Como todas las veces que iban a desayunar, sin ver la carta ni escuchar las sugerencias, la abuela pidió hot cakes.

—Con mantequilla y miel de maple, por favor.

Y, como todas las veces, untaría una gran plasta de la margarina empacada y luego vertería la cantidad suficiente de miel para que el primer nivel

quedara completamente bañado en jarabe de azúcar.

—Para mí, huevos revueltos con jamón. De fruta, papaya, y café americano —pedía ella, reprimiendo el deseo de replicar el batidillo dulce de su abuela—. Sí, para la señora jugo de naranja y café también. Gracias.

Generalmente no conversaban mucho. Bastaba con intercambiar unas pocas palabras sobre lo que habían cocinado en la semana, sobre las noticias que habían llamado su atención y sobre el sabor del platillo que tenían enfrente. Ella no disfrutaba hablar de su trabajo ni de su vida social; su abuela decía que las viejas no tenían nada nuevo que contar. Ese día, sin embargo, fue distinto.

—Y entonces, abuela, ¿cómo has estado?, ¿bien?

—Ay, mamita, pues más o menos. ¿Tú crees que me robaron?

—¿Cómo que te robaron?, ¿quién? —Se tranquilizó pensando que si hubiera sido algo grave se hubiera enterado antes y de otra manera.

—El señor de la luz, de CFE.

—¿Cómo, abuela?, ¿qué señor?

—¿Te acuerdas que pedí que fueran a revisar el medidor porque me estaba saliendo carísimo el recibo de luz?

—Sí —mintió.

—Pues llegó el hombre y se puso a revisar el medidor de la calle y luego me dijo que tenía que asegurarse de que no fuera una falla de las instalaciones. Me pidió que me quedara donde el marcador para ver si había algún cambio. Mientras, él se metió a la casa. Salió y se fue diciendo que todo estaba en orden. Pero un rato después, cuando subí a mi recámara, me di cuenta de que no estaban los alhajeros de mi tocador.

—No puede ser, abuela. ¿Se llevó algo más? —Sintió un coraje intenso al pensar en alguien que podía aprovecharse así de los viejos.

—No, ya revisé bien.

—¿Y a dónde había ido mi tía? —De pronto el coraje comenzó a extenderse—, ¿por qué te dejó sola con el señor? —le preguntó con ganas de aventar el plato de huevos al piso.

—No, sí estaba, pero fue como a las once de la mañana y a esa hora tu tía todavía no se levanta.

La sangre le hirvió y un sabor a hierro le burbujeó en la boca en forma de

todas las maldiciones que pudo recordar.

La apenas conversación se volvió un interrogatorio en el que se enteró de que ya todas las hijas estaban al tanto de lo sucedido y que ni la tía que había invadido la casa, ni su madre, ni ninguna de las otras dos hizo algo al respecto. No volvió a tocar los huevos revueltos. Todas sabían lo que había pasado, pero nadie estaba dispuesta a proceder ni contra el tipo de la Comisión Federal de Electricidad ni contra la invasora desconsiderada.

—No, mamita, fue mi culpa por confiar en él. Y además lo que se llevó no era tan importante. Lo de valor lo tengo bajo llave y esa llave está escondida.

—Pero ¿qué no le da vergüenza a mi tía haber estado ahí? —la interrumpió sin dejar de preguntarse qué sentido tenía esconder una llave dentro de una casa que permanecía con las puertas abiertas.

—Te digo que estaba dormida.

—¿A las once de la mañana? —En ese punto ya todo eran reclamos—. Es ella quien tendría que haber recibido al tipo este. ¡Es ella quien tendría que pagar el recibo de luz!, ¡está viviendo en tu casa!

Los restos del plato de la abuela se habían vuelto una masa fría y pegajosa. Con la saliva borboteándole y el pecho hinchado de ira, procedió del mismo modo en que lo hubiera hecho su madre o sus tías: volcando el coraje contra quien menos lo merecía.

—Pues sí, abuela, sí es tu culpa por permitir que la más ingrata de tus hijas se aproveche de ti, que no pague renta, ni limpie ni haga nada de su vida. Y, si ninguna está dispuesta a decir ni hacer algo al respecto es porque son personas horribles, y si son personas horribles, sin duda tú tienes algo de responsabilidad. De las cuatro hijas, ninguna se salvó. Ni siquiera yo, que soy tu nieta, porque tampoco voy a hacer ni decir nada. —Por segunda vez en el día le había ganado la furia.

En el camino de regreso logró calmarse. Se disculpó y, como si nada hubiera pasado, su abuela asintió frunciendo un poco la cara al tiempo que le palmeaba la pierna con la mano rígida con la que solía intentar los gestos de cariño. Luego, se distrajo contándole, igual que cada que se acercaban a la parada del viejo tranvía de Tlalpan, sobre el doctor Cárdenas, ése que vivía a la vuelta de la esquina y que, en su época, era el único médico que atendía en la zona sur de la ciudad.

—Mi papito lo mandaba traer a la casa cuando yo me enfermaba.

Viéndola de reojo, en el asiento de al lado, le pareció una niña pequeña. Pensó en esa felicidad extraña que le notaba cuando narraba alguno de esos recuerdos. Siempre eran los mismos, aquéllos con los que quedaba claro que había sido una niña mimada y protegida, relatos de tiempos en los que pasaba tardes enteras andando en bicicleta alrededor del jardín Centenario, comiendo helado de limón o huyendo de los mayores para ir a saltar a los riachuelos de un Coyoacán ya inexistente. Era como si su abuela anhelara la infancia desde siempre, como si nunca hubiera logrado desarraigarse de su primera casa, como si su esposo y sus hijas fueran imposiciones dolorosas, pasos inconscientes o forzados que la alejaron de su idílica condición de hija y de toda posibilidad de volver a sentirse a salvo.

La memoria de su abuela, curiosamente, evocaba mucho más a su padre que a su madre. Era él quien aparecía todas las veces como el protector, el cariñoso, el gran señor del pueblo en que habían vivido. De su bisabuela no había historias ni menciones ni adjetivos sinceros; ella solo surgía como respuesta a cuestionamientos directos.

—¿Y tu mamá, abuela? —Caso en el que, invariablemente, recibía la misma falta de interés.

—Sí. Mi mamá era muy linda, quería mucho a mi papá. ¿Y cómo no iba a querer mucho a mi papito? —Y otra vez el foco ya estaba en él.

Era como si hubiese existido una ausencia o un desplazamiento materno y todo el bienestar de su vida estuviera centrado en la figura del padre.

De regreso, ya cerca de dejarla en la esquina de la casa, su abuela aportó, sin saberlo, la respuesta a una de las preguntas centrales del plan del incendio: ¿Cuándo?

—Era un gran hombre. Mi papá. Todos lo decían. Y cada año, para la celebración del pueblo, él era el encargado de hacer el tapete de la entrada. Con aserrín y flores de todos los colores, llenaba el ancho de la calle principal. Hacía unas cosas hermosísimas. Era un trabajo tremendo, pero él se encargaba solito. Trazaba las figuras y ahí estaba, desde la madrugada, apurándose mucho para que quedara listo para el día de la Virgen de la Candelaria.

Desde que era niña, la tradición de reunirse alrededor de la Virgen del

pueblo había estado presente, si no siempre lograda, al menos como idea.

—Oye, abuela, ¿podría hacer una reunión el 2 de febrero en tu casa?

—¿El Día de la Candelaria?

—Sí, sí, una fiesta por el Día de la Candelaria.

De vuelta en su departamento, abrió la libreta en la primera página del plan. Con prisa, «¿Cuándo?», escribió debajo de «¿Cómo?», y anotó inmediatamente «2 de febrero». Escribió «Invitadas» y enlistó los nombres de aquéllas a quienes convocaría para conmemorar el pueblo donde habían crecido su abuela, y luego ellas. Les diría, no sin algo de verdad, que era tiempo de acabar para siempre con tantos enojos y rencores.

VII

Su recámara era muy austera. La cama individual que llevó de casa de su madre, un buró aseñorado en el que apilaba libros que iba acumulando sin terminar de leer y la repisa que colocó su padre, servicial, unas semanas después de que se mudara. El clóset estaba exactamente como lo habían dejado los inquilinos anteriores: sin una de las jaladeras y con la madera de las repisas tan raspada que, casi todos los días, tenía que quitarse astillas de la ropa. Sobre una de las paredes colgó un espejo de cuerpo completo que la atormentaba y, alrededor de él, un trío de postales que había ido coleccionando sin saber bien por qué. En tonos azules, un paisaje frío con una mujer de espaldas al borde del acantilado anunciaba la puesta en escena de *La dama del mar* de Henrik Ibsen. En tonos morados, un precioso dibujo de una orquídea creciendo dentro de un pulmón romantizaba la enfermedad de Chloé en *La espuma de los días*. La tercera, con trazos pálidos y violentos, enmarcaba el abrazo de *La madre y la hija* de Egon Schiele, abrazo que le representaba, de manera muy precisa, la angustia que ese vínculo despertaba en ella.

Las persianas de la ventana no alcanzaban a cerrar del todo, así que por las noches la luz de la ciudad, que flotaba casi tanto como la contaminación, venía a colarse a la recámara y al sueño intranquilo en que solía estar sumergida.

Estaban todas concentradas en la sala. No era la de casa de su abuela, pero sabía que estaban allí. Como en los tiempos de antes, la convivencia sucedía alrededor de la mesa de centro. Para picar, un gran tazón de queso desmoronado, revuelto con aceite de oliva, orégano y chile verde; al costado, un abanico de galletas saladas. Por allá un plato de palmitos y, por acá, uno de aceitunas rellenas.

Extrañamente, a la dinámica se había sumado una mujer más. Por la edad

debía de tratarse de una quinta hija, una tía desconocida o inexistente. Enmarcado en una cabellera china y alborotada, su rostro hubiera quedado indefinido de no ser porque sobre la repisa de la chimenea había aparecido un gran retrato de la mujer, con su actitud grotesca, mirada descolocada, lunar sobre la boca y aquella melena revuelta.

—No me vayan a romper mis figuritas de Lladró —exclamaba la abuela, pidiendo, sin hacerlo, que alguna las retirara con cuidado.

En uno de los extremos de la mesa, el pesadísimo cenicero de cristal y, dispersos entre todo lo demás, se vaciaban y rellenaban, al ritmo de los ánimos, caballitos de tequila, vasos de cerveza y copas de vino.

La mujer desconocida actuaba como si fuera parte de ellas, pero no lo era.

Sintió angustia y quiso acercarse a su madre, pero no pudo moverse de su sitio. Quiso hablar, pero no le salía la voz. Su madre, de cualquier manera, parecía ignorarla. Miraba a todos lados menos hacia donde estaba ella, miraba especialmente a la intrusa; fascinada, seguía sus movimientos infantiles, respondía a su sonrisa enorme y sarcástica con maravilla. Y en la casa no se oía nada por encima de la voz irritante, oscilante, absurda pero familiar de aquella mujer.

De pronto, todas estallaron en risas.

La desconocida, con ambas piernas estiradas sobre el suelo, una cruzada sobre la otra, y tentando delicadamente la alfombra como si fuera la superficie de un estanque, replicaba la posición de una de las damas de Lladró.

Su presencia no era aterradora, pero tampoco acababa de ser agradable.

En un bucle de rituales ambiguos y la agobiante imposibilidad de captar la atención de su madre, el sueño fue volviéndose cavilación.

Las conocía bien. Por años, ese grupo de mujeres le había significado todo. Había crecido a su imagen y semejanza. Sin abrir los ojos, se hizo consciente de una tristeza profunda que le estrujaba la garganta. Como en una congregación, su familia materna había aportado las creencias, las costumbres y las normas con las que se había formado y, mientras la doctrina se mantuvo incontestable, cubrió toda necesidad de identidad y certezas. De niña, religiosamente, domingos, navidades y años nuevos. De adolescente, sin entender la causa, se produjo un cisma entre las tías y su

madre que marcó una primera distancia, pero entrando a la adultez, poco antes de la debacle, se dio el esplendor del grupo. Los jueves por la tarde, todas, puntualmente, a casa de la abuela para tomar café; sábados o domingos, la mayoría, a casa de la abuela para comer en familia; cumpleaños, aniversarios, celebraciones, desdichas o cualquier suceso que pudiera ameritarlo, tantas como fuera posible, de nuevo, reunidas en el mismo lugar.

Más allá de los resentimientos y la distancia rota que la atormentaba a últimos tiempos, aún alcanzaba a revivir muchos momentos de alegría. En grupo habían reído risas infantiles y contagiosas; frente a lo otro, habían vivido el cobijo de pertenecer y de tener, cada una, el lugar que completaba y se complementaba con el de las otras. Ella, por ejemplo, encontró en una de sus tías la tradición y la dulzura que nunca encontró en brazos de su madre; en la más joven, los consejos de vida que hubiera recibido de haber tenido una hermana, la risa libre, la imagen de una mujer de mundo y las historias de amor. De la mayor, algunas veces, una mirada que la hacía sentir única, cómplice, profundamente especial.

Pero los pilares de la congregación eran hostiles, un largo relato de abandonos y desconfianzas. De algún modo, un día, sin quererlo, su abuela, la madre de ésta o aun alguna mujer antes que ellas, puso la primera piedra y sobre ésa se edificaron como grupo, replicando símbolos y narrativas de sufrimiento.

Naturalmente, los ritos se hicieron fundamentales. Fueron años de comunión alrededor de esa mesa de centro, comiendo y bebiendo el cuerpo y la sangre de las demás. El sacramento de un queso que solo podía ser preparado por las manos de la abuela; el tequila, sangre de la alianza nueva y eterna, tenía que ser el que había tomado el abuelo y ningún otro. Las jóvenes servían las copas. La más vieja —siempre enjuiciada, nunca imperante— se sentaba en la poltrona. Las fumadoras, cerca de la ventana. La plática, escandalosa, era de todo y de nada. A las 9:30 se despedía la primera y, de ahí, partían, una a una, todas las demás. Si hubo un tiempo en que se alcanzó un equilibrio perfecto, un culto en manifestación precisa que las unió a todas ligándolas a través de sus formas —de ver, de ser y de querer —, se dio dentro de una cosmovisión de incuestionable y sospechosa

veracidad.

Fueron años de una entrega devota, años de confesiones y penitencias que se cumplían más allá del grupo, cada una aplicando sobre su vida individual, fielmente, las enseñanzas del grupo.

Pero luego vinieron las disidencias. Con mayor número de conciencias y pensamientos más jóvenes —sus primas y ella—, más difícil fue contener las preguntas y suspicacias. ¿Por qué tantas rupturas en la familia?, ¿la depresión puede llevarse en la sangre?, ¿cuántas pastillas son necesarias para curar una insatisfacción heredada?, ¿qué tan normal es vivir esperando la violencia y la traición?, ¿qué significa realmente la lealtad?, ¿quién o quiénes la merecen? Sin enunciarlas, sobre la mesa comenzaron a acumularse dudas incómodas.

A las dudas, se sumó también la carencia. Por razones distintas, muy al tiempo, la estabilidad económica que cada una había encontrado se vino abajo. Y la generosidad, que nunca se había predicado ni en palabra ni en ejemplo, se volvió un valor que ninguna supo defender ni aprovechar. Piedra a piedra, el derrumbe fue desgarrador para todas.

Todas, a su manera, vieron tambalear su fe, todas vivieron el desplome de las certezas en su propio cuerpo y todas, de forma particular, se aferraron a las ruinas que pudieron. Poco a poco, con el grupo, el mundo como lo conocía fue cayéndose a pedazos y, mientras eso sucedía, una realidad distinta, más amplia y más libre, tomó forma. De pronto, la religión familiar se reveló secta, y sus normas, absurdas y perniciosas: «Temerás al otro por sobre todas las cosas. Dudarás de ti misma en cualquier momento. Mirarás por tu bien y por el de nadie más. Codiciarás los bienes ajenos. Juzgarás a tu padre y a tu madre. Santificarás el orgullo y el resentimiento. No cometerás actos desinteresados. No consentirás pensamientos ni deseos impuros. No darás falso testimonio ni mentirás. No matarás».

En franca contradicción con las lógicas del mundo recién descubierto, todas habían cumplido los mandamientos al pie de la letra. Fallaron únicamente en el penúltimo. Su abuela, sus tías, su madre, sus primas y ella vivían una vida de autoengaño en la que responsabilizaban a los demás de sus tragedias. Día a día, faltaban a sus principios sosteniendo una historia que iba en contra de lo que sabían y de lo que pensaban, pero no de lo que

sentían: despojo y desconfianza. Una mentira que las había vuelto incapaces de integrarse al mundo real. Una mentira clavada en la base del entendimiento.

Ella, incapaz de ser parte de lo otro e incapaz de volver a entregarse a sus antiguos principios, había encontrado un camino, un consuelo o, quizá, salvación, en la desobediencia del más radical de sus mandamientos: «No matarás».

Giró el cuerpo dando la espalda a la ventana y, con la paz que comenzaba a causarle la idea de un desenlace cercano, volvió a hundirse en el sueño.

VIII

—¿Bueno? —La voz la hizo imaginar el gesto de mortificación que fácilmente se confundía con dulzura.

Había decidido que las llamaría por teléfono a todas. Sentía que era un modo de dar la cara a sus intenciones, una acción digna del plan. Además, por el auricular anulaba la distancia aséptica de la pantalla y el teclado, esos segundos de reflexión que les brindarían la posibilidad de idear pretextos. Sin imaginar que sería así, escuchar su propia voz la hizo sentir más confiada.

—Hola, tía, ¿cómo estás? Soy yo.

—Bien, cariño. Qué sorpresa.

—Sí, hace tiempo que no hablábamos. ¿Qué haces? —Evadió el tema lo más pronto que pudo.

—Nada, aquí esperando que tu prima regrese de trabajar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ahora que casi no está me la paso cocine y cocine, pero ya me aburro y siento que me hace falta hablar con alguien. —Ahí venía la autocompasión, la terrible autocompasión—. A veces creo que me voy a poner a platicar con los elotes, las latas y la licuadora.

—Ay, tía, ¿cómo crees? ¿Estás haciendo pan de elote? —El pan de elote era el platillo favorito de su prima y, evidentemente, una manera de atraerla, quererla, retenerla y culparla, todo en desorden y al mismo tiempo.

—Sí, pues no tengo nada que hacer y con esto me entretengo. Ya si no viene tu prima, pues me lo tendré que comer todo yo.

—Bueno, precisamente te hablaba porque estoy organizando una reunión en casa de mi abuela.

—¿Cuándo, amor?

—El 2 de febrero.

Se hizo un silencio extraño y supo que tenía que insistir.

—Las quiero invitar a todas para que celebremos el Día de la Candelaria.

—Y ¿ya le dijiste a las demás? —La voz perdió cualquier rastro de dulzura y mortificación para dar libre paso a la intriga.

Luego de explicarle que era la primera a la que llamaba y pedirle que le extendiera la invitación a su hija, la tía aceptó.

—Y no te preocupes, cariño —le dijo antes de colgar—, de una vez te digo que tu prima sí va. Yo ya no manejo, así que si ella no me lleva, no puedo ir y, como sí voy a ir, ella también.

Marcó una palomita en el tercer renglón y, con un poco de pesar, otra en el penúltimo de la lista de invitadas. La primera y la última, que eran su abuela y ella misma, la nieta más joven, ya estaban confirmadas.

Intentando retomar el orden, según la edad, buscó entre sus contactos el número telefónico de la tía más grande, la primera. Presionó «llamar». Con ella no hablaba nunca, nunca lo había hecho y, dada su condición de esposa subyugada, no tenía nada de raro.

—¿Bueno?

—Hola, tía.

—¿Bueno?, ¿quién habla?

—Tía, hola, soy yo.

—Hola, mi reina. Qué milagro que me llamas. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien. ¿Ustedes? —Con esta tía siempre había sentido que lo correcto era referirse en conjunto a ella y a su esposo.

—Bien, bien. Tu tío, bien también. Gracias.

—Oye, tía, viene el Día de la Candelaria y, hablando con mi abuela, pensé que sería lindo reunirnos. Juntarnos en su casa.

—¿El dos? —Bajó la voz.

—Sí, sí, para comer.

—Ay, mi reina, qué linda, pero no sé. No sé si vamos a estar en la ciudad y no sé qué va a hacer tu tío. Tengo que verlo con él —concluyó en voz baja y titubeante.

—Es muy importante que vengas, tía —rebatió ella con firmeza, sabiendo que sonaría autoritaria—. Llevamos mucho tiempo sin vernos y estoy segura que nos hará bien.

—Ah, pero entonces sería yo, sin tu tío.

—Sí, tú. Mi idea es que solo vayamos hijas y nietas. Bueno, y mi abuela, por supuesto. —Aniñó la voz como estrategia para atenuar el desaire.

Se alargó un no decir nada y luego vino la respuesta incómoda y claramente obligada.

—Okey, pues bueno, sí. Sí, yo le digo a tu tío y veo cómo le hago para estar ahí. ¿Llevo algo?

—No, tía. Con que estés es suficiente.

Apenas colgó, dibujó la palomita junto al primer nombre después del de su abuela.

Encontraba maravillosa la satisfacción de ir completando objetivos de ese modo. Las listas, así como los rituales y sus otras formas compulsivas, le permitían sentir el paso del tiempo de manera acotada y bajo su control. Aunque le daban calma, la recurrencia de estos mecanismos la acorralaban en una monotonía solitaria que solo iba volviéndose más severa.

En la lista de invitadas, la siguiente era su madre. Le causó gracia que, cumpliendo la regla, una vez más, había encontrado una razón para ser ella quien la buscara primero. Llevaban semanas sin hablar. Semanas larguísimas de un malestar pertinaz del que había logrado distraerse un poco con la planeación del incendio. Contrario a lo que sucedía siempre, sin embargo, esta llamada no le significaría una derrota, sería más bien un progreso, un paso distinto en camino a un resultado diferente. Una victoria definitiva, quizá.

Marcó el número de su madre y escuchó el primer tono. Recordó los ojos grises de silencio con los que la miró su abuelo poco antes de morir. Segundo tono. Los ojos cerrados de la abuela por las tardes. Tercer tono. Ella, porque ya sabía lo que venía, frunciendo el rostro en ese mismo momento. Cuarto. No iba a contestar la llamada. Los segundos que pasaban entre un tono y otro le contraían el estómago. Esos segundos, igual que las horas que transcurrían de una noche a la siguiente, le reafirmaban que, para su madre, la distancia entre ellas era irrelevante; que el conflicto le daba lo mismo y que podía prolongarlo en tiempo y en espacio mucho más de lo que ella soportaba. Quinto. La secuencia de tonos continuó de largo hasta que la odiosa voz robótica lanzó el temido mensaje.

—El número marcado no está disponible. Le sugerimos llamar más tarde.

Un trío de lágrimas se le escurrió por las mejillas. Con los ojos inundados, sintió una rabia incontenible. ¿Dónde estaba?, ¿cómo estaba?, ¿por qué se negaba a contestarle?

La extrañaba muchísimo.

La necesidad de verla era cambiante. A ratos se sentía como un dolor vacío y culpable, un dolor que se alimentaba de escenas desoladas en las que se sumía como un fantasma que deambula, imperceptible, por la habitación de quien llora su ausencia.

Imaginaba a su madre frágil, insomne, bajo una bata gastada que la protegía del frío nocturno y amortiguaba un poco el eco con que sus pasos, deambulantes, rebotaban por la casa vacía de hija, vacía de esposo, de amigos y familia.

A ratos, la necesidad se tornaba furia. Cuando la escena se desvanecía y acababa por concluir que todo era producto de su propia conmiseración, que su madre no sufría ni su ausencia, ni la soledad; que, sumergida en sus múltiples preocupaciones, no hallaba tiempo ni para pensarla, ni para extrañarla, ni para compadecerla de vuelta. Entonces, pasaba a verse a sí misma, pequeñísima, insignificante, innecesaria, ridícula, exactamente como la verían los ojos de aquélla en quien se había fundado su existencia.

La furia, de cualquier modo, no era hacia su madre. Era hacia sí misma. Por seguir poniendo trampas de silencio y justificación en las que caía incesantemente, esperanzada, todas las veces, en encontrar una respuesta distinta. Pero equivocada y necia y exasperada, la tristeza se le volvía coraje y el coraje, violencia.

Se limpió las lágrimas con el costado de la mano, recorriendo el pómulo como un golpe en cámara lenta. Sintió unas ganas desesperadas de gritar, pero las contuvo apretando el cuerpo tan fuerte como le fue posible. Cerró los puños y clavó los dedos contra las palmas. Las piernas y los pies, tensísimos, como si una descarga estuviera recorriéndola entera. Contrajo el abdomen hasta sentir que el diafragma le presionaba los pulmones. Así pasó varios segundos, conteniendo la respiración.

Exhaló.

Como todas las veces que llegaba a ese punto, quiso correr a la calle. Elegir

una tienda o una panadería cualquiera. Sin restricción, comprar todo lo que se atravesara en su camino y volver a casa escondiéndose de la mirada curiosa de la gente. Directo a la cocina, para abrirlo todo y devorarlo sin orden ni control. Mezclando dulce con salado; a puños, a cucharadas, sentada en el suelo. Y así pasar quién sabe cuántos minutos, sin parar. Convertida en un monstruo insaciable. Engullendo veneno. Tragando la indulgencia y la libertad que tanto la atormentaban. Colmándose el cuerpo hasta las náuseas con tal de no pensar y, al mismo tiempo, castigándose con un desenfreno que pasaría semanas sin poder perdonarse. Se hacía daño. Sabía que se hacía daño, pero era eso lo que buscaba. Ejercer esa violencia incontenible, sentir sus efectos. Ser víctima y verdugo. Comer, comer, comer. Obligarse a hacerlo y no parar hasta sentirlo en el estómago, el pecho, la garganta. Hasta reventar en lágrimas con la cabeza metida en el inodoro, purgando toda la vergüenza y, quizá, un poco de su ser.

Hubiera querido salir corriendo, pero no lo hizo. El plan del incendio estaba ahí para detenerla. Tenía que terminarlo.

Respiró hondo y, con los ojos ya secos y el cuerpo un poco turbado, volvió a la lista.

Esperando que en algún momento devolviera la llamada, dejó el nombre de su madre sin confirmar.

Isabel

En una de las paredes blancas del comedor, sobre la que lo separa de la cocina, cuelga un pequeño retrato circular. El marco es dorado y resplandece alrededor de un dibujo que se ha ido desgastando. Con líneas delicadas se trazan los ojos dulces de una joven de cabello ondulado. La boca es delgada y, en su rigidez —más que seria, amarga—, contrasta con la expresión bondadosa de la mirada. La frente y el mentón, por el contrario, guardan perfecto equilibrio con las mejillas que se sonrosan sobre el papel ya coloreado por el tiempo.

Isabel tenía trece años cuando la retrataron. De las cuatro hijas, fue la única a la que le hicieron ese regalo. Y es que desde niña hasta que tuvo a su primera y única hija, fue la más cercana a su mamá. Esa cercanía le valió, entonces, la volubilidad de Ramón, el sutil rechazo de Magdalena y la adquisición de las más profundas inseguridades de Nancy.

De pequeña odió jugar a la casita y cualquier cuento que contara historias de príncipes y princesas. De joven se negó a usar los vestidos y tacones por los que sus hermanas se peleaban todo el tiempo. Sin embargo, curiosamente, fue de todas las hijas la más cálida y cariñosa.

A los veintitrés años conoció a Agustín en una fiesta —secreta, ultracatólica y en extremo derechista— del Yunque. Él, abogado, escalador y devoto miembro de la organización, muy pronto le juró amor sagrado y le propuso unirse, para toda la vida, en alianza matrimonial. Luego de la ceremoniosa petición de mano, los novios pusieron en marcha los preparativos de una boda que se celebró en la Capilla de San Diego Churubusco, la misma donde se habían casado, veintisiete años antes, Nancy y Ramón.

Como esposa, Isabel dio rienda suelta a su natural vocación de cuidado. Asumió felizmente el papel de ama de casa y jugó todos los roles que de niña había rechazado. El sabor casero de su cocina fue aplaudido por su suegra; la blancura y suavidad de las camisas de Agustín, envidiadas por sus cuñados, y la pulcritud de sus pisos, escalones y rincón cualquiera, admirada incluso por sus hermanas. A excepción de su apariencia —sobre la que su esposo

observaba de vez en cuando la necesidad de usar al menos un poco de maquillaje—, fue cumpliendo con todo lo que la gente del Yunque esperaba de ella. Además de asistir diariamente a misa y participar con esmero en los eventos del grupo, Isabel se decidió a cursar la carrera que, azorada por los miedos de Nancy, había dejado pendiente tras concluir la preparatoria.

Entró a estudiar Filosofía en la Universidad Pontificia y, al poco tiempo, comenzó a superar a Agustín en dos aspectos cruciales. Primero, en la fuerza de su devoción; luego, enfermizamente, en el control de sus decisiones. La camisa colgada con la corbata lista, anudada a la perfección, esperándolo detrás de la puerta; la pasta de dientes en el cepillo a las nueve en punto; un paquete de pan de elote sobre su portafolios para que compartiera con sus colegas en la oficina. Experta en los gustos y necesidades de su esposo, se había volcado con fervor a su cuidado.

Una mañana, tras despedirlo, Isabel pensó que Agustín llevaba semanas saltando del trabajo a la escalada, pasando apenas las noches en casa. Parada junto a la puerta, lanzó un beso al aire y decidió que iría a comprar un par de tacones y un vestido de flores.

Por la noche recibió a su esposo totalmente emperifollada, con un banquete sobre la mesa y la mejor noticia en los labios.

Luego de cinco años de intentarlo, por fin estaba embarazada.

Con la ilusión de un primogénito al cual formar en la religión y en la abogacía, la carga de trabajo bajó y los planes de escalar disminuyeron.

Guadalupe nació el 26 de agosto de 1987, en el Hospital Santa Coleta, fundado por las monjas franciscanas.

Pero no fue niño, sino una preciosa bebé de cabello negro, cachetes blancos y unos ojos tan tiernos como su nariz pequeñísima.

Desde las primeras semanas de la recién nacida, Isabel volvió a notar la ausencia seca de Agustín y, acumulando, uno a uno, los desaires a sus cuidados, fue cayendo en una depresión rotunda que padeció no solo por ella, sino por su hija también.

Hundida en una tristeza intensa, con la responsabilidad ineludible de la vida de Guadalupe entre sus brazos, acudió a Nancy en busca de apoyo y consuelo. Dos o tres visitas incómodas salpicadas de críticas y silencios crueles bastaron para hacerle ver que había perdido su condición de hija

para pasar al banquillo de las acusadas inherente a la maternidad. El vínculo entre la favorita y su madre se quebró y vertió un rencor que no paró de correr por los años. Un rencor que, de cualquier modo, le dio a Isabel la solución que buscaba, un destinatario de su coraje, la explicación a todos sus fracasos, el «a pesar de» para cualquier victoria: su madre. Con la fuerza de este coraje y del que fue acumulando hacia Agustín —cada vez más lejano— se reconstruyó poco a poco.

Por recomendación de una compañera de la universidad, inició un tratamiento en una clínica religiosa de especialidades psiquiátricas al sur de la ciudad. Cuando los medicamentos —más que la terapia— surtieron efecto, Isabel decidió afrontar la innegable ruptura con Agustín y retomar el orden en la casa. Bañada, maquillada y vistiendo aquel vestido de flores, pidió a su esposo que hablaran. Ni el juramento de amor ni lo sagrado del sacramento ni la condena social detuvieron a Agustín, quien, argumentando que era una mujer voluble, explosiva y asfixiante, la declaró incapaz de darle una familia como Dios mandaba. No hubo conciliación. Juez y parte, Agustín falló en contra de las causas de ella y le pidió el divorcio.

Lupita tenía apenas tres años cuando ayudó a su madre a preparar las maletas que acomodarían sobre la calle para que su padre las recogiera sin tener que entrar a la que ya no sería su casa.

La niña, sin embargo, no creció sin la presencia de una figura paterna, pues una vez dada de alta, Isabel continuó la relación con el médico que la había tratado. Psiquiatra y sacerdote, Salvador Vargas estaba en busca de una secretaria; ella, de un trabajo que le diera la estabilidad económica que, en incumplimiento de la pensión alimenticia, no tenía. La dinámica funcionó tan bien que pronto las distancias laborales se fueron perdiendo. La crianza de Lupita quedó repartida entre ambos adultos y el trato de respeto se abrió a los gestos de franco afecto.

Isabel descubrió que el trabajo, lejos de cancelar su vocación de cuidado, le había abierto la posibilidad de brindarse a su hija y a un hombre de religión, proveedor de un sueldo, cariño y seguridad, que estaba dispuesto a formar algo parecido a una familia. Además de tomar las citas y cobrar a los pacientes, a sus labores se fueron sumando las tareas de preparar y servir la comida, llevar las camisas a la tintorería, comprar muebles para el

departamento de Salvador, organizar viajes y formar parte de ellos.

Aunque el rencor hacia Agustín y hacia su madre se mantuvo como motor de vida, Isabel alcanzó una felicidad inesperada. Salvador se volvió su compañero; depositario de su cariño y fuente de todo bienestar para ella y su hija.

—Tu ángel de la guarda, mijita —le dijo Ramón un día.

En algún momento el médico sacerdote comenzó a formar parte de las reuniones familiares. Siempre con simulado respeto y una gran ceremonia hacia el jefe de Isabel, todas recibieron bien la presencia del hombre que, en secreto se decía, acabaría por dejar los hábitos para oficializar su relación con ella.

Los años pasaron y esa oficialización nunca acabó de suceder. La dinámica que había funcionado naturalmente al principio, con el peso de los afectos y los vínculos no confesados, terminó por complicarse.

Una mañana, sentada en su escritorio, Isabel pensó que Salvador llevaba meses saltando de paciente en paciente, pasando apenas a saludarla; las comidas entre semana se habían ido espaciando y, poco a poco, la cotidianidad volvió a reducirse a Lupita y ella.

Temiendo lo peor, de un día para otro se convenció de que aborrecía el encierro en el consultorio, de que las tareas extralaborales eran abusos por parte de su jefe y de que un sacerdote no debía llevar una vida al margen de sus votos. Montó en cólera.

Tras semanas de un trato irritable —de parte de ella— e indiferente —de parte de él— tuvieron que enfrentarlo. El médico sacerdote le pidió que hablaran, quería confesarse. Estaba por dejar los hábitos. Se había enamorado irremediablemente de una paciente casada y con tres hijos.

Devastada, voluble, explosiva y asfixiante, Isabel volvió al lugar aquel al que Agustín la había llevado con su partida. Esta vez, sin embargo, el divorcio no se podía decir en voz alta; el corazón roto, menos. Todo quedó reducido a un acuerdo laboral en el que Salvador liquidaría a su empleada con una cantidad en efectivo y el pago de su seguro social por un periodo adicional.

Tampoco hubo maletas, pero sí muchos recuerdos que sacar a la calle. Madre e hija, renegando la historia en común, los vínculos no dichos y todo

lo que él había significado, maldijeron el día en que el médico sacerdote llegó a sus vidas.

Ambas, convencidas ya de que el abandono masculino era indefectible, se volcaron al cuidado de la otra. Reafirmándose contra todo lo demás, cobraron fuerza y siguieron adelante.

Guadalupe encomendó su vida a Isabel. Isabel, con una rigidez —más que seria, amarga— permaneció en casa, brindándose a su hija, como a un esposo; desdibujándose de su propia vida, como cualquier retrato olvidado, en la pared de una casa solitaria acechada por el sol.

IX

En la lista, el siguiente renglón correspondía a la tía que vivía en casa de su abuela: la invasora.

—Sí, ¿bueno?

—Hola, tía. —Subió el volumen innecesariamente al pronunciar las palabras.

—Hola. Llamaste a mi celular —le respondió la tía secamente sin disimular ni un poco que la había reconocido desde la primera sílaba.

—Sí, sí, lo sé.

—Pero ¿qué?, ¿no quieres hablar con tu abuela?

—No, quiero hablar contigo.

Intuyó el titubeo del otro lado de la línea.

—¿Qué pasó? —lanzó la tía de pronto como desesperándose.

El desconcierto y lo intempestivo de la llamada dejaban a sus interlocutoras sin tiempo para pensar.

—Nada. Viene el Día de la Candelaria y me gustaría que nos reuniéramos.

—¿Dónde?

—Ahí, en casa de mi abuela.

—¿Aquí?, ¿quiénes?

—Le estoy diciendo a todas. Ya solo me falta confirmar a mi mamá.

—¿Y tus primas?

—Sí, ellas también van —aseguró sabiendo que así ejercía presión.

—Bueno, pero ¿qué? Si va a ser aquí no vayan a creer que yo voy a estar atendiéndolas. Ésta no es mi casa y la mamá es de todas, no nada más mía. ¿Quién va a traer qué?, ¿qué vamos a comer?

—Yo, yo voy a encargarme de todo. No tienes que preocuparte. El chiste es que la pasemos bien —dijo tratando de contener la discusión con la mayor amabilidad que le fue posible.

—Okey, pero, de verdad, yo no voy a ponerme a servir ni a lavar trastes, ¿eh? Me canso mucho. Yo también tengo cosas que hacer.

—No, ya te dije, yo voy a encargarme de todo. Te lo prometo.

—Bueno, entonces nos vemos ese día. —La imaginó con el teléfono en la mano, alzando la ceja, sintiéndose importante e indispensable.

—Sí, nos vemos ese día.

De nuevo se quedaron sin saber qué decir.

—Pues, que estés bien. —Se desesperó la tía de nuevo.

—Tú también. Bye.

—Bye.

Palomeó el nombre. La primera, la segunda y la cuarta hija estaban confirmadas. Quedaban pendientes ya solo su madre y su prima la más grande.

De las tres primas, ella, la menor, fue siempre considerada la problemática. Mientras la mayor había pasado su adolescencia en su cuarto haciendo tarea y escuchando a Luis Miguel, y la mediana jugando futbol en la cancha de su escuela de monjas, ella había sido una puberta osada que buscaba desesperadamente rebasar la infancia y comenzar a vivir la adultez.

Desde muy chica, su escuela, sus amigas y amigos, su forma de hablar y de vestir, toda ella fue juzgada con tono de preocupación, en un cotilleo que el padre ignoraba, la madre aguantaba y ella interiorizaba, asumiendo que lo que se decía era verdad. Igual que el grueso de los alumnos de aquella escuela a la que la habían inscrito, acabaría pandrosa y sumida en un problema de drogas; no darse a desear la volvería un juguete de los hombres; fácilmente saldría con su domingo siete y, por lo mismo, sin haber concluido, tal vez, ni la secundaria.

Las predicciones, más que augurios, eran críticas y, más que a ella, a su madre. Pero de niña no lo entendía así.

Lo curioso —se dio cuenta al pensarlo con la distancia que empezó a tomar al romper con la familia— era que, aunque todas achacaban su comportamiento precoz y desobediente a la falta de carácter de su padre y a los horarios de trabajo de su madre, varios de sus extravíos habían sucedido en relación con ellas.

Creció sintiéndose en falta de los buenos valores. Sus tías, sus abuelos y,

naturalmente, sus padres se encargaron de implantarle y reforzarle la idea en diferentes momentos.

—Así quédate. Hay que esperar a que se absorba bien bien. —La embarró de crema, a los seis años, la mayor de las tías, después de bañarla—. Y dile a tu mamá que no sea tan descuidada, que tienes la piel muy seca. ¿Cómo no se ha dado cuenta?

—¡Es tardísimo! No puedo creer que sean tan irresponsables —exclamó otra, a las nueve de la noche, una de tantas veces que sus padres la encargaron con la abuela porque tenían que trabajar.

—Es tremenda. Y si así está ahorita, quién sabe cómo va a terminar. —Escuchó que le decía la abuela al abuelo, una tarde que, jugando, tomó el maquillaje de la tía y se pintó las uñas y la cara.

—¡Como prostituta! —la regañó su madre al pasar a recogerla a una fiesta de la que salió vestida con zapatos altos, minifalda y una blusa que parecía *baby-doll*.

—Estás obsesionada con el cuerpo. —Se rio la prima sobreprotegida, medio criticándola y medio burlándose de que intentaba cumplir una dieta.

Sin embargo, la idea concreta de mantenerse delgada y tomar acción sobre sus hábitos alimenticios la obtuvo un día que la prima mayor le contó a un amigo —frente a ella— que había vomitado un par de noches después de cenar. Esa prima fue también la que la invitó a un bar y, lejos de defenderla, se carcajeó en complicidad con sus amigos cuando un mesero, albureándola, celebró el tamaño de su garganta al verla beber de fondo una cerveza.

—No. Nadie. Y así está bien. Es preferible que te llamen monja a que te llamen zorra. Tú deberías cuidar lo que se dice de ti —la atacó poco después, cuando le preguntó si además de Luis Miguel había alguien que le gustara mucho.

A ella la invitaría casi con gusto. No logró que tomara la llamada hasta el tercer intento.

—¿Bueno?

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó recordando la saña que notó en sus ojos cuando le dijo aquella frase: «Es preferible que te llamen monja a que te llamen zorra».

—¿Quién habla?

—Soy yo. —«La zorra», quiso completar sin hacerlo.

—Hola, ¿qué onda? No te tengo guardada en mis contactos, ¿cómo estás?

—Bien, bien. ¿Tú? —A pesar de todo no habían perdido la capacidad de reconocerse la voz.

—Bien, gracias.

—Oye, estoy organizando una comida en casa de mi abuela. Creo que estaría padre que nos reuniéramos todas.

—¿Todas?, ¿estás segura?

—Sí, ya sé que suena arriesgado, pero creo que esta vez puede salir bien.

—Cada vez están peor. No entiendo por qué creerías eso.

No tenía ninguna respuesta, pero tenía que decir algo.

—Si de algo sirve, será en el día de la Virgen de la Candelaria. Puede ser que ella nos proteja.

Las dos se rieron sin mucho entusiasmo.

—Tú no fuiste a la última reunión, pero acabó horrible. Mi abuela empezó con su cizaña. Tu mamá y mi mamá se pusieron contra mi tía. Mi tía se defendió cobrándole a tu mamá el tequila que se estaba tomando. Al final, ni comimos. Se dijeron hasta de lo que se iban a morir. Cada quien se llevó lo suyo y mi abuela se quedó haciéndose la sufrida, preguntando por qué sus hijas no podían estar en paz.

—Sí, algo me contó mi mamá. —Recordó todas las veces que su madre había jurado que no volvería a permitir una humillación de parte de ninguna de sus hermanas.

—No. Tu mamá estaba hecha una fiera, pobre de mi tía, no sabes todo lo que le dijo.

—Me imagino. —Lo imaginaba—. Son terribles.

—Sí, sí somos —enfatizó la prima el verbo que la incluía también a ella—. ¿Y tú nos quieres juntar?

—Va a estar bien. Te lo prometo. —Era raro sentirse tan cercana a alguien a quien no había visto en más de un año; tan raro como la lejanía entre dos personas que crecieron juntas y comparten la sangre; como descubrir que no importaba cuánto tiempo pasara ni cuánta distancia se abriera, nunca dejarían de saber que eran ellas al escucharse—. Creo que tengo la solución a tanta pelea.

—Bueno, yo voy, pero a la primera, me largo. No sabes cómo me afectan sus desmadres.

Sí lo sabía y por eso estaba decidida a terminar con ellos.

X

Todo el día ideando frases de promoción de un banco que había enfocado su negocio en endeudar a la clase más baja del país y llenar las ciudades de motonetas imprudentes, la tenía hundida en el hartazgo. Era jueves y algunos de sus compañeros estaban organizándose para salir a tomar algo después de la oficina.

—Anímate. Nunca vienes con nosotros —le dijo una joven que llevaba menos de dos meses de haber sido contratada.

Intentando disimular el desinterés por la invitación y la molestia franca que encontraba en que alguien con tan poco tiempo en la oficina usara un «nosotros» que la dejaba fuera, le preguntó quiénes y a dónde irían. Sin escuchar realmente la respuesta, pensó que no entendía por qué había gente que insistía en que todos formaran parte de sus dinámicas. Quienes querían hacerlo buscarían sumarse y quienes no, no tenían por qué ni para qué hacerlo. Ella, que era del segundo grupo, no aportaría nada de cualquier modo. ¿Cuál es el punto de que vengas a mi escritorio y, enfrente de todos, hagas evidente mi antipatía y mi falta de actitud? —Tuvo ganas de preguntarle a la amigable compañera.

A punto de tener que dar una respuesta, su celular, que estaba sobre el escritorio, comenzó a vibrar con insistencia.

—Dame un segundo —le dijo levantándose de su asiento con urgencia remarcada.

—¿Bueno?

—Hola, hija, ¿cómo estás? Te marqué en la mañana, pero no me contestaste.

—Sí, pa. Venía de camino a la oficina.

—¿Todavía estás trabajando?

—Sí, pero dime, ¿qué necesitas? —Y fue alejándose hacia uno de los

privados que estaban vacíos.

—Nada, nada. Solo quería saber cómo estabas.

—Bien, pa. Cansada, ya me quiero ir a la casa —dijo detrás del cristal asegurándose de que nadie pudiera leerle los labios.

—¿Qué comiste?

—¿Como que qué comí, papá?, ¿por qué me preguntas eso? Me choca que me estés vigilando. —El hartazgo había cobrado energía y, repentinamente, se había vuelto agresividad.

—Hija, no te estoy vigilando, solo pregunté por decir algo. Te llamo para platicar contigo.

Se hizo un silencio mientras ella respiraba hondo y recordaba todas esas veces en que, sin motivo aparente, vio a su madre lanzar zarpazos a su padre. A la mente le vinieron también varias ocasiones en que los arrebatos de sus tías la llenaron de angustia: gritos histéricos por una recámara desordenada, la persecución peligrosa a un auto que decidió no ceder el paso, el maltrato al cerillo que osó poner el pan y las latas en una misma bolsa o la cara de esa pobre mesera que sirvió una copa de vino tomándola de manera inadecuada. Ella, que, intentando contener sus arranques, había optado por alejarse de posibles víctimas y dirigir sus histerias exclusivamente hacia su padre y hacia su propio cuerpo, apretó el celular con su mano hasta que sintió que la palma le dolía y la furia drenaba.

—Está bien, pa. No tienes que preocuparte. Solo estoy cansada y ya quiero llegar a mi casa.

Al salir del privado, la compañera la abordó nuevamente.

—Entonces, sí vienes, ¿verdad?

—No, lo siento —reaccionó—. Era mi papá, necesita que lo lleve al doctor porque se lastimó la mano y no puede manejar.

—No. Qué lástima. Bueno, ya será otro día. Ojalá tu papá no tenga nada grave —le dijo irónicamente.

—Muchas gracias. —Le devolvió una sonrisa cínica.

Por fin en el departamento, encendió la televisión y sintió alivio al escuchar la voz gangosa del noticiero. El estómago le rugía de hambre, pero pensó que antes de cenar debía avanzar en el plan. «2 de febrero». Tenía la fecha y no mucho tiempo para alistarlo todo.

11 de junio de 2017

De la anorexia me sacaste tú. Aunque, siendo sincera, creo que no he logrado salir del todo y que, según las teorías, fuiste también tú (o tu imagen) la que me puso ahí en primer lugar.

Se me juntó la noticia del cáncer de mi papá con una de las tantas separaciones de ustedes. Vendieron la casa en la que crecí y perdí para siempre la posibilidad de volver atrás. De golpe, se cayeron mis grandes certezas y, sin poder decírselo a nadie, sentí que la vida se me venía encima.

Todo sucedió así, abierto, frente a tus ojos, los míos, los de mis amigos y de la familia entera. Empecé por dejar de comer pan. Luego dejé la pasta, el arroz y cualquier cosa que entendiera como fuente de carbohidratos. Lo siguiente fue la carne roja y una creciente obsesión por las cantidades: dos porciones, una taza, setenta y cinco gramos.

Pasé de cincuenta kilos a cuarenta y nueve y de cuarenta y ocho a cuarenta y seis.

En esos tiempos el cuerpo se me volvió el de una niña, sin grasa ni carne ni vientre que tuviera la capacidad de dar vida.

El cuerpo va sacrificando las funciones para economizar nutrientes y la menstruación se suspende, nos explicó el médico.

Pero supimos ignorarlo. Qué alimentación tan sana, me decía mi tía. Y la otra, ojalá tuviera tu fuerza de voluntad. Y yo solo las veía masticar como burlándose de mí y de mi mala cara.

Cuando ya no comía tampoco pollo ni pescado, tuve que llenarme con verduras. Podía comerme una lechuga completa en lugar de plato fuerte. Era ridículo. Me llenaba con jícamas, pepinos y zanahorias. Y, aun así, moría de hambre. Y de culpa. Pasaron dos años.

A donde fuera llevaba mi comida preparada. En casa de mi papá hacía horas de ejercicio frente a la televisión. En tu casa, vacié el refrigerador de cualquier cosa que no respetara mis restricciones, ¿recuerdas? No veía amigos y, en la universidad, no hablaba con nadie.

Todo sucedió así, abierto. Y todos lo vivieron con tanta normalidad que yo misma tenía que preguntarme si el dolor que me causaba no sería simplemente una exageración. Me sentí muy sola.

Como con la mayoría de nuestras acciones, sé que al no comer cumplía múltiples objetivos. La anorexia me volvió víctima y victimaria. Hacia el interior, víctima de una vida que estaba arrasando con mis pilares y que me obligaba a sostenerme en el martirio

de mi propio cuerpo. Víctima que había encontrado en el vacío una terrible sensación de seguridad y en los huesos marcados frente al espejo, el orgullo de estar restándole gramos y centímetros a mi existencia.

Al mismo tiempo, pero hacia afuera, la situación era otra. Mi cabeza repasaba una y otra vez las mismas cosas. Mi papá y tú estaban separados. Él tenía cáncer. Habían gastado años de su vida estando sin estar. Habían formado una casa llena de mentiras y rechazo, una casa que desaparecía para siempre. En lugar de encontrar en ustedes un consuelo, buscarlo siempre acababa por volverme responsable de otro más de sus problemas. Tu soledad y su cáncer, los más recientes.

Quise vengarme.

Quise vengarme y devolverles un poco del dolor que me generaban entonces y desde siempre. Mezclada con el miedo de perderlos, sentía una enorme ira contra los dos. Y creo que, también, contra mí misma. Dejé de comer. Me volví una niña y, montada en un berrinche terrible, tomé el control sobre tu atención y tus preocupaciones. Por fin era yo quien te causaba terror a ti; por fin, la amenaza vino de mi lado. Con mi boca cerrada también lo ensombrecí todo.

Creo que mi papá no terminó de entender qué estaba pasando. Tal vez le fue más cómodo no hacerlo. Quien respondió fuiste tú. Tú fuiste quien decidió dejar de ignorarlo. Conseguiste la clínica y me llevaste a las primeras sesiones.

No sé si ya te lo he dicho, pero fuera de todo lo demás, lo que realmente cortó mis ganas de seguir en esa dinámica hambrienta sucedió la madrugada en que fuiste a sentarte al pie de mi cama. Te noté demacrada y triste. Me tomaste un tobillo y, con la voz a punto de quebrarse, me dijiste que me querías con toda tu alma, pero que no podías obligarme a comer, que nadie más que yo podía hacer algo para curarme. Supe que estabas haciéndote a un lado y sentí miedo.

Dependía de mí, era cierto, pero eso ya lo sabía. Sin embargo, en ese momento entendí que, aun afectándolos a ustedes, la vida que estaba en juego era la mía. Me imaginé muerta y lloré pensando en el dolor que podía causarles, pero lloré más pensando en una muerte a causa del coraje y la venganza.

Esa madrugada me detuve.

Seguí adelante e hice lo que pude para curarme.

Intenté sanar mi relación con el cuerpo y con la comida. Algo he logrado.

Contigo las cosas solo se han vuelto más complicadas. Hay un hambre profunda que no podré saciar nunca.

XI

Al día siguiente, con la cadencia obligada de la monotonía, llegó de nuevo a la oficina. A pesar de lo mucho que detestaba su trabajo, disfrutaba profundamente la calma de las mañanas. Antes de las nueve, el espacio entero era suyo. La puerta, el pasillo hacia la recepción, la cocina, el baño y su escritorio; todo luz y amplitud, ella siendo ella a sus anchas.

En el trabajo y en cualquier otro lugar, le incomodaba sentir la mirada de los demás. Así era desde mucho tiempo atrás pero, según decían, de niña había sido distinto.

—Cuando tenías dos años te llevamos a una fiesta —le contaba repetidamente su abuela—. Tu mamá te había peinado con una media cola alborotada y parecías una cebollita. De pronto, te perdimos de vista, pero antes de que pudiéramos asustarnos verdaderamente, apareciste entre los pies de la gente. Estabas en la pista de baile, salto y salto, vuelta y vuelta; feliz de que todo el mundo te aplaudiera.

No sabía si el actuar desenfrenado de una bebé podía tomarse como forma de ser, pero ella misma explicaba la mayoría de las decisiones tontas que tomó durante la adolescencia como intentos por llamar la atención de los demás: aprender a fumar para presumir y enseñarle a sus amigas, acostarse con chicos mayores y disfrutar de los rumores que corrieron alrededor de ello, perforarse el ombligo y mostrarlo a cualquiera que se cruzara en su camino, interesarse por los novios de sus amigas y, dada la oportunidad, elegirlos por encima de ellas. Como adolescente, esas actitudes podrían no estar tan fuera de lo común, pero, desde los ojos de la persona huraña y temerosa en la que se había convertido, ni bailar en medio de una multitud ni andar mostrando el ombligo ni fumarse un cigarro después de hacer el amor con el novio de nadie resultaba una posibilidad.

Un día o algún año, en cualquier momento quizá, con la edad suficiente

para despertar en su propia vida, mucho antes de descubrir esta vocación al fuego, intentando ocultar lo que llevaba dentro, comenzó a replegarse.

Escondía, en primer lugar, su forma de comer —exigua y ritualizada—, obsesivamente relacionada con el ejercicio, con sus horarios y con esa disciplina rigurosa que todo el mundo notaba, pero tomaba a broma. Luego, la furia explosiva que sentía al perder el control de las cosas, su orden. Esa furia que la desesperaba y le provocaba arrebatos malsanos en los que comía hasta reventar en vómito, corría hasta que le fallaban los tobillos o se encerraba en el carro, en medio del tráfico de la ciudad, a gritar tan fuerte que se dañaba la garganta. Y es que era sobre todo cuando fracasaba en lo primero que le daba por caer en lo segundo. La necesidad que tenía de mantener sus rutinas resultaba en otra de las verdades que, si bien no le molestaba, sí le causaba vergüenza: estaba sola. Despertar temprano, hacer ejercicio, comer a horas específicas y en cantidades bien medidas, mirar el noticiero, cuidar el orden. Nada de eso dejaba lugar al encuentro con otras personas, no cabía en ningún lado la espontaneidad con la que vivía la mayoría de la gente.

La última vez que accedió a hacer un viaje con una amiga, lo primero que metió a la maleta fueron sus obsesiones. Apenas desempacó, éstas saltaron por toda la habitación.

—El día está increíble. ¿Bajamos por un mojito? —dijo la amiga poniéndose lentes de sol—. Muero por tirarme en la playa. Podríamos pedir algo para picar.

—No sé. Pensaba salir a correr un rato. Además, ya desayunamos. Igual podemos esperar para comer más tarde, ¿no crees?

La amiga huyó desde la primera noche; conoció a un tipo cualquiera, un hombre que la invitó a dormir y, luego, a pasar la semana con él. El plan de chicas se transformó, para la amiga, en un viaje de pareja; para ella, en un retiro de silencio. Volvieron juntas a la ciudad, se despidieron incómodas y nunca volvieron a hablarse igual.

Hablar, de cualquier modo, no era algo que ella hiciera por voluntad propia; prefería fingir que escuchaba. Y si alguna vez las ganas de desahogarse la rebasaban, bastaba con oírse pronunciar las primeras palabras para perder la intención y regresar corriendo a resguardarse en su

mutismo. Aunque las frases cambiaran, la idea era siempre la misma.

—Me lastima mucho que mi mamá… —Y al instante se sentía emprendiendo un camino imposible.

Le apenaba contar la inestabilidad y las malas relaciones de su familia pero, más aún, su incapacidad para quitarse aquel necio y doloroso papel de hija. Su mundo entero giraba alrededor de su madre y sus conflictos. Pero con nadie hablaba de eso. El simple hecho de imaginarse repitiendo lamentos e inseguridades vinculados a las mujeres de su familia la exasperaba. ¿Qué podría decirle alguien que no supiera ella? Era todo muy sencillo: ponerse por encima de las cosas que no se pueden cambiar; respetar que cada quien tiene una versión; entenderse como una persona aparte, independiente; enfocarse en vivir su propia vida.

¿Su propia vida?, ¿desligada de la de las demás? Lo trató innumerables veces, pero estaba atrapada. Ella y todas las otras, en una línea del tiempo que las volvía un mismo pesar; desenlaces distintos de una misma historia; la misma herida punzante que se mantendría generación a generación hasta que alguien decidiera cauterizarla de una vez y para siempre.

La luz de la mañana era cálida y, al entrar en la cocina, sintió que el sol le acariciaba suavemente la espalda. Antes que cualquier otra cosa, preparó café. Abrió la gaveta y tomó la lata con el molido fino. Llenó una jarrita de agua y la sirvió en la cafetera hasta el límite marcado. Hizo lo mismo con el café, compactando la carga en el portafiltro con una cuchara. Luego de poner su taza blanca sobre la bandeja, picó el botón de inicio y permaneció un par de minutos frente a la máquina, contemplando tranquila el brotar del líquido caliente. Le fascinaba la espuma y el olor amargo que reventaba en sus burbujas.

Al llegar a su escritorio encontró una nota de su jefa. «Lo necesito listo para la tarde», escribía refiriéndose a una pila de hojas que había dejado a un lado de la computadora. Revisó los documentos rápidamente y se fastidió de pensar en las tareas que la aguardaban. Páginas y páginas de pautas comerciales que, como ella al hablar de su madre, decían siempre lo mismo: «Te damos más por tu dinero».

Faltaba muy poco para que el reloj marcara las nueve, pero, intentando alargar los últimos minutos de paz de la mañana, ignoró las carpetas sobre el

escritorio y llevó su mente hacia otro lado. Pensó en llamar a su madre nuevamente, pero no quería volver a toparse con la odiosa voz de la contestadora. Cincuenta y cinco, cincuenta y seis, ochenta y cuatro, setenta y tres, veintidós. Marcó en su celular el número de casa de su abuela. Ése era el segundo teléfono que había aprendido de memoria y, dado que el de la casa de su infancia ya no sería respondido por nadie conocido, podría contar como el primero.

—Bueno.

—Hola, abuela, soy yo, ¿cómo estás?

—Bien, mamita. Y ¿tú?

—Bien, a punto de empezar a trabajar.

—Ah, ya estás en tu oficina.

—Sí, ¿tú qué haces?

—Yo acabo de desayunar. Fruta, jugo y mi café con leche.

—¿Pan no?

—Sí, pan. Con mantequilla y azúcar.

—Qué bueno, abuela. Está bonito el día, ¿no?

—Sí, la luz de invierno siempre es bonita. ¿Ya hablaste con tu mamá?

—No, abuela, lo he intentado y no me responde. Si no quiere, ¿qué más puedo hacer? Al carajo.

—Ay, mamita, pero tu mamá está sola, si tú no la buscas no tiene a nadie.

—Yo tampoco tengo a nadie, abuela, ni siquiera a mi mamá. —Se le quebró la voz y, al instante, se arrepintió de haber marcado ese número.

—¿Cómo dices eso? Me tienes a mí. —Se hizo un silencio áspero en el que ambas se preguntaron qué significaba eso—. Pero llámale —repitió la abuela —. Tú ya sabes cómo es, nomás es cosa de que le insistas.

—Estoy cansada de pedirle a mi madre que hable conmigo —respondió casi sin abrir la boca—. ¿Qué hiciste ayer?

—¿Ayer? Pues nada, mamita, lo mismo de siempre. Bueno, ahora me ha dado por sentarme en las tardes aquí en mi cuarto. Cierro los ojos y me pongo a recordar cómo era mi vida cuando era chiquita. Así me quedo hasta que se hace de noche. Me acuerdo de mi papá, de la Candelaria, de mi escuela. ¿Te he contado que mi papá me llevaba a la escuela en su caballo? Se llamaba el Clavel.

La imagen de su abuela sola, en silencio, sentada en la vieja silla de su recámara, pasando las horas refugiada en un pasado tan lejano, le partió el corazón. Era demasiada soledad, demasiada indolencia, demasiada vida sin ganas de ser vivida.

—La felicidad se me acabó a los veintiún años —le había dicho una vez que le preguntó si se consideraba una persona feliz—. Después de que me casé ya nunca nada volvió a ser igual.

Era horrible. Le dolía por su abuela, pero también por ella misma, por su madre y sus tías. Cualquiera de ellas podría contestar algo similar. Todas, al final, acabarían sentadas en la misma silla, idealizando un pasado irrecuperable.

Volvió a concentrarse en la llamada.

—Abuela, ¿qué ya no sales de tu casa?

—Sí, sí salgo. Cuando tú vienes por mí o cuando voy al tianguis. A veces platico acá afuera con la vecina.

—Pero ¿nada más eso?

—Pues ¿a dónde más quieres que vaya, mamita?

—No sé. Afuera. A la calle. ¡A hacer cosas! —alzó la voz en esta última frase por no tener nada más que decir.

—Bueno, nada más el próximo viernes voy a acompañar a tu tía al veterinario. Va a llevar a las perritas a vacunar y necesita que yo me quede en el coche porque no hay estacionamiento.

Una oleada de adrenalina le lavó cualquier sentimiento de tristeza y la llevó inmediatamente de vuelta al plan del incendio.

—¿El viernes? —La fecha era ideal.

—Sí.

—Y ¿se tardan mucho?

—Pues hay veces que sí. Por eso la acompaño, porque se queda en doble fila y si hay que moverse yo le toco el claxon. ¿Por qué?

Había encontrado el día para sembrar la gasolina. Era perfecto.

No habían pasado más de cinco minutos después de las nueve cuando escuchó la conversación alegre de un par de compañeros en la entrada. Se despidió de su abuela, dio el último trago a su taza y, resignada, se puso a escribir.

Irene

Dentro del cuarto de costura, al fondo de una de las últimas repisas del clóset, el estuche de un proyector Cabin permanece cerrado junto a una pila de sábanas viejas, cajas con objetos de antes y una bolsa llena de diapositivas. En el soporte doble, entre el bulbo de luz y el lente de 75 milímetros, quedó colocado el negativo de la pose solemne de una niña, un día de festival escolar, hace más de cincuenta años.

Irene, seria como ninguna de sus hermanas, mira hacia la cámara de su padre fijamente. Está parada en las escaleras del pórtico de la casa. A los lados se forma una fila de macetas con geranios color rojo. Su atuendo está a la altura de su compostura. Cetro en mano, un vestido de gasa blanca, con primoroso encaje en los hombros y en el filo del escote, abultado graciosamente por la falda doble. La espalda de la niña de siete años está cubierta por un manto de terciopelo carmesí.

Lleva una corona. Es la reina de la primavera. En la escuela la han elegido por su buen comportamiento, por su semblante delicado y, sobre todo, por su cabello claro. Atiende seriamente a su padre. Fija la mirada en busca de su aprobación. Ramón está orgulloso de la coronación de su hija y —sin quererlo— del buen trabajo de su suegra, que fue quien se encargó del disfraz. Toma la fotografía y se desespera un poco.

—¡Pero sonríe, Irenita!, ¡sonríe! ¿Qué no estás contenta?

Irene fuerza una mueca desencajada que exaspera al padre y desmonta la escena al instante.

Esta reina sufría la distancia con su madre y la falta de cariños de su padre. Esa mañana le era imposible sonreír porque no había podido olvidar la pelea de la noche anterior. Su abuela le gritó a su madre que su padre era un arrimado. Su madre le dijo a su abuela que si tanto le molestaba lo corriera ella misma, que finalmente estaría haciéndole un favor. Irene no quería que su abuela corriera a su padre y no entendía por qué, de hacerlo, estaría favoreciendo a su madre. Pero sabía que a nadie de los grandes le gustaba que importunara con sus preguntas tontas, así que se amarró la angustia y se quedó retraída en el silencio y la confusión.

La reina de la primavera vivía preocupada todo el año, pero encontraba ternura en la complicidad con la mayor de sus hermanas y refugio en la afilada protección de su abuela.

Magdalena le pedía que la acompañara al mercado de Ciudad Jardín y le compraba una coca cola fría al terminar el recorrido. Magdalena escondía las últimas rebanadas de jamón y, ya que las otras niñas se habían ido de la cocina, las ponía en un pan con mantequilla que dividía amorosamente entre Inés e Irene. Magdalena dormía en una cama enorme de cabecera y piecera de latón garigoleado a la que sus protegidas tenían permiso de subir para jugar. A Irene le gustaba imaginar que la cama era un carruaje que las llevaría de viaje a revivir el pasado.

Su buen comportamiento y su semblante delicado la hicieron víctima de otros niños y de unos cuantos cretinos. En la primaria, de aquel profesor al que todos llamaban Porky, que la persiguió furioso con la regla en la mano, luego de descubrirla intentando borrar el apodo que sus compañeros habían escrito en el pizarrón. En la secundaria, del par de hombres que la encontraron una tarde, camino a casa, y le gritaron insistentemente que subiera al auto y los acompañara a dar un paseo por el rumbo.

A los doce años conoció a Jaime. La primera vez que se vieron fue a través de la reja de una cancha de futbol. La segunda, él caminó hora y media desde su escuela hasta la de ella, para invitarla a salir. La tercera, cuarta y quinta, Irene se negó. Pero, la sexta, se encontraron en el centro de Coyoacán, luego de que ella consiguiera el teléfono de él y lo llamara para proponerle ir a comer un helado de crema irlandesa, sentados frente a la fuente de los Coyotes.

Desde ese día, años y años pasaron en una caprichosa relación que iniciaba y se acababa cada tanto. Irene, que había aprendido del amor viendo a sus padres, lo fue descubriendo como una cadena interminable de insistencias y rechazos, en la que la pasión se medía a través de la agresión y la lealtad, a través de la perseverancia. En Jaime —de piel morena, cabellera negra y sonrisa cariñosa— encontró la necedad necesaria. Con él reconstruyó el sentimiento primigenio que su padre y su madre le habían inculcado desde niña: el amor como una trama de promesas, pruebas, decepciones y rupturas, que a nadie haría nunca feliz.

De cualquier modo, se casaron. Ramón se opuso casi hasta la pedida de mano; Nancy no dijo nada al respecto y Magdalena, que había sido alcahueta ya durante catorce años, celebró en grande la derrota de su yerno. Aunque para Irene el matrimonio significó librarse del yugo paterno y la indolencia materna, su nociva inclinación al pasado se encargó de cerrar cientos de posibles caminos a la felicidad.

Poco tiempo después de casarse, una noche y sin saber bien por qué, se soltó del abrazo dormido de Jaime, se empujó hacia la orilla de la cama y lloró desconsolada y silenciosamente recordando el aullido de un perro vecino de la casa de la Candelaria. Otra noche, el llanto sobrevino de nuevo inundando la imagen de los columpios oxidados en que pasó su infancia. Una vez más y otra más, evocando el olor a tierra que llenaba la sala cuando su abuela regaba la monstera de un costado del sillón. Así fue como, dando la espalda a su esposo, se le hizo costumbre llorar la añoranza por detalles mínimos de su vida pasada.

De día, Irene intentó ocuparse arrojándose irreflexivamente hacia el futuro. Graduada de dentista, decidió cambiar el espejo bucal y las pinzas por el uniforme, el carrito de bebidas y las máscaras de oxígeno. Se enfiló como aeromoza de Mexicana de Aviación y pasó tres o cuatro años trabajando y ahorrando obsesivamente para acelerar la construcción de la casa sobre el terreno que Jaime y ella habían comprado en la carretera camino a Cuernavaca, a las afueras de la ciudad.

De día, esa casa la llenaba de ilusión y esperanza. El sol sobre el techo a dos aguas, los muros de sillar y los marcos de las ventanas de madera le parecían de sueño. Una terraza al frente, con pilas de ladrillo en las esquinas, por encima de un jardín de florecillas silvestres y encinos altísimos que tiraban bellotas marcando el paso de un tiempo más en calma. Irene encontró en esa casa la promesa de una vida ideal.

Pero como todas las promesas para ella, esa vida no se cumplió.

A inicios de 1990 se mudaron a vivir ahí. Embarazada, llegó a una casa sin barda, ni teléfono, ni alfombras. Ya que había dejado de trabajar, su obsesión por terminarla se desahogó mediante el esfuerzo físico y, un jueves por la mañana, mientras pintaba bolitas de colores sobre la pared del cuarto que habían pensado para el bebé, se le rompió la fuente.

Fernanda llegó a vivir a una casa preparada para recibirla; la familia, sin embargo, pronto comenzó a mostrar, uno tras otro, una larga lista de vicios ocultos. Jaime asumió que la hija era cosa de la madre y que, cumpliendo con su parte de las obligaciones, era válido usar su tiempo en juegos de futbol y fiestas con sus amigos. Irene vivió la maternidad en soledad malhumorada. La distancia física y afectiva con su madre y el envejecimiento imparable de su abuela cerraron cualquier espacio de acompañamiento. Por su parte, la antigua complicidad con Inés, que ya también era madre, se había perdido en los intentos por cerrar la puerta a los traumas de la infancia.

Los encinos y su hojarasca se volvieron abrumadores; el campo alrededor, desolado. La sangre le hervía cada vez que veía llegar a Jaime ligero de alegría y en el comportamiento de su hija, que no paró de llorar durante los primeros nueve meses, descubrió la expresión fiel de sus propias emociones.

La vida ideal no llegó a esa casa. Hacia el frente, el paisaje se mantuvo nublado de preocupaciones —Jaime, el dinero, la niña, el piso, la alfombra, el puré, las camisas planchadas— y hacia atrás todo fue tomando el tinte de un paraíso perdido. El esposo acabó volviéndose el enemigo y la hija, la aliada —y nada más—. Irene lo sabía, pero nunca pensó que pudiera ser de otro modo.

Al morir Magdalena se llevó con ella toda la ternura y el sentimiento maternal que sus protegidas habían conocido. Solo Inés e Irene la lloraron. La heredera de la cama fue Fernanda, quien también disfrutó el juego de la carroza, pero siempre a escondidas de su madre, que, a partir de entonces, incrementó el resguardo del pasado como el más delicadísimo tesoro.

En casa, las quejas y las mentiras marchitaron las flores silvestres. Como salida a cualquier brete, Jaime se acostumbró a pedir perdón y a expiar culpas aun yendo en contra de sus convicciones. Irene, desde su trono, se hizo súbdita de una desconfianza necia e irreverente que acabó con mucho de lo que la hubiera hecho feliz.

Luego de treinta años, se separaron.

Rompieron una y mil veces más.

Vendieron la casa, volvieron a la ciudad y, de pronto, todo lo que siempre le había parecido incompleto entró al reino de la maravilla y la añoranza.

Esperando el final feliz, llegó el otoño y la primavera —con su juventud, tiempo y oportunidades— quedó atesorada junto a una pila de sábanas viejas, cajas con objetos de antes y una bolsa llena de diapositivas que ya nadie ve.

23 de junio de 2017

Nunca te lo dije, pero aquel psiquiatra con el que me llevaste, el doctor Mejías, quiso jugar en tu contra. Dejé de verlo porque un día, con cara de burla y una confianza que me hizo sentir como si me hubiera manoseado la pierna, me pidió que me despreocupara del culo de mi padre y soltara el estandarte de tu honor.

Ese día me sentí ofendida y escandalizada, pero creo que haberle hecho caso en su momento me hubiera salvado de llegar a donde estoy ahora.

Es verdad que llevo más de la mitad de mi vida haciéndome parte de tus conflictos y eso, de algún modo, me ha hecho preocuparme por cosas como la vida sexual de mi papá. De tantas veces que traté de empezar una terapia, no recuerdo cuál fue el motivo para buscar al doctor Mejías. Seguramente, tendría que ver algo con la separación de ustedes, con mi sensación de cansancio físico, con mi depresión autodiagnosticada y, de fondo, con mi necesidad de pertenecer a una familia que se organizaba alrededor del malestar y la fluoxetina.

Fuera lo que fuera, después de un par de sesiones individuales, al doctor Mejías le pareció que tu honor y el culo de mi padre eran asuntos dignos de tratarse en terapia de grupo. «Te servirá para dimensionar tus problemas y trabajar tu alexitimia», me dijo.

En efecto, escuchar el caso de una joven que quería vengar el mal diagnosticado cáncer de su hermana recién fallecida, o el de un hombre heterosexual que luchaba todos los días contra la excitación que le producía vestirse de mujer, me hizo sentir que el dolor por las infidelidades de mi papá era poca cosa.

Sin embargo, el doctor Mejías no alcanzó a ver que, lo que parecía simple e insignificante en la superficie, me había torcido todo en el interior. Desde muy chica, emparejé la vida sexual de mi papá con las causas de tu sufrimiento. El sexo se me volvió símbolo de traición y ruptura. Siendo todavía una niña, quise explorarlo y ver si entendía cómo una persona podía arriesgarlo todo por acostarse con alguien más. Por no estar lista o por la connotación negativa que ya le había dado, desde el inicio el sexo me hizo sentir culpa, miedo e, incluso, asco.

No sé cómo he llegado a estas conclusiones y tampoco sé por qué lo estoy escribiendo. Mi sexualidad y todo lo que he sentido alrededor de ella son temas que no logré hablar en ningún consultorio, pero tampoco con parejas o amigos. A veces lo siento como una disfunción, a veces como un crimen, pero le huyo hasta en mis propios pensamientos. Tal vez sí sea. Disfunción y crimen. La disfunción que origina mi repertorio de manías y el crimen que tanta culpa me ha cargado: entrometerme.

¿Cómo fue que a los seis años decidí ir a hablar con el jefe de mi padre para pedirle que cumpliera con el pago de su sueldo?, ¿por qué me volví tu confidente?, ¿quién era yo para pedirle a mi papá que se fuera de la casa?, ¿por qué me ofendió tanto que el doctor Mejías me dijera que no debía tomar partido en un conflicto que no me pertenecía?, ¿por qué, en vez de considerar que el doctor estaba jugando a mi favor, sentí que estaba yendo en tu contra?, ¿cómo es que todo eso llegó a manifestarse en mi manera de vivir mi propia sexualidad?

Estoy llena de dudas. Pienso demasiado y nunca resuelvo nada.

¿Y tú?, ¿tú te preguntas cosas? No puedo imaginar los nudos que has acumulado en tus silencios. Me perturba preguntarme cuánto tiempo llevas sin acostarte con alguien; me perturba la respuesta y la tormenta de inseguridades que te lo impide, el miedo a encontrarte desnuda frente a otro, tu incapacidad de disfrutar la libertad de dejarse llevar por los impulsos del cuerpo.

Y yo que todo esto lo adivino desde mi propia soledad, desde mis propios miedos y frustraciones.

Mejías tenía razón. Estoy llena de dudas. Me meto demasiado en tu vida y en la de mi papá. Nunca logré resolver tus problemas y, ahora, cargo también con la culpa de ya no querer intentarlo. Odio que no puedas reconstruir tu vida; odio saber que tu cuerpo no volverá a ser amado. Detesto mi necedad, mi compromiso con tu honor, ese entrometimiento enfermo que me hace sentir parte de tus decisiones y me obliga a asumir tu manera de ver y de entenderlo todo: la infidelidad de mi padre, el sexo, las relaciones, el futuro, el mundo entero.

XII

Para la hora de la comida la oficina estaba llena. Algunos llegaban temprano, otros pasadas las once, pero todos estaban ahí, listos, a la 1:30, para salir a comer. Sobreactuando tanto como podía su intención de concentrarse, ella permanecía rigurosa, con los ojos bien clavados en la pantalla de la computadora. Cada que sentía los pasos de algún compañero acercarse, fruncía el ceño y comenzaba a teclear, tan rápido como podía, cualquier cosa que le viniera a la mente: «¿Por qué no me has llamado, mamá? Tengo hambre. Ciudad de México. Ocho cuarenta y seis, quince treinta. El Clavel. Sería feliz si yo supiera cómo. Organizar la fiesta. Litros y litros de gasolina. Es decir, si me hubieran enseñado los gestos, los parlamentos, las decoraciones. ¿Cuándo termina el invierno? Añorar desde la tarde hasta la noche. Hoy no ha llamado mi padre. La fiesta. La fiesta de la Candelaria. La bella Cande, dice mi abuela».

De reojo, identificó inmediatamente la silueta que había venido a pararse a su izquierda. Nerviosa de que pudiera leer el párrafo sin sentido que acababa de escribir, cerró la ventana descaradamente.

—¿Cómo sigue tu papá? —preguntó la compañera que el día anterior había insistido en invitarla a ir por una cerveza.

—Bien. Habrá que tomar unas placas para descartar alguna fisura, pero parece que no hubo fractura.

—Qué bueno. Ayer nos quedamos todos muy preocupados.

—¿Ah, sí? —preguntó afirmando su escepticismo.

—Sí, nos hubiera gustado que vinieras.

—A mí también me hubiera gustado ir, pero ya será para la próxima. —No entendía cuál era el punto de mentir de ese modo, no entendía por qué la compañera se esforzaba por acorralarla.

—Bueno, vamos a salir ahora a comer. ¿Vienes?

—No, no. Tengo mucho que hacer y quiero adelantar lo más que pueda —dijo señalando la nota de la jefa.

—Igual tienes que comer. Todo el mundo tiene que comer. Pero está bien. Como quieras. —Y se dio la vuelta dejando claro que se habían acabado las invitaciones.

La boca se le frunció en una mueca de arrepentimiento e inmediatamente sintió una punzada en la boca del estómago. Hambre, no podía ser nada más que hambre. Se inclinó sobre su bolso y sacó uno de los dulces de mantequilla, pero el remordimiento le hizo cosquillas sobre la oreja y, antes de decidirse a desenvolverlo, lo lanzó con coraje de vuelta al interior. En su lugar tomó la libreta en la que había estado trabajando el plan del incendio. La abrió en la hoja que iniciaba con la palabra «Invitadas» subrayada por una línea bien marcada. Al nombre de su abuela seguían, verticalmente, el de sus tres tías, su madre, sus dos primas y el de ella misma. Fijó la vista sobre su nombre y se sintió desconcertada. Se preguntó si realmente era capaz de hacerlo, si realmente el fin estaba cerca.

Repasó la lista de arriba abajo y pensó que esas mujeres le habían enseñado el sentido del mundo; todo lo bueno y lo malo le había llegado por medio de ellas. Las sentía en el lunar desdibujado que tenía en la mejilla derecha, en las uñas quebradizas, la nariz curva y el talle demasiado corto. Sabía que las risas de todas, juntas, conformaban un concierto que la hacía sentir en comunión consigo misma; que, de niña, no había habido nada que la ilusionara más que jugar a que alguna de sus primas era, en verdad, su hermana; que si hubiera podido elegir, no habría renunciado a aquella secta. Pero no había podido evitarlo, el desengaño llegó y el aprisionamiento se le volvió innegable, insoportable.

Era una trampa. Estar con ellas significaba estar en contra de todo lo demás. Esas bocas que reían escondían bajo la lengua el veneno de años y años de rencor, culpas y arrepentimientos. Era una mentira. Entre ellas no había más que una danza de distancias, agresiones y muecas rígidas de envidia.

Dejó la libreta abierta sobre el escritorio y se alejó pensando que estaba cayendo en reflexiones inútiles.

Con todo el mundo afuera celebrando el ritual del alimento, nuevamente

encontró un espacio de calma a su alrededor. Fue al comedor y, del refrigerador, sacó la ensalada y el licuado que había traído de casa. Volvió al escritorio y, mientras masticaba meticulosamente, continuó con los preparativos finales.

Tomó una pluma y exhaló fuerte expulsando de su cuerpo cualquier vacilación. Paralelo a la lista de invitadas, anotó «Comida y Bebida», y trazó una línea entre las dos. Del lado derecho, en lista vertical, escribió «vino, cerveza y tequila». Para la abuela, que nunca había bebido más de una copa y ahora casi ni eso, «refresco de manzana»; para las demás, que siempre peleaban alrededor de quién lo ponía, quién lo pagaba y quién tomaba más, «café».

Recapacitó al instante.

No tenía sentido llevar café ni postre, ni siquiera qué comer. Bastaba con llevar algo que las reuniera en la sala y resolver qué respondería cuando su abuela preguntara, mortificada, cuál sería el plato principal.

—Mandé preparar una lasaña. Llegará en cualquier momento —le diría y con eso se la quitaría de encima.

Del lado izquierdo, bajo «Comida», escribió «queso, galletas saladas, aceitunas rellenas y papas fritas».

No. Las últimas eran una horrible alteración al ritual familiar; una desviación motivada, seguramente, por el calambre intenso que acababa de sentir en el estómago. Ni la ensalada ni el licuado habían colmado el vacío y la imagen del aceite de las papas resplandeciendo al interior de la bolsa de aluminio le colmaba la boca de deseo.

Tachó «papas fritas» y quedó solo «café». A todas les daría paz —o desilusión— ver la bolsa en la cocina y pensar que la parte esencial del conflicto de siempre estaba resuelta.

XIII

Habiendo iniciado el ritual nocturno, tomó una pluma negra y un color rojo. Se sentó en la mesa de plástico que hacía las veces de comedor y, con toda atención, se entregó a esbozar los caminos del fuego. Abrió la libreta en las hojas donde había dibujado dos de las tres plantas de casa de su abuela. Dado el ímpetu ascendente de cualquier incendio, la azotea resultaba irrelevante; el segundo piso, sin embargo, tendría que arder si quería bloquear cualquier posibilidad de escape hacia las casas vecinas.

Se detuvo un instante. En su cabeza retumbaron gritos desesperados, súplicas y llantos. Un escalofrío profundo se le deslizó de la nuca hacia los hombros. Estaba planeando un incendio, varios asesinatos y su suicidio.

Sacudió la cabeza y volvió a erguirse frente a la mesa. Tenía que seguir adelante.

Marcó en rojo los tres primeros escalones de la escalera principal de la casa y una franja gruesa al centro de la estancia del piso de arriba. Recubiertos en alfombra, bastaría con encender el primer escalón para que el fuego se propagara, fuerte al inicio, y siguiera su paso, firme, hasta alcanzar el segundo nivel, el pasillo del costurero, la mesita redonda, los olvidados libros y las tres recámaras. Cada una, con sus historias y sus ecos, a su propio tiempo. ¿Cuánto podría necesitar? ¿Un bidón? ¿Medio? «Un bidón», enmarcó con un recuadro en la esquina inferior de la hoja.

Definir el recorrido de la planta baja no sería sencillo.

Comenzó por trazar una cruz sobre la puerta principal y sobre la de la cocina. Ambas se encontraban al frente de la casa, ambas eran las únicas salidas y ambas quedaban fuera de la vista de la sala, punto donde estarían todas concentradas. Encender las puertas no era una prioridad, pero necesitaba asegurarse de que se mantuvieran cerradas con llave. Si su abuela y su tía conservaban el hábito terrible de dejar las llaves a la mano, podría

tomarlas y botarlas en algún lugar inaccesible o difícil de adivinar. Ése tendría que ser uno de los primeros movimientos. «Paso 1», escribió en una hoja aparte. Dos puntos. «Una vez que estén todas dentro, tomar la llave de la cocina, tomar la de la puerta principal y desaparecerlas». Punto. Lo haría discretamente, en medio del movimiento, cuando estuvieran acomodándose en sus lugares en la sala. Sin decir nada, subiría a la recámara de su abuela y las guardaría bajo el cojín de la silla que había sostenido esos terribles anocheceres de soledad.

Pensando en la ruta de las llamas, tendría que lograr un cerco. Del frente de la casa hacia la sala, fue marcando con círculos y flechas los puntos que bañaría con gasolina y la dirección en que, idealmente, se extendería el fuego. Del lado de la entrada principal, coloreó de rojo el piso del vestíbulo, la mesa y el par de sillones de la salita junto a la puerta. La tinta continuó por la cortina del ventanal y se encontró con la de los primeros escalones de la escalera. «Un bidón», escribió a un costado.

Para el área del baño, chorrearía el cuadro del bosque y la horrorosa funda de estambre sobre la taza, el tapete y la toalla de manos. Con flechas marcó la dispersión del fuego de la puerta del baño a la de las escaleras de servicio y, de ésta, al interior, imaginando que se propagaría, en espiral, escalón a escalón, hacia los pisos de arriba. «Medio bidón».

Se sintió agotada de solo imaginarlo. El pulso se le había acelerado y los pensamientos le quemaban la frente siguiendo las direcciones que iba marcando en las hojas de la libreta. Por un instante dudó si todo aquello tenía caso, si aquel plan sería realmente viable, pero, antes de que cualquier pregunta cobrara peso, regresó a la hoja donde iba redactando el plan. «Paso 2». Dos puntos. «Una vez que la conversación se haya encaminado, vaciar los bidones sobre los puntos marcados». Punto y aparte. «Primero, la planta alta». Punto y aparte. «Luego, la planta baja, yendo de los puntos más lejanos hacia la sala». Punto.

Desde la otra entrada a la casa, en la cocina, comenzaría por mover la mesa para bloquear el paso hacia la puerta y —coloreada de rojo— le prendería fuego a la cubierta. Trazó una flecha de la mesa a la barra y un círculo grande sobre la estufa. Inspirada en algo de lo que había leído en internet, pensó que el montón de trapos y manteles que su abuela

acumulaba en los cajones de la alacena le permitirían avivar el incendio sobre las hornillas. «Medio bidón».

Para completar el cerco debía solucionar qué pasaría con el comedor. Había llegado a la zona más complicada. Serían todas contra ella. Siete contra una. Y allí, frente a sus caras, no podría ponerse a esparcir gasolina. Además, tampoco tendría mucho tiempo antes de que comenzaran a percibir el olor dulce del resto de la casa.

Tenía que encontrar otra manera.

Recordó aquel día en que una de las tías hizo un escándalo en la fiesta sorpresa de su hija porque en el comedor alguien había colgado una guirnalda de globos de colores.

—¡Qué no entienden que le tengo pavor a los globos!, ¡me aterra saber que en cualquier momento pueden reventar! —Pegó sobre la mesa—. ¡Es exactamente como cuando éramos niñas!, ¡como cuando todo estaba bien y, de pronto, mi papá, mi abuela y tú empezaban a pelear! —gritó enfocando con un dedo iracundo la última frase hacia su madre.

La mesa. Eso era. Gasolina bajo la mesa, lista para arder en cualquier momento. Un incendio espontáneo, la amenaza exacta que habían vivido —y repetido— todas desde la infancia. «Paso 0», escribió forzando la letra por encima de los dos pasos anteriores. Dos puntos. «Dividir la gasolina, según el plan, en botes de plástico grueso». Punto y aparte. «Llevar la gasolina a la casa días antes». Punto y aparte. «Ocultarla en lugares estratégicos». Punto.

Dado que nadie limpiaba ni movía nada en esa casa, podría ocultar lo que quisiera bajo el mantel largo de la mesa, sin riesgo a que alguien lo descubriera. Uno o dos botes. El día de la fiesta, bastaría con derramar la gasolina allí mismo, un cerillo y listo. No más cumpleaños, no más conatos de peleas, no más escándalos, no más. «Un bidón». Tachó la cantidad y enseguida escribió en un recuadro en la esquina «Medio bidón / Medio bidón».

Tendría que aprovechar la conmoción y mantenerse impasible hasta el último momento. Despiadada. Cruel e indiferente como ellas todas las veces que las había visto agredirse dentro y fuera de esa casa. Indolente como su madre que podía pasar semanas sin saber de ella ni responder a sus mensajes. Fría como las tías que se habían desentendido de la vejez de su

abuela. Apática como ésta, a quien nunca nada la conmovía.

Ese día tendría que permanecer ecuánime, cierta y, por una vez, segura de poder lograr lo que se estaba proponiendo.

«Paso 3». Dos puntos. «Iniciar el incendio». Punto y aparte. «Empezar con el vestíbulo y los escalones de la escalera principal». Punto y aparte. «Encender el baño y la puerta de la escalera de servicio». Punto y aparte. «Encender la cocina». Punto y aparte. «Buscar bajo la mesa del comedor el par de botes». Punto y aparte. «Derramar el contenido de uno de ellos y encenderlo». Punto y aparte. «Tomar el otro y llevarlo a la sala». Punto.

Ninguna entendería nada. Para cuando la mesa del comedor comenzara a arder, no habría modo de salir de allí, ya todo lo demás estaría en llamas. Pero, de algún modo, tendría que mantenerse en calma hasta el último momento. La parte más importante del plan llegaría hasta el final. El medio bidón restante lo usaría en la chimenea, frente a la mesa de centro, con todas reunidas alrededor.

Desde esa chimenea que tantos años había quedado clausurada por la desidia, manarían, ante sus ojos —marcó una flecha de la chimenea a la alfombra y de la alfombra a las cortinas de gasa del ventanal de la sala—, las últimas llamas a voluntad.

Cerró la libreta beige pensando lo difícil que sería mantenerse impávida en medio de las llamas y, escuchando nada más que el crujir furioso del fuego abrasando la casa, pasó un rato recargada sobre la mesa.

De fondo, en el noticiero, una mujer de piel muy blanca y vestido entallado daba la nota optimista del día.

—Un grupo de destacados estudiantes yucatecos desarrolló una tecnología para convertir el sargazo, que se ha vuelto un dolor de cabeza para hoteleros y turistas del Caribe mexicano, en un biocombustible utilizable en automóviles pequeños. Diversos empresarios de la industria automotriz han empezado a levantar la mano para brindar su apoyo a esta iniciativa escolar.

29 de noviembre de 2017

¿Recuerdas un día que me llevaste a un salón de juegos?

Creo que era mi cumpleaños. Íbamos solo tú y yo. Era uno de esos lugares con nombre de canción de niños en los que las paredes tienen colores y texturas llamativas. Donde hay cientos de máquinas de juegos que estallan en luces, sonidos y boletitos que, al final, se intercambian por premios.

Me encantaba el juego en que tenía que cazar cocodrilos. Los animales aparecían de pronto asomándose por los huecos de una especie de órgano de dos pisos y los puntos se hacían pegándoles con un mazo en la nariz.

Llevábamos ya un rato entre los cocodrilos y los simuladores de carreras cuando apareció una niña. Recuerdo que era menor que yo y que llevaba el pelo amarrado en media cola. Llegó de quién sabe dónde, nos saludó con voz ronca, muy confiada, y se pegó a nosotras como si fuera mi hermana. Al principio me emocionó su presencia, pero pronto te noté incómoda y luego luego comencé a incomodarme también.

Íbamos hacia un lado y ella venía detrás. Íbamos hacia el otro y, con nosotras, cambiaba el rumbo. Insertabas las monedas en la máquina para que jugara yo y, en cuanto acababa, ella te decía que también quería jugar. No sé cuántos turnos le invitaste, pero sé que la incomodidad se te volvió molestia y luego exasperación. La niña no se iba, pedía y pedía y tú te enfurecías sin decirle nada.

Ese día no entendí por qué, pero la imposición de esta hermanita terminó por arruinarme todo. El colorido del lugar y de mi festejo se transformó en un abrumador sentimiento de preocupación y culpa.

Esa angustia que de niña no entendí me arruinó el paseo, pero, además, se me clavó tan adentro que, incluso ahora, pasados ya más de veinticinco años, me sigue haciendo sentir muy mal.

El recuerdo de ese día es casi tan necio como la niña, y me vuelve y me vuelve y me vuelve a la cabeza. Ha sido de tanto revivirlo que he tenido que buscarle un sentido más allá de la horrible sensación. ¿Por qué tu antipatía por la niña?

Aunque muy chica me hice consciente de la preocupación que mi papá y tú sentían por el dinero, no siempre pude identificar las situaciones que derivaban de ello. La vez que mi papá estrelló el parabrisas del coche con el puño o ésa en que te fuiste de un restaurante después de gritarle que ojalá que al menos le alcanzara para pagar mi plato de sopa, no logré entender que el enojo no era culpa mía, aunque sí fuera yo la causa.

Del mismo modo, aquel festejo, ni la niña ni yo fuimos culpables aunque, cada una, a

su manera, sí fuéramos la causa.

Tal vez las cosas no estaban bien económicamente. Imagino que habían juntado algo para celebrar mi cumpleaños; una parte para el salón de juegos, otra para llevarme a comer fuera. Puedo pensar que haya significado un gran esfuerzo. Pero también que no; que el sentimiento haya venido de tu preocupación constante.

Íbamos tú y yo. Y luego la niña que nos arruinó los planes. La niña que jugó con nuestras monedas mientras tú te aguantabas la rabia y yo sufría tu frustración mal disimulada sin entender cuál era el problema.

Ese día, en que le agarré fobia a los salones de juegos, fue uno de tantos en los que aprendí a recibir con agobio y remordimiento cualquier acto con el que mi papá o tú intentaran brindarme algo que se saliera de lo estrictamente necesario.

Pienso en mi infancia y puedo decirte que nunca me faltó nada. Tuve, por mucho, más de lo que tuviste tú y más de lo que tuvieron otros niños con los que convivía cotidianamente. Sin embargo, tu sentido de carencia y vulnerabilidad moldeó por completo mi forma de ser.

El miedo a no tener, el miedo a no recuperar aquello que se gasta, el miedo a descubrirme incapaz de hacer más me enseñaron a vivir en un estado de contingencia permanente. Esos miedos me han hecho insegura y la inseguridad me ha detenido tantas veces que la frustración se volvió también parte fundamental de mí.

Regreso al día del salón de juegos y pienso: ¿por qué no le preguntaste a la niña por sus padres?, ¿por qué no le pediste que regresara con ellos?, ¿por qué, si sentías que estaba abusando, no hiciste nada al respecto?

Como ese día, la angustia por el dinero y los sentimientos contenidos fueron parte de nuestra cotidianidad. La mala relación con mi papá, lo inestable de tus amistades, el conflicto como vínculo con mis tías y mi abuela, con tus compañeros de trabajo… Mucho de lo que eres puede explicarse desde situaciones así.

Si pienso en mí debo decir que no sé si podría enfrentarme a la niña del salón de juegos. Probablemente, igual que tú, sufriría el sentimiento de despojo, aguantaría hasta sentir la rabia y luego lamentaría por días no haber hecho nada al respecto.

XIV

Nunca corría en esa dirección, pero últimamente estaba tomando decisiones inesperadas y esa mañana, sin saber por qué ni saber a dónde, salió del departamento y se dirigió hacia el sur de la ciudad.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Después de cruzar varias avenidas grandes sobre Insurgentes tomó Miguel Ángel de Quevedo. La rodilla le molestaba, los hombros se le iban tensando en diagonal hacia la cintura, pero, acostumbrada ya a enfrentar los sabotajes de su cuerpo, se sumió en el mantra que la alejaba de las sensaciones y, algunas veces, de los pensamientos. Siete, ocho, nueve, diez.

Y volvía a empezar. Uno, dos, tres.

Pasó el violentísimo cruce de Universidad, siguió adelante y, buscando entrar a una zona menos agresiva, dobló a la izquierda en la primera calle que pudo. Salvador Novo, leyó en la placa de la esquina. Sobre la cuenta inacabable —cuatro, cinco, seis, siete— se le agolparon decenas de ideas en la cabeza. Subió la velocidad del paso como intentando escapar de ellas, pero no sirvió de nada. Los recuerdos de su época universitaria habían tomado forma y, de pronto, se encontraba ya en alguno de los salones de la Facultad de Filosofía y Letras, intentando responder, para sí misma, a dónde pretendía llegar con sus estudios en Literatura. Esa pregunta se extendió a lo largo de los cuatro años de cursos y, llegado el momento, acabó por convencerla de dejar el proyecto de tesis que, inicial e ingenuamente, había planteado.

Hacia el final de la licenciatura concluyó que ningún análisis que no fuera una obra literaria en sí misma, sería digno de hacerse. Así que encajonó los borradores y las notas de aquel ensayo en que identificaba la noción de «levedad» de Italo Calvino sobre los versos de un escritor contemporáneo de Novo: Efrén Hernández.

Efrén Hernández no fue conmemorado en ninguna calle de Coyoacán; murió flaco, enfermo y desconocido; sin que se le hubiera otorgado un lugar dentro de la literatura mexicana y sin que nadie notara su ausencia, hasta días después, cuando el olor de su cadáver, en su cuarto de vecindad en la colonia Guerrero, se hizo insoportable.

Ella no era escritora, pero tampoco tenía la capacidad de entregarse a la libertad y al ingenio necesarios para terminar algo así. Sin tema de tesis, segura de que por sí misma no encontraría rumbo, se sumó al equipo de investigación de su profesora de Fonética y Fonología y se graduó, en tiempo y forma, con un estudio sobre la adquisición de sonido de la «b» y la «d» por aprendices del español como segunda lengua.

Cruzando aquella calle adoquinada se supo en deuda. Más con Efrén que con ella misma, aunque resultara un poco lo mismo. Con él se había identificado desde la primera vez que leyó su único cuento famoso, aquél donde hablaba de cabezas llenas de pájaros y nubes, cielos con velos de tristeza y alguien que detrás de las vidrieras lloraba al ver llover.

Estaba en deuda con ambos, por codiciosa, primero, y por cobarde, después.

Ocho, nueve, diez. Uno. Retomando la cuenta a toda conciencia y despejando el drama que, rápidamente le pareció ridículo, salió a Francisco Sosa y corrió en el sentido contrario de los coches.

10 de enero de 2018

Estos días he pensado en mi nombre, en cómo fui acostumbrándome a su imagen, a sus sonidos y a sus letras.

Nunca te lo he dicho, pero por años me sentí amarrada a una palabra con la que no lograba identificarme. Durante un tiempo no encontré el vínculo entre lo que yo era y lo que la palabra nombraba.

Me imagino que a todas las personas les pasa en algún momento. Descubres tu nombre, tomas distancia y te preguntas si te queda bien, si hay algo que se note justo o muy holgado. No hablo de la infancia, de cuando aprendemos a escribir y entre garabatos andamos presumiendo que ya sabemos dibujar quiénes somos. Me refiero a esa etapa más adolescente en la que, de una forma, de otra, más grande, más fuerte, en la mente y en la pared, escrito y pronunciado en diferentes frases, tantas veces como podemos, lo examinamos como tratando de alcanzar su esencia.

Supongo que idealmente tendría que ser como mirarse en el espejo y reconocerse, así tan claro: nombre y cuerpo, nombre y ser. Pero yo no. Durante un tiempo no encontré en el reflejo de mi nombre más que una cara genérica y desobediente. Y, recorriendo las comisuras de sus ojos, la extensión de la boca y el curvo grosor de las cejas, miré de frente a alguien que no era yo. Era algo tan extraño como extender las palmas de las manos y leer en sus líneas un destino distinto al mío.

Fueron años en los que mi nombre, en lugar de casa, me recibió como un cuarto de hotel; prestado, provisional, tan mío como podía ser de cualquier otra. Me estoy poniendo muy poética.

Mi nombre me hacía sentir huésped de un anfitrión indiferente.

Estos días me he preguntado por qué. Si era el nombre el que no encajaba o era yo quien no se ajustaba a él. Dándole vueltas, regresé a un punto clave en la historia de cualquier persona, ¿por qué me llamaron así?

Apareciste tú como fuente de respuestas.

«¿Por qué me pusieron así?», te pregunté por primera vez hace quién sabe cuánto tiempo. Pero tus respuestas han sido diversas y contradictorias.

Un día me contaste que estabas segura de que sería un niño; que mi papá y tú habían ya elegido un nombre, pero nací niña y los sorprendí a todos; que cuando llegó la gente a conocerme, mi papá me presentó y tú, recién parida y sin ganas de pelear, te resignaste sin decir nada.

Otro día, te escuché decir que no alcanzaste a decidirte. Que te gustaba Fabiana y te

gustaba Sofía; que nací el día de san Alejandro y que Alejandra me hubiera ido bien; que mi bisabuela te pidió que me llamaras Rosa María, pero te pareció poca cosa; que Magdalena, como ella, te hubiera encantado, pero que tenías miedo de que mi abuelo me odiara por eso.

Ahora veo que detrás de mi nombre hay mucho de la historia de la familia. Y aunque por años no lo entendí así, inconscientemente le había cargado dos significados: la improvisación desconsiderada de parte de mi papá y el despojo de mi legítimo nombre a causa del rencor entre mi abuelo y tú. Mi conclusión, desde muy joven, fue que mi nombre no me correspondía.

Hoy, en cambio, pienso que ningún otro nombraría mejor lo que soy. F de familia, Enemiga y Rencorosa; N del necio Amor de Niños que aferró a mis padres a un vínculo innecesario; D de las distancias y las Ausencias que me han forjado.

Mi nombre me explica y me relata tanto como tu I inicial da cuenta del fundamento inflamable de tu vida y la de tus hermanas, como la combustión fónica de María Ignacia contrasta con la inseguridad y la tibieza de mi abuela.

XV

Comprar la gasolina en un mismo lugar despertaría sospechas. O quizá no. Pero, haciéndolo en gasolinerías distintas, no tendría que buscar una explicación extraordinaria. Compró los botes en la ferretería que el dependiente le había señalado unos días atrás. De acuerdo con lo que había anotado en la libreta, pidió dos medianos y cuatro chicos.

—Tengo de diez, de cuatro y de casi dos litros. ¿De cuál quiere? —le preguntó un hombre malencarado y molesto al que hubiera preferido no tener que comprarle nada.

Muy seguido le pasaba lo mismo. A veces en la calle caminando, a veces en alguna cafetería. Podía suceder con clientes y con personas con las que coincidía en reuniones de amigos. De una u otra forma, acababa sintiendo una inexplicable antipatía de parte de los demás.

El mejor ejemplo estaba en el supermercado. Una vez a la semana iba a hacerse de su frugal despensa. El recorrido era siempre el mismo, siempre compraba lo mismo, el mismo día a la misma hora. Sin embargo, cada semana, cuando se hallaba en el cuarto o quinto pasillo de su trayecto, le aparecía una sombra. Un guardia, que no sabría si era uno o cada vez alguien distinto, comenzaba a seguirla como advirtiéndole que no fuera a robarse algo. Nunca se había llevado nada sin pagar, pero era casi una regla. Hiciera lo que hiciera, en centros comerciales, tiendas de museos, librerías o supermercados, aparecía la sombra y, con ella, los pasos que acababan por sumirla en una reflexión esquizofrénica.

Para explicar por qué siempre terminaba con un guardia detrás, había elaborado tres teorías. La primera era que su semblante dubitativo y ensimismado cumplía con el perfil cleptómano que se les indicaba. La segunda, que su recorrido y su recurrencia resultaban inevitablemente sospechosas. La tercera —que todas las veces acababa por parecerle la más

probable y dolorosamente vergonzosa— explicaba que los guardias de las tiendas tenían una cuota de seguimiento, un número arbitrario de personas que seguir diariamente para desquitar su sueldo y, dado que no siempre encontraban los sospechosos suficientes, seleccionaban a las personas que les parecían más odiosas para ir detrás de ellas, brindándoles una estancia incómoda, como represalia por el simple hecho de estar ahí.

La percepción de ser antipática a los demás fue creciendo y replicándose en todos sus ámbitos: la escuela, la universidad, el trabajo, las relaciones adultas, la vida diaria. Con la edad y la sofisticación de su conciencia, notó que cada vez se parecía más a su madre.

Odiaba escuchar las palabras de ella en su propia voz.

—No sé qué le hice, pero es evidente que no me soporta —remarcando bien la segunda sílaba de la última palabra.

—Me parece una decisión injusta, pero si no le caigo bien, ¿qué puedo hacer? —Y fruncía las comisuras de la boca hacia los hombros que, a su vez, subían un poco.

—Siempre acaba todo el mundo en mi contra. —Ésta era típica de cualquier situación en la que tuviera que defender, o exponer siquiera, su punto de vista.

—Conmigo se portó de lo más amargado, pero con la de al lado fue absolutamente encantador.

Con el hombre de la ferretería se sintió así.

—Deme dos botes de cuatro litros y cuatro de dos, por favor. —El hombre se dio la vuelta y, de mala gana, fue a buscarlos detrás del mostrador.

—Sí son los de gasolina, ¿verdad? —le gritó un poco para asegurarse.

—Sí. ¿Algo más? —preguntó sin nada de cortesía.

—No, nada más. —Y, antes de que pudiera darle las gracias, él se volcó hacia un joven que estaba esperando a un lado, dirigiéndole una gran sonrisa.

—Muy buen día, ¿en qué puedo ayudarle?

Mientras guardaba los bidones en la cajuela del coche, contuvo el impulso de volver con el hombre y preguntarle cuál era su problema. Como cada vez que sentía la animadversión de los demás, el cuerpo entero se le encogió alrededor de un hoyo en el estómago. Una mezcla de tristeza y coraje le

arremolinaba siempre la misma pregunta: ¿qué carajos hice para que me trates así? Pero, como todas las veces, en lugar de liberar la pregunta y obtener una respuesta, se sumergió en el oscuro agujero, dando vueltas a la misma reflexión. ¿Estaría el hombre de mal humor por algún motivo personal? No, con el otro cliente fue muy amable. ¿Habría ella tomado algún tono altanero al preguntar por los bidones?, ¿sospecharía el uso que pensaba darle a la gasolina?, ¿llevaría el mal carácter escrito en la mirada?

Siguió dándole vueltas hasta que llegó a la primera gasolinería.

—¿Me puede dar cuatro litros? —pidió levantando el bidón—. Se nos acabó la gasolina y mi novio se quedó cuidando el coche.

—Salgo a carretera con mis amigas y olvidamos lo más importante. Estamos varadas a unos metros de aquí.

En la tercera, pidió que le llenaran dos de los botes pequeños.

—Mi marido y yo tenemos un gran jardín y cortar el pasto nos toma más de un tanque. Necesitamos una podadora más grande.

Sus mentiras, pensó, estaban trayendo a la superficie deseos que solían permanecer ocultos.

En la última gasolinería pidió, nuevamente, casi cuatro litros en botes separados.

—Mi madre acaba de llamarme. Se quedó sin gas y me urge llegar a ayudarla.

Mostrándose indiferente a la falsa premura, el dependiente tomó el bote y, antes de llenarlo, se puso a atender un auto que había llegado después de ella.

—Gracias —le dijo al recibir los botes de vuelta, con un tono irónico que, camino a casa, no pudo dejar de preguntarse si habría sido suficientemente claro.

Al abrir la puerta de su departamento, el hambre la golpeó en el centro del estómago. Había pasado todo el día con un puño de fruta y una barra integral. Miró el reloj y, al descubrir que eran las nueve maldijo, al mismo tiempo, su glotonería y la rapidez con que transcurrían las horas rumbo al día de la fiesta.

Caminó hacia el sillón buscando en su bolsa uno de los paliativos dulces de mantequilla. Al abrirlo, la envoltura plástica generó un chisporroteo

como de brasas al aire. La imagen de la casa de su abuela vuelta cenizas le nubló la mirada. Sintió cómo un vértigo letárgico le acariciaba el cuerpo. En el auto, estacionado cuatro pisos debajo de sus pies, había cerca de dieciséis litros de gasolina. Dieciséis litros de fuego, dieciséis litros de riesgo, dieciséis litros para acabar con esa pesadez que llevaba más de diez años intentando soltar. Era ella el peso mismo. Era su sangre, su historia y un futuro que la embestía y la revolcaba en imposibilidad. Silencio.

Su madre seguía sin aparecer. No quería pensar cuánto llevaban sin hablarse. No tenía caso esforzarse por contarlo. Los días se volvían semanas y las semanas se hundían en un vórtice de malestar, furia y tristeza que se acumulaba más en forma de distancia que en forma de tiempo.

Muchas veces había intentado romper con ella, borrarla, inventarse una orfandad que la aliviara de tanta ausencia. Pero nunca lograba sostenerlo. Bastaba una llamada o un mensaje. «Hola, ¿podemos vernos?», y todo el esfuerzo se venía abajo, estaba dispuesta a perdonar, sin decirlo, cualquier herida, cualquier cosa.

Sucedía una y otra vez. Era frustrante.

Tiempo atrás había buscado desahogarse por medio de la escritura. Fue primero una carta, luego dos, luego las ganas de destruirlas y luego otras nuevamente —unas más patéticas, otras más dolorosas—. Muy pronto entendió que no tendría el valor de entregarlas y aunque eso le incrementó la sensación de fracaso, encontró que las palabras le ayudaban a darle forma y orden a sus sentimientos.

Del librero, entre los títulos *Apegos feroces* y *Sobre héroes y tumbas*, tomó el atado que había ignorado unos días antes. Temiendo que el drama allí contenido pudiera volver a desbordarse, todo junto, dentro de ella, fue a sentarse a la mesa.

Esas cartas habían vuelto evidente lo claro que lo tenía todo. Representaban, al mismo tiempo, el peso que hubiera necesitado soltar y el pilar que la mantenía de pie.

Soltar era sinónimo de derrumbarse, pero antes que derrumbarse prefería el incendio.

Sin mucha explicación, desató el cordón que las unía. Desdobló la primera y, agitada por pensar que pronto escribiría una última, comenzó a leer.

Ingrid

Sobre la mesita del vestíbulo del piso de arriba hay una lámpara de cobre. La pantalla de la lámpara es llamativa porque es roja y le cuelga una cortina de cuentas que forman dibujos de rosas. Junto a ella, un retrato. Dentro del marco de metal oscuro que perfila un conjunto de árboles, una mujer de camisa vaporosa se para con orgullo frente a una línea de arbustos reales. Su cabello es negro azulado; su piel, blanca y luminosa; los ojos grandes y las cejas de una curva altiva y seductora.

Alguien podría ver en la joven de la fotografía una elegancia auténtica. Alguien, quizá, identificaría el pelo pintado y la intención telenovelesca de su pose.

Ingrid fue la última de las cuatro hijas de Ramón y Nancy. El contraste entre su piel y su cabello —efectivamente oscuro— le dio una cualidad llamativa que, junto con su carita de ratón y el cuidado que le ganó su propensión a las enfermedades, la volvió una niña engreída.

Le encantaba jugar a la maestra. Por las tardes se encerraba en la cocina y hacía de la pared su pizarrón. En las sillas del desayunador, sentaba bien derechitas a sus muñecas y pasaba un buen rato dándoles clase sin dejar que nadie la interrumpiera.

A los seis años Ingrid robó las dos mejores amigas a su hermana mayor. Meztli y Chope eran los dos seres imaginarios que Irene había inventado para acompañarse y jugar sin tener que negociar las historias con nadie. Espiando la alegría de su hermana, Ingrid descubrió las ventajas de la idea y, sin más, un día después de comer, anunció a todos en casa que Meztli y Chope preferían su amistad y que ya solo jugarían con ella. A Ramón le causó mucha gracia. A Magdalena, no. Nancy era quien lidiaba con los ataques de asma de la niña, así que prefirió no contrariarla.

En alguna ocasión, Inés propuso hornear galletas. Soberana de la cocina, Ingrid tomó la dirección de la dinámica. A ella no le gustaban las galletas, así que mejor cocinarían donas. De azúcar no, prefería de chocolate. Tiranamente, asignó tareas y posiciones: Isabel, al lavabo; Irene, a fundir el chocolate; a Inés le tocaba prender el horno, y ella, mientras, se encargaría

de amasar y formar las donas. Molestas por verla realizar la tarea más deseada y cansadas de recibir órdenes, los ánimos de las hermanas fueron subiendo. Para cuando la masa quedó lista e Ingrid se disponía a enroscarla, alguien lanzó un primer golpe. Un puño de harina voló sobre la mesa. De vuelta, directo a la cara, un trozo de mantequilla. El libro de recetas aterrizó en el suelo. Sobre el cabello, una cucharada de chocolate. La fibra de los trastes, un trapo, las guayabas del frutero, el delantal de la abuela… todo se volvió arma en la batalla campal que se desató. Gritos, pellizcos y empujones. El movimiento final lo anunciaron un par de huevos que fueron a estrellarse sobre el papel tapiz. Todas quedaron inmóviles por unos segundos, pero antes de que alguien pudiera adelantarse, Ingrid se acercó a la pared, se untó un poco de yema en la playera y corrió con su madre a decirle que sus hermanas la habían atacado haciendo además un desastre en la cocina.

Las hermanas acabaron castigadas limpiando los estragos del intento de hacer galletas; Ingrid, comiendo donas de chocolate compradas, en el jardín.

Con la edad, la osadía de Ingrid dejó de ser tan inocente; las enemistades detonadas por sus trampas, tan inofensivas. A golpe de peleas y castigos injustos, las otras encontraron la solución en evitarla tanto como pudieran. Así fue como la ratoncita odiosa creció bajo el favor de sus padres, sufriendo, sin demostrarlo, la antipatía de sus hermanas.

Al terminar la preparatoria, el siguiente paso parecía demasiado obvio, estudiar Pedagogía le permitiría poner en práctica esa vocación que había identificado desde pequeña. Sin mucha ovación de parte de Nancy y Ramón, Ingrid cumplió con los trámites necesarios y quedó registrada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Para ese momento, Irene ya estaba estudiando en la universidad, pero aspirando a alcanzar cierta independencia —o al menos posibilidad— económica, comenzó a buscar trabajo. Para finales de los años setenta, las aerolíneas mexicanas se encontraban en su momento de esplendor y, para jovencitas como ellas, el trabajo de sobrecargo era una gran alternativa. Después de una noche que escuchó hablar a su hermana sobre las bondades de los sueldos, prestaciones y viajes, Ingrid comenzó a soñar con vestir el uniforme azul, partir plaza al llegar al aeropuerto y coquetear con los pasajeros guapos mientras les

ofrecía jugo o café.

Al final, Irene postergó la idea y siguió estudiando. Ingrid, en cambio, fue rápidamente contratada y, aunque en un principio intentó continuar con la carrera, terminó dedicándose de lleno a la vida de vuelos, tecolotes y tripulación.

Con el sueldo y las prestaciones de su trabajo fue haciéndose de zapatos, vestidos y jeans americanos, chamarras de piel argentinas y perfumes franceses; discos, una televisión y la recámara nueva a la que se mudó cuando sus padres se cambiaron a la casa de Villa Coapa. Con los viajes, consiguió un par de novios italianos, un turco con el que duró poco y, una vez más, los celos de las hermanas, que —ya casadas y en el camino a ser madres— miraban con deseo la libertad con la que ella iba y venía alrededor del mundo.

En sus intocables —los cinco días corridos que las sobrecargos tenían mensualmente para hacer vida de casa—, Ingrid iba al gimnasio; visitaba a todos los médicos que su hipocondría requiriera para estar tranquila; se pintaba el pelo, se depilaba las piernas, las cejas y el bigote y pasaba horas de la mañana sentada frente a su tocador, ensayando poses: la altiva, la sensual, la interesante, la víctima y la furiosa.

Furiosa como el día que se peleó con su madre y le dijo que se iba para siempre. Aquella vez que encontró a Catalina hurgando entre sus cosas y Nancy prefirió hacerse la incrédula que perder a la empleada doméstica en quien había encontrado, después de años de sentirse sola, cariño y complicidad. Ese día Ingrid empacó ropa, perfumes, discos, cremas y medicinas; subió al coche la televisión y el minicomponente que acababa de comprarse.

—No te vayas, Ingrid —le pidió Ramón ayudándola a bajar sus maletas por las escaleras—. Es que tú también… ¿cómo es eso de que la jaloneaste del brazo? Y luego, llamarla «mica». Fuiste muy grosera. Piénsalo bien. ¿A dónde te vas a ir?

Pero ella tenía todo bien pensado. Llevaba unos meses saliendo con un ingeniero poblano de carrera prometedora y departamento en la ciudad, que estaría más que feliz de recibirla.

De un momento a otro, Chano y ella comenzaron a formalizar las cosas.

Viajaron a Puebla a conocer a la familia de él. Una vez calmadas las aguas, se reunieron con Nancy, Ramón y las hermanas. Volaron a París, a Roma y a Santorini. Juntos, compraron una sala y una cama enorme y garigoleada que ella escogió pensando en la increíble carroza de latón a la que Magdalena nunca le permitió subir a jugar. Sin que nadie, ni siquiera ellos mismos, supieran si había sido planeado o accidental, una Navidad en casa de Inés, anunciaron que tendrían un hijo.

La vida parecía perfecta, digna de enmarcarse en un enorme portarretratos de bosque. De haber sucedido, sin embargo, el portarretratos se habría quebrado bien pronto.

Ingrid trabajó los primeros meses del embarazo, pero al cuarto, cumpliendo la norma de su salud enclenque, tuvo que pedir permiso de incapacidad. Su caso era de alto riesgo y debía quedarse en reposo absoluto. Así lo hizo y, sin embargo, dos meses después, vino el sangrado funesto.

Los padres y las hermanas pasaron un rato acompañándola en el hospital. Isabel rezó un rosario. Inés e Irene prefirieron esperar afuera. Ramón pensó que ya podrían volver a intentarlo; mientras que Nancy, porque no sabía qué, no dijo nada. Una vez que la dejaron sola, por la ventana del cuarto, su sobrina, la más pequeña, la vio llorar como nunca había llorado.

Pasaron los días y, un poco repuesta, Ingrid tomó la decisión de hacer como que nada había pasado. Chano y ella no volverían a intentarlo. No quería hablar de ello, ni que nadie lo hiciera. La herida profunda y el hecho fueron evidentes para todas, pero ninguna quiso enfrentarlo. Encontró consuelo en el trajín del trabajo. Cortó relación con cualquier amiga que intentara indagar sobre el tema, quedándose solo con las más lejanas. Los días siguieron adelante y ella también.

Así por años, hasta que una terrible noticia golpeó su ya entonces engañosa estabilidad. Contubernios gubernamentales, malos manejos de la empresa, excesos sindicales, mayor competencia, robo hormiga de bolsitas de cacahuates y botellas de vino por parte de la tripulación; muchas fueron las causas y nadie resultó responsable. Mexicana de Aviación estaba quebrada y sus empleados se quedaban sin sueldo, ni seguro, ni la prometida y jugosa jubilación sobre la que Ingrid había depositado todas sus certezas.

Con la aerolínea su plan de vida se había hecho pedazos.

Ingrid maldijo a todo aquél que pudo relacionar con ello, incluido Chano, que por esos tiempos también se había quedado sin trabajo y, más que representar un sostén, se le volvió una carga. El coraje creció y creció volviéndose una especie de bandera. En los padecimientos —hernia hiatal, fibromialgia, pérdida del cartílago en las rodillas, inflamación crónica de oído y depresión— encontró mejor compañía que en su pareja. Cuando la relación no aguantó más, Ingrid guardó cremas, ropa y medicinas en sus maletas, se fue de la casa de Chano y adoptó un par de perritas que la acompañaran de vuelta a la recámara que había dejado, convenientemente lista, varios años atrás, en casa de su madre.

Aquella mujer de cabellera oscura envejeció en un bosque de resentimiento y enfermedad. No obstante, nunca perdió esa actitud petulante de pose retadora y mirada altiva que, ya canosa, alguien consideraría digna y alguien, quizá, simplemente ridícula.

XVI

La última vez que había cruzado esa reja se prometió a sí misma que no volvería hasta que su tía se mudara fuera de ahí. Aunque había dicho que sería algo temporal, la estancia de la tía se alargó por mucho más de lo que anunció en un principio y el terreno que fue ganando comenzó a incomodar a todas sin que nadie, menos aún la abuela, dijera nada.

La última vez fue el día del cumpleaños de su abuela, hacía más de dos años atrás. Una tarde en la que pensó que, al llegar, encontraría algún tipo de festejo. Nada. Su tía veía la tele encerrada en su recámara y su abuela estaba sacando la basura acumulada en un par de bolsas de plástico blanco.

—Hola, abuela. ¡Feliz cumpleaños! Pensé que ya estarían festejando.

—Ay, mamita, ¿festejando?, ¿quién?

—¿Cómo quién? Tú, ¿tus hijas?

—Me habló tu mamá en la mañana, dijo que iba a tratar de venir en la noche.

—¿Y las demás? —preguntó sabiendo que con su madre no podían contar.

—También me llamaron.

—¿Y no van a venir?

—No me dijeron nada, pero si no vienen es porque tienen cosas que hacer —dijo con cierta satisfacción de haber despertado lástima en su nieta.

—Es un día al año, abuela. —Quiso reclamarle a las otras con el mismo argumento con el que ella misma se había convencido de estar ahí.

Al final, no llegó nadie más y una terrible celebración se dio en la mesa de la cocina, tomando un café amargo que la tía invasora ofreció a regañadientes.

La tacañería de la tía desencadenó la de la abuela y la de ella también. Por lo que ese cumpleaños no hubo pastel, ni buenos deseos, ni Mañanitas, ni globos que pudieran explotar de pronto. Solo la reafirmación de su

naturaleza egoísta y miserable, una tensión insoportable y un intercambio hipócrita de frases cortantes para intentar disimularla.

Cruzó la reja sabiendo que su abuela, su tía y las dos perras habían salido y no volverían hasta poco antes de la hora de la comida. En su trabajo no pidió permiso, simplemente llegaría más tarde. Su misión era completar las tareas del Paso 0. «Llevar la gasolina a la casa y ocultarla en los puntos estratégicos».

Entró por la puerta peatonal jalando el hilito viejo que permanecía atado al seguro que se abría por dentro. Evitó un trío de excrementos de las perras de su tía y, desde el interior, abrió el portón para meter el coche y descargar los bidones de la forma más discreta posible.

Conforme al plan, encontró la puerta de la cocina emparejada y la llave pegada a la cerradura interior.

Parecía inexplicable. ¿Cómo, si su abuela era una persona tan desconfiada, había tenido siempre la costumbre de dejar las llaves a la mano de cualquiera que intentara entrar a su casa?, ¿cómo, si recientemente había sido robada, no había cabido en ella la prudencia de quitarlas de allí? Quizá algo tenía que ver con aquel mandamiento: «Temerás al otro por sobre todas las cosas». Quizá su abuela buscaba reafirmar la idea del mundo que fundamentaba sus principios.

De su bolso sacó la libreta y buscó las hojas donde había trazado el mapa del incendio. Al abrirlas, notó que le temblaban las manos.

Tenía que repartir botes por toda la casa, sembrar los fuegos que convertirían su historia en polvo y nubes negras. Inhaló tan fuerte como pudo para derribar un muro que se le había formado en los pulmones; tragó fuerte y desató el nudo seco que le impedía la garganta. Sacó los botes de la cajuela del coche y, uno a uno, fue escondiéndolos por zonas.

Uno entre los productos de limpieza de la alacena.

Dos debajo de la mesa del comedor.

Uno junto a la puerta de las escaleras de servicio.

Otro detrás del silloncito del vestíbulo.

El último en el clóset de sábanas del costurero.

Bajo el efecto de la adrenalina, el cuerpo y el pensamiento le fluían a toda velocidad. Así que cumplir el Paso 0 no le tomó más de cinco minutos.

Fue de un lado a otro casi corriendo, pero cuidadosamente, tratando de escuchar más allá de su respiración, cualquier indicio por si alguien estuviera acercándose a la casa. No llegó nadie. Nada se oyó más allá de la gasolina bailando dentro del plástico y el retumbar furioso de su corazón que parecía ir marcándole el paso como a una esclava. Con la sangre, el oxígeno se le fue arremolinando en la cabeza y, justo después de colocar el último bidón, le vino un mareo a causa del cual tuvo que frenar de golpe y sentarse.

No era el benceno ni la velocidad, era el remordimiento el que la había tumbado. Lo supo en el instante en que sintió la textura de la alfombra de las escaleras bajo sus manos. Había venido a desvanecerse precisamente en los escalones donde de niña jugaba a pagar sus condenas.

Era culpable, esta vez era verdaderamente culpable. Culpable de la manera más burda y patente. Llevaba semanas planeando un crimen, escribiendo y dibujando los pasos, evadiendo cualquier posible arrepentimiento. Con una lista, las había llamado para engañarlas, invitándolas a reunirse y celebrar su propia muerte. La trampa estaba tendida, la gasolina las aguardaba escondida en aquel centro, en esa casa que había sido guarida y templo.

Miró a su alrededor sintiendo un sudor frío en los brazos.

La alfombra estaba vieja y sucia; las cortinas del ventanal, corroídas. La casa apestaba a descuido, escasez y avaricia. Junto al miedo a que los demás le quitaran, estaba la incapacidad de dar y, delante de ambos, la idea de carencia. Su abuela —como sus tías y su madre— se había preparado tanto para quedar desamparada que lo había propiciado a toda voluntad.

—¡Porque me abandonó! ¡Me abandonó a mi suerte! ¡No le importó nada de lo que hice por él! —le gritó su madre con lágrimas rojas, la tarde que le preguntó por qué sentía tanto rencor hacia su padre.

Su madre no lograba ver que, igual que su abuela con la miseria, tanto había temido el abandono que fue incapaz de entregarse; que tanto miedo a la traición acabó volviéndose delirio y, al final, fue invocando la ruptura a través de una relación precaria, de celos y maltratos, que, por supuesto, acabarían por reventarlo todo.

Luego de acariciar la culpa sobre la alfombra, se puso de pie.

Las llamas habían sido sembradas. El cuerpo se le había recompuesto.

Cruzó cada espacio con una calma desconcertante y, dejando la puerta emparejada, salió en el coche sin llamar la atención de nadie.

2 de febrero de 2019

También hay recuerdos buenos. Y enseñanzas.

Con nuestra manera de ser, hablar de ello, obviamente no podía ser lo primero.

Muy adentro, en algún hueco donde guardo lo más fundamental, atesoro con muchísimo cuidado nuestros viajes. Los míos, que hice contigo, y los tuyos, que cada tanto y con auténtica alegría me has ido contando.

Me parece que dentro de la dinámica terrible que se vivía en tu casa, los viajes fueron momentos de paz en los que mi abuela se volvía madre, mi abuelo, padre y ustedes, hijas felices.

A partir de tus recuerdos he construido imágenes de cómo me hubiera gustado que fueran las cosas. En mi versión, puedo ver a mi abuelo joven, sonriente, de pie dentro del agua con una niña en los hombros, lista para lanzarse. Alrededor, dos pequeñas animan a su hermana chapoteando. Y afuera, con lentes oscuros y una bebé en brazos, mi abuela aplaude el clavado recostada en un camastro.

Fines de semana, horas en carretera, cuatro cabecitas en el asiento trasero y mi abuelo sintonizando alguna canción romántica.

Me gusta imaginar la hora de comer de esos viajes. Una mesa larga. Mis abuelos plenos. Ella con un vestido sesentero acinturado, con aretes largos y peinado de copete esponjado. Él, de camisa azul y pantalón de vestir, cargando a la hija más pequeña. Dos niñas de un lado y una del otro, las tres sentadas frente a sus platos. «Lo que quieran, pero se lo acaban», me cuentas que les decía él al momento de ordenar. Y ustedes, de cara limpia, peinadísimas, con los pies colgando de la silla, llenas de ilusión.

Siempre me ha sorprendido la historia de mi abuelo entrando al mar con sus cuatro hijas. Todas tomadas de las manos como en la rueda de San Miguel. Si él gritaba «¡arriba!», saltaban para romper la ola; si él gritaba «¡abajo!», se sumergían bajo la que viniera demasiado alta. Casi puedo escuchar las carcajadas con que recibían el golpe del agua salada.

Mamá, ojalá pudiéramos vivir la vida así. Como si nada fuera más que un juego. Seguras, como tu voz cuando me repetiste que al mar no hay que tenerle miedo, solo respeto. Valientes, como tus brazos y tus piernas esperando la ola que con su misma fuerza nos empujaría hacia afuera.

Qué claro y qué simbólico a la vez. La vida solo habría que nadarla a corriente, sin miedo, aprovechando los impulsos que en su movimiento incesante no dejan de llegar.

Y, sin embargo, nos la pasamos haciendo lo contrario.

No tengo muchos recuerdos de tu mirada en calma, pero sí hay uno, profundo, largo y muy feliz. Te veo sentada en la playa. Tu perfil se marca con el viento que te agita el pelo y la blusa blanca. Sonríes ligeramente con la esquinita de la boca. Yo estoy a tu lado, pero no decimos nada. En silencio, siento el calor del sol en mi mejilla. Las olas rompen una detrás de la otra. Estamos juntas, somos madre e hija y no tenemos nada más que decir.

No entiendo qué, pero en los viajes algo te transforma. Playas, cascadas, pozas, cafetales, ruinas, ceibas. Una tarde leyendo en un balcón; pláticas que se alargan sobre techos de tejas y palmeras; esa cabalgata en el bosque; la procesión a la Virgen que pasó frente a nosotras mientras comíamos pizza en una plaza.

También en mi vida los viajes significaron territorios de paz. Lejos de nuestras peleas y nuestra naturaleza, viajando te vi ser la persona que querías.

Contigo yo me sentí capaz de serlo.

XVII

Había llegado el día. Estaba al borde del desenlace y aún no acababa de sentir que fuera real. Probablemente fue ese sentimiento de ficción el que le había permitido ir completando el plan del incendio.

Apenas despertó, miró sobre el buró la carta que había escrito durante la madrugada. Su boca guardaba un ligero sabor a sal; el cuerpo, el movimiento revuelto de sus emociones. ¿Sería capaz de hacerlo?

Con los ojos entreabiertos y aún sin querer salir de la cama, clavó la vista en la ventana. Por la luz sabía que habían pasado ya las siete y aún no eran más de las ocho. El día estaba nublado, pero entre la masa blanca se alcanzaban a ver algunos tramos de cielo. Se concentró en el movimiento lento y constante. Una cualidad hipnótica compartían las nubes con el ir y venir del mar.

Hubiera podido seguir en ese pasmo matutino por un largo rato de no ser porque un pájaro gris cruzó, ágil y fugitivo, muy de cerca su ventana.

Tendió la cama, se quitó la pijama y, luego de doblarla, la metió bajo la almohada. Actuando más por inercia que por decisión propia, se preparó para salir a correr. Siguió la ruta de siempre, a ritmo normal. El pavimento bajo sus pies. Los brazos cortando el aire. La respiración acompasada, sin tener que contar del uno al diez. La ciudad y las personas alrededor se volvieron un fondo plano. Nada captó su atención. Se sentía lejana de sí misma; su cabeza estaba en blanco. Como si la masa de nubes de la ventana se hubiera colado a través de la mirada, antes de tomar forma, los pensamientos se le disipaban en un movimiento aletargado.

De vuelta en el departamento, apenas había cruzado la puerta cuando el rumor inconfundible de su celular vibrando la sacó de aquel estado. ¿Tendría que despedirse de su padre?

Antes de que comenzara a sonar de nuevo, tomó el celular y escribió un

mensaje: «Pa, no puedo contestarte. Hoy estaré ocupada todo el día. Te quiero muchísimo». Al presionar «enviar» sintió una punzada en el pecho. Como un veneno denso, de entre las costillas, la punzada se repartió por todo el cuerpo; se volvió calor y, luego, un sólido pesado que le entorpeció el andar y el pensamiento.

Con los preparativos cumplidos, no tenía que ocuparse más que de bañarse y vestirse; sin embargo, en ese movimiento atrabancado, hacerlo le tomó el resto de la mañana. Trató de comer algo, pero con la panza llena de angustia, no logró dar más de tres cucharadas a su plato de avena. En la regadera, sintió el impulso de llorar. Cerró los ojos bajo el chorro de agua y frunció la cara para exprimir el sentimiento. Nada. Estaba seca. No pudo llorar y, aunque era obvio que sentía miedo y culpa, por alguna razón no consideraba la opción de arrepentirse.

En movimiento, las pulsaciones aceleradas se sentían menos y el temblor del cuerpo se volvía más controlable. Del mismo modo, avanzar hacia su objetivo, aun sabiendo lo que ello significaría, le daba la calma de sentir que pronto todo acabaría.

Unos minutos antes de las dos de la tarde, repasando una y otra vez el orden del plan, recorrió el departamento en busca de cualquier cosa que pudiera estar olvidando. Tomó la carta del buró y la incorporó al atado. Metió el queso, las aceitunas, el vino y el resto de lo que había comprado a una bolsa grande de tela. Tomó la libreta beige. En la lista de invitadas, el de su madre era el único nombre que había quedado sin respuesta. No podía obligarla. Aferrada al silencio, dentro o fuera de la casa, ella había decidido vivir su propio infierno.

A punto de salir, volvió sobre sus pasos y de uno de los cajones destartalados de la cocina sacó una cajita de cerillos Talismán con el dibujo de un toro en dorado.

A las dos y cinco arrancó el auto.

El fondo plano que la ciudad le había parecido por la mañana ahora era un entorno desconocido y peligroso en el que todo parecía interponerse entre ella y su destino. Lentísimos o desordenados, cada cruce se volvía una trampa. Lo mismo los transeúntes que, atravesándose sin prudencia a su paso, buscaban recordarle que estaba a punto de convertirse en una asesina.

Una asesina.

Aunque iba esforzándose por mantener la atención en el camino y, al mismo tiempo, ignorar el sentimiento de duda, una distracción la hizo tomar el camino equivocado. En lugar de seguir por los carriles centrales de una de las avenidas grandes de la ciudad, se desvió hacia la lateral. Ya con la salida inminente, trató de girar para reincorporarse, pero la agresiva respuesta de los conductores alrededor la obligó a continuar de frente.

A esa hora, el tráfico de la ciudad era imposible. El calor de su cuerpo y del exterior —que quemaba con un sol aún de invierno, detrás de las nubes— la irritó más. Las manos ya no le temblaban, pero las pulsaciones se le habían vuelto más intensas y en la frente podía sentir una inflamación que le hacinaba los pensamientos. Perdida dentro de un camino que conocía perfectamente, daba vueltas en calles que solo la llevaban más lejos. Los semáforos eternos y titubeos de último momento hicieron que el tiempo se le fuera volviendo menos. Sintió ganas de llorar. Gritó un par de veces y luego comenzó a reír una risa que sonaba más a derrumbe.

Casi sin saber cómo, salió a la avenida División del Norte. Había retomado el rumbo.

Todo hacia el sur, pasó por unas oficinas del Sistema de Aguas de la Ciudad de México. Esas oficinas formaban parte de un complejo administrativo que se había desarrollado alrededor de una planta de bombeo, construida en 1930 por el ingeniero Pichardo.

Lo sabía porque su abuela se lo había contado uno o dos años atrás, una mañana que la había llevado a hacer la despensa.

—Hoy pensé en Angelita. —Recordó que había dicho saliendo del supermercado—. Era una jovencita preciosa que vivía en los cuartos que mi papá rentaba. Tenía los ojos verdes y el pelo café, de chinos largos y brillantes.

—¿Angelita?, ¿cuáles cuartos? —le preguntó ella, luego de cargar las tres bolsas en la cajuela.

—Unos. Unos que mandó hacer en el terreno, atrás de nuestra casa. Ahí vivía Angelita con su mamá. Rosario creo que se llamaba.

—No tenía idea de que tu papá era arrendador.

—¿Era qué?

—Arrendador, que rentaba cuartos —le explicó mientras extendía el boleto sellado y una moneda de diez pesos a una persona metida en la caseta de entrada, a la que ni le miró el rostro y apenas le balbuceó un «gracias»—. Es terrible que sepamos tan pocas cosas de tu vida, abuela.

—Ay, mamita, ¿pues qué más quieres saber?

—Pues todo. —Y caían, otra vez, en las dudas de siempre—. ¿Por qué no tuviste más hermanos en una época en la que las mujeres tenían tres, cuatro, cinco hijos? ¿Por qué pasabas tanto tiempo con tus primas en lugar de estar en tu casa? ¿Por qué el amor desmedido por tu papá? ¿Por qué nunca hablas de tu mamá?

Al incorporarse a una avenida grande, se toparon con una gran fila de autos. Aquel día, el calor, reflejado en el cemento de la ciudad, también se sentía inclemente. De los pocos árboles que habían resistido la expansión del pavimento, algunos tenían follaje y hacían sombra, pero la intermitencia en el camino la volvía nula. A través de los cristales, la luz del sol se volvía más aguda.

La abuela negó con la cabeza y siguió con su recuerdo.

—Mi mamá —enfatizó abriendo los ojos y mirándola para desmentir la última frase— se volvió muy amiga de Angelita. Rosario era cocinera y trabajaba todo el día, así que la joven se acercaba a ella para platicar. Con el tiempo se volvió como su hija, se hicieron muy cercanas.

—¿Tú cuántos años tenías?

—Uy, no me acuerdo, mamita. No sé, en ese tiempo habré yo tenido, ¿cuántos? Seis o siete años. Fue cuando estaban haciendo el edificio y las bombas de agua de Ciudad Jardín, la colonia que está ahí al lado de la Candelaria. —Frente a ellas, dos conductores comenzaron a gritarse porque uno no quería pasar antes que el otro—. Precisamente con las bombas llegó al pueblo un ingeniero, se apellidaba Pichardo. No sé cómo se conocieron, pero este ingeniero Pichardo se enamoró de Angelita y se hicieron novios. Ella estaba preciosa y era buena. Una buena mujer. Fue por eso que un hombre como él se fijaba en alguien tan humilde.

—Suena a telenovela, abuela —dijo y, en cuanto lo hizo, se arrepintió, pues no quería que pensara que estaba burlándose.

—Una tragedia.

—¿Una tragedia?, ¿por qué? —preguntó para corregir el tono irónico, sin mucho interés, pues sabía que para su abuela pocas cosas no lo eran.

—Pues porque ya iban a casarse. Angelita ya tenía su vestido blanco; mi mamá la había acompañado al centro a comprarlo. Ya habían elegido padrinos y madrinas. Pero Rosario, que había criado a su hija sola, se había juntado con un señor. De él sí no me acuerdo cómo se llamaba, pero tenía un hijo, Abraham. Y yo creo que se enamoró de Angelita y, por envidioso, fue a decirle cosas de ella al ingeniero. —Siguieron avanzando a vuelta de rueda entre pitazos e injurias—. Abraham y su papá trabajaban como albañiles en la construcción de las bombas y ahí tuvo el tiempo de llenarle la cabeza de mentiras. Que si veía a otros hombres, que si se estaba burlando de él, que ella y su madre le decían a los demás que era un tarugo. Quién sabe qué más habrá inventado. —Les tocó a ellas el pitazo de una mujer que quería cambiar de carril y había lanzado el auto sin miedo al impacto, y una exclamación inaudible a través de las ventanas—. Al final el ingeniero Pichardo le creyó todo y se puso furioso.

Lograron llegar a una de las avenidas principales de la colonia, junto a una plaza comercial de poca monta en donde coincidían un banco, un bar universitario, la sucursal de un servicio de paquetería y un gran estacionamiento en el que se recibían pensiones.

—Había un mozo que repartía tortillas a todo el pueblo. Y diario le llevaba a ella para la comida. «¡Angelita!, ¡Angelita!», le gritaba, y ella salía a recibirlo. Pero un día llegó y ahí estuvo «¡Angelita!, ¡Angelita!». Y nada. «¡Angelita!, ¡Angelita!». Y como no salía, empujó la puerta y ¿qué se va a encontrar?

—¿Qué? —Tuvo que preguntar para sacar a su abuela del ensimismamiento en que había quedado.

—Angelita muerta de un tiro en el pecho. Y el vestido, las piernas, los pies, todo el piso lleno de sangre. Horrible.

—No puedo creerlo, abuela. Qué terrible. ¿Por qué me cuentas estas cosas?

—Pues querías saber.

—Quería saber de tu mamá, de mi bisabuelo; no de un asesinato en la Candelaria. —Recordó que le reclamó a su abuela con auténtica molestia.

Conforme se acercaba a la casa, el tráfico se volvía más ligero. El tiempo

dejó de sentirse apretado y más bien todo pareció acelerarse. Ella, mirando atenta por el retrovisor, prefirió incorporarse al carril derecho y alargar los minutos tanto como pudiera, repasando, frase por frase, la historia de la planta de bombeo.

—Pues fue mi papá el que le avisó a Rosario, a su mamá de Angelita —continuó la abuela ignorando el reclamo—. El niño de las tortillas corrió directo a nuestra casa: «¡Don Pedro, Angelita está muerta!». Y ahí fueron a ver qué había pasado. La encontró luego luego, detrás de la puerta, al pie de la mesa. Muerta. Primero se fue a llamar a la señora, a la fonda en la que trabajaba y, ya luego, al doctor Cárdenas, el de Tlalpan.

—Pobre mujer, ¿qué hizo cuando le dijeron?

—Se puso muy mal. Imagínate. Su única hija. Abraham salió huyendo en cuanto se enteró de lo que había provocado. No se volvió a saber de él. Al ingeniero Pichardo lo encontraron más tarde, en su casa. Se había disparado en la cabeza con la misma pistola.

Pensó en esa terrible concepción de pasión y romance que llevaba a idealizar historias así, pero no le encontró sentido a decir nada. La abuela continuó fluida como siempre que lograba evocar esos pasajes de su vida.

—Después de unas semanas Rosario se fue. Tampoco supo nadie a dónde. Y mi mamá —y volvió a remarcar con los ojos y la voz que estaba mencionándola— se puso tan triste como si le hubieran matado a su propia hija. Estaba muy mal, muy muy mal —dijo sin sentirlo mucho—. Pero ella no pudo irse a ningún lado. Se quedó en la casa —concluyó con una especie de satisfacción.

—No sé qué decir, abuela. —Su cabeza la había llevado directo al suicidio de Antonieta Rivas Mercado. A esa escena, dolorosa y apropiadamente literaria, de una mujer vestida de negro, arrodillada en el reclinatorio, que se dispara al corazón roto, y deja resonando el instante terrible de su acción, por quién sabe cuántos segundos, dentro de la catedral de Notre Dame.

Lo irreversible de jalar un gatillo, de abrir la caja y raspar un cerillo; de decidirse.

—Nada, mamita, qué quieres decir. Para el pueblo entero fue una noticia espantosa. Y mi mamá, que quería tanto a Angelita, no se recuperó nunca.

—¿De verdad?

—Sí. Bueno, nunca fue una persona tan alegre, pero después de esto se le opacaron los ojos. Envejeció de golpe. Y no era grande. Se volvió más callada y más seria. Mi papá intentaba acercarse, pero no lo dejaba. Hasta trató de llevarla con un médico que le recomendaron, pero ella no quiso nada.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Tú eras su hija. ¿No le bastaba con que estuvieras tú?

—Pues a mí me mandaban con mis primas. Yo con ellas estaba bien.

Aquel día, uno o dos años atrás, a punto de llegar a la casa, a unos minutos del momento de despedirse y tener que apartar la vista de la soledad en que la dejaba, sintió una ternura punzante hacia su abuela. Sin mirarla, pudo adivinar su postura jorobada, sus brazos incómodos, el gesto irreflexivo y los ojos medio ciegos recorriendo los frentes de casas venidas a menos de su colonia. Con las manos fijas en el volante quiso tomarla del brazo y demostrarle que la quería; quiso encontrar en ella el refugio de la ausencia de su madre, la justificación a todo, el origen de sus cicatrices. Pero la claridad de la inocencia, de cualquier modo, no las hacía menos culpables. Ambas eran perpetradoras del mismo relato, guardianas de la pesadumbre.

—Abuela, ¿mi abuelo te pegó alguna vez?

—Ay, no, mamita, ¿cómo crees? —Se apuró a responder como si la sola pregunta fuera un señalamiento.

—Bueno, pues tenía un carácter duro y, antes, era aún más común que ahora. Además, por el nivel de peleas que dicen que había en esa casa, no es raro imaginarlo.

—No. No. ¿Cómo me va a haber pegado tu abuelo?

—Okey. No te pegaba, pero ¿te fue infiel con alguien?

—No, era coqueto y más coquetas eran algunas que lo merodeaban, pero que yo sepa nunca anduvo con ninguna.

De un momento a otro la compasión se le había transformado en furia, las dudas se hicieron incriminación. Siempre había oído de la naturaleza cruel y despiadada de su abuelo, pero ahora que se acercaba a indagar en ello no encontraba nada.

—Entonces, abuela, ¿qué lo hizo tan malo? —le dijo en tono de grito sin

dejar de contenerse—. ¿Te violó?, ¿te encerró?, ¿te obligó a tener esas hijas a las que parece que nunca quisiste tener?

En la esquina de la casa, con el auto detenido y las puertas cerradas, el calor se acumulaba en insoportables gotas bajando sobre la espalda.

—Pues sí era violento, mamita. Era celoso y grosero. Odiaba a mi mamá. No le gustaba que tu mamá y tus tías salieran, pregúntales —se defendió con argumentos vagos y sílabas torpes.

—Abuela, tú, mi mamá y mis tías no son ni Rosarios ni Angelitas. Tu mamá tampoco parece haber sido una víctima de nadie. Si acaso de su propia tristeza. Tú, yo, las demás. Víctimas de nuestra propia tristeza, de la apatía, de estas malditas ganas de estar siempre mal. ¡Quiero saber qué era eso que tenía mi abuelo que te hizo ser tan infeliz!

Ambas se quedaron en silencio por un momento. La abuela, sin saber cómo responder, y ella, resoplando la furia causa y la furia efecto que sentía por atacar, sin ningún sentido, a una anciana.

—Pues no sé. Es que hay personas que no nacemos para ser felices. Ni modo, mamita. Es herencia y creo que a ti también te tocó —se rio un poco dándole un par de golpes sobre la pierna—, por eso nos entendemos tan bien. Por eso nos queremos tanto, ¿verdad?

Al pronunciar esa última frase, su voz adquirió un tono siniestro y, en ese encierro caluroso, el abrazo que le siguió —el cuerpo viejo acurrucándose al cuerpo joven que lo recibía con la misma rigidez insuperable— más pareció una venganza que un gesto de amor.

Bajó del auto con paso firme. Esa casa tenía que arder. Tenía que arder con ellas dentro. Con sus heridas y sus historias y sus reclamos. Era la única manera.

XVIII

«Una verdadera desgracia. Siete, siete muertes es el saldo de un incendio en una casa al sur de la ciudad. Siete muertes de siete mujeres de una misma familia. Los peritajes indican que el fuego fue provocado y se dispersó sobre un camino de gasolina bien trazado. La policía y médicos forenses apuntan a un probable asesinato y el suicidio de la responsable, pero aún no se ha podido determinar el móvil. ¿Locura? ¿Ajuste de cuentas? ¿Alguna herencia en disputa? Las únicas pistas al momento son un conjunto de cartas que se encontraron rotas y dispersas en el auto de una de las víctimas y la información que provea la única familiar que no estuvo en el lugar de los hechos. Le seguiremos informando sobre esta terrible historia.

»Y, hablando de mujeres, diversos contingentes que salieron del Monumento a la Madre recorrieron Paseo de la Reforma y avenida Juárez para exigir el cese al acoso y la violencia que, de manera cotidiana, sufren las mujeres, dicen. Hace un momento la Secretaría de Seguridad Ciudadana reportó saldo blanco e informó que la marcha estuvo acompañada por efectivos policiacos».

Acerca del autor

Elena Piedra. Nació en la Ciudad de México en 1990. Desde muy joven encontró en la escritura un medio para construir ideas y recomponer sus memorias truncas. De carácter rígido y testarudo, para ella la poesía, el ensayo y el relato han sido caminos a través de los cuales acercarse al mundo de formas distintas, con mayor apertura. Ha sido publicada en revistas de cultura, arte y literatura.
Una nota de fuego y nada más es su primera novela.

© 2025, Elena Piedra
Esta obra fue escrita con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Diseño de la colección: Guillemont-Navares
Fotografía de portada: © Marko Nadj / Trevillion Images

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2025
ISBN: 978-607-39-2514-3

Primera edición en formato epub: marzo de 2025
ISBN: 978-607-39-2593-8

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos han sido utilizados de manera ficticia o bien son producto de la imaginación de la autora.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE